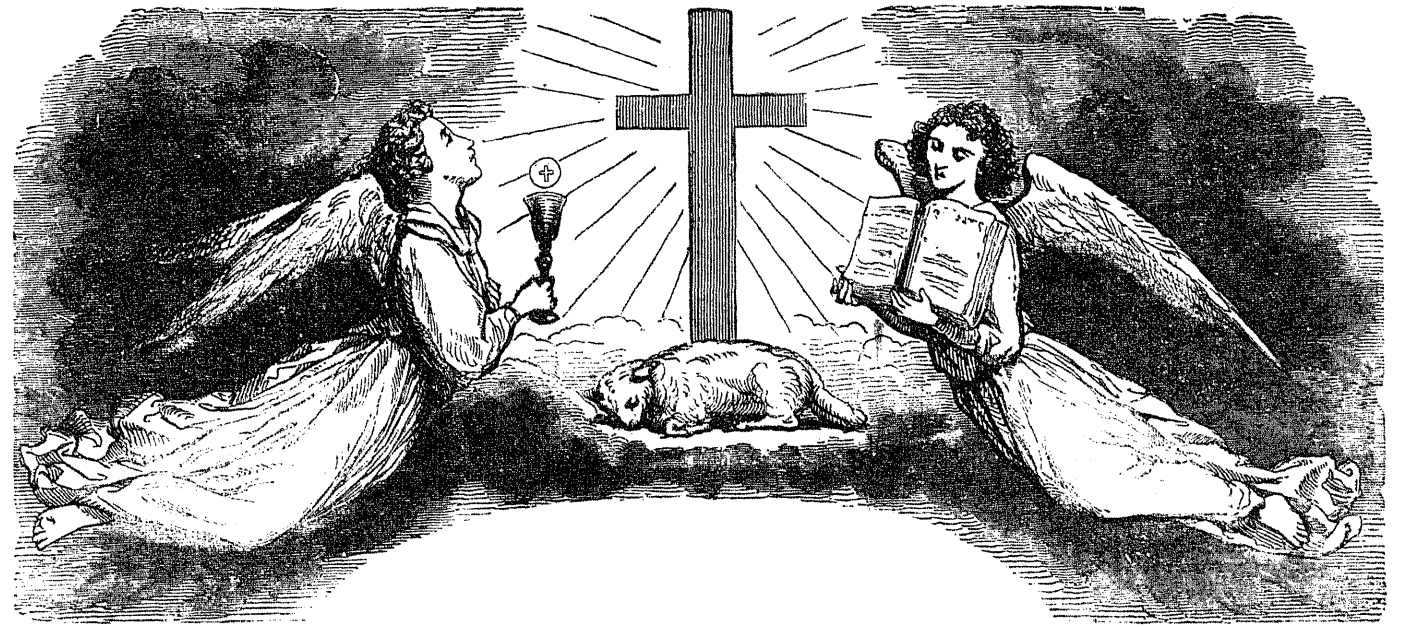


R. 21553



LA MORAL DE LA BIBLIA.

VICARIA ECLESIASTICA.

Sr. Vicario Eclesiástico de Madrid :

He leído con reflexion el manuscrito titulado MORAL DE LA BIBLIA, presentado á la censura por D. Angel Fernandez de los Rios, y hallándolo en todo conforme con los lugares Bíblicos á que se refiere, segun la version de los espositores católicos, soy de parecer que puede S. S. dar su licencia y permiso para que se imprima y circule, seguro de que su lectura favorecerá la instruccion pública con provecho de la sociedad.

Dios guarde á S. S. muchos años, como lo pide y desea su respetuoso S. S. y Capellan, Q. S. M. B.—Atilano Melguizo.
Madrid 12 de mayo de 1852.

Nos el licenciado D. Juan Manuel Velasco, presbítero vicario eclesiástico interino de esta H. Villa de Madrid y su partido, etc.

Por la presente y por lo que á nos toca, concedemos licencia para que pueda imprimirse y publicarse el manuscrito titulado MORAL DE LA BIBLIA, presentado para su examen por Don Angel Fernandez de los Rios, mediante que, segun la censura, no contiene cosa alguna contraria al dogma católico y sana moral. Madrid diez y siete de mayo de mil ochocientos cincuenta y dos.—Licenciado Velasco.—Por su mandado, Ramon de Orduña.

DOS PALABRAS DEL AUTOR.

La MORAL DE LA BIBLIA es una obra dividida en secciones, cuyo texto se ha tomado sin alteracion ninguna de los libros sagrados, habiendo reunido en cada seccion todos los versículos que tratan de
SESTA SERIE.—ENTREGA 22.

la misma materia, coordinándolos lo mas lógicamente posible, á fin de formar un cuerpo compacto de ciencia moral.

El autor ha puesto, como debia, un especial cuidado en reproducir con la mayor fidelidad y exactitud el sentido de las palabras sagradas en su traduccion, recurriendo para ello á los textos antiguos, siguiendo así la opinion de S. Gerónimo, autor de la traduccion que sirve hoy á la Iglesia, en donde nos dice: «Así como es necesario recurrir á los libros hebreos para examinar el Antiguo Testamento, así tambien debemos acudir á los griegos para entender el Nuevo.»

Esta obra es de una utilidad general: en primer lugar para el clero, porque el indice de ella le facilitará todas las indagaciones que necesite para los sermones, hallando al primer golpe de vista reunidos, formando capítulo, de 70 á 80 versículos que tratan de la materia que se ha propuesto por objeto, con sus llamadas correspondientes á la Biblia, de donde se han tomado, y en la cual se hallan esparcidos; y al mismo tiempo será útil al público, porque podrá instruirse sin molestia y de una manera completa, de todos los deberes que imponen á cada individuo los libros sagrados, haciéndose por este medio amena, agradable y útil para todo el mundo la lectura de este sublime código de la moral mas pura.

En cuanto á la parte especulativa, filosófica y moralmente hablando, ¿qué podria decir el autor que el libro no lo diga mas sabia y elocuentemente? Así se limita á presentar su trabajo tal cual es, tal cual le ha concebido, sin interpretaciones ni aplicaciones innecesarias, porque la palabra divina es siempre clara, precisa y terminante.

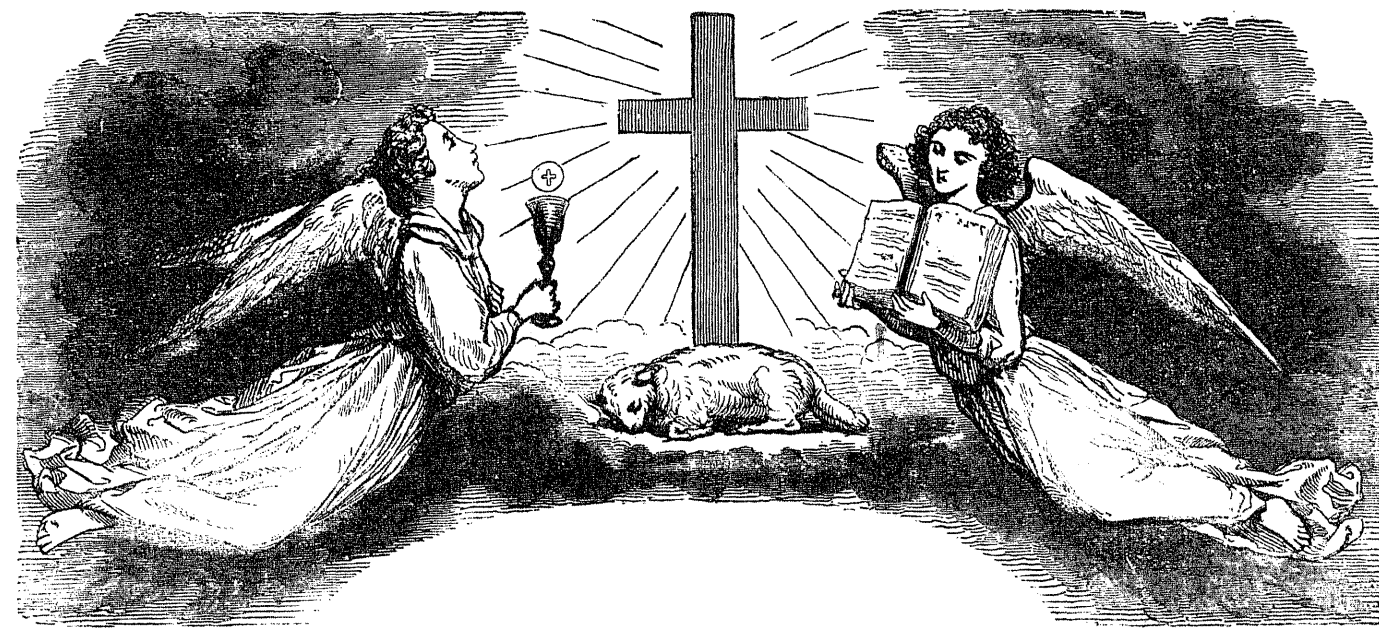
Cuando el libro de la MORAL DE LA BIBLIA sea meditado por todos; cuando la doctrina contenida en él fermenta y domine en las inteligencias populares, entonces la verdadera reforma de la sociedad se ejecutará por sí sola, y entonces se establecerá sobre la tierra el reinado de paz, justicia, libertad y fraternidad anunciado hace diez y ocho siglos por los sacrosantos libros de Jesus.



0
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29

O-CONI

R. 27553



LA MORAL

DE

LA BIBLIA.

VICARIA ECLESIASTICA.

Sr. Vicario Eclesiástico de Madrid:

He leído con reflexion el manuscrito titulado MORAL DE LA BIBLIA, presentado á la censura por D. Angel Fernandez de los Rios, y hallándolo en todo conforme con los lugares Biblicos á que se refiere, segun la version de los espositores católicos, soy de parecer que puede S. S. dar su licencia y permiso para que se imprima y circule, seguro de que su lectura favorecerá la instruccion pública con provecho de la sociedad.

Dios guarde á S. S. muchos años, como lo pide y desea su respetuoso S. S. y Capellan, Q. S. M. B.—Atilano Melguizo.
Madrid 12 de mayo de 1852.

Nos el licenciado D. Juan Manuel Velasco, presbítero vicario eclesiástico interino de esta H. Villa de Madrid y su partido, etc.

Por la presento y por lo que á nos toca, concedemos licencia para que pueda imprimirse y publicarse el manuscrito titulado MORAL DE LA BIBLIA, presentado para su exámen por Don Angel Fernandez de los Rios, mediante que, segun la censura, no contiene cosa alguna contraria al dogma católico y sana moral. Madrid diez y siete de mayo de mil ochocientos cincuenta y dos.—Licenciado Velasco.—Por su mandado, Ramon de Orduña.

DOS PALABRAS DEL AUTOR.

La MORAL DE LA BIBLIA es una obra dividida en secciones, cuyo texto se ha tomado sin alteracion ninguna de los libros sagrados, habiendo reunido en cada seccion todos los versículos que tratan de
SESTA SERIE.—ENTREGA 22.

la misma materia, coordinándolos lo mas lógicamente posible, á fin de formar un cuerpo compacto de ciencia moral.

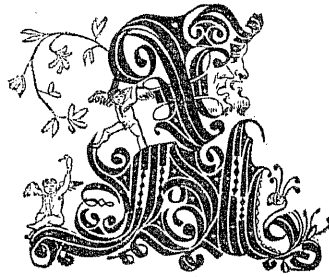
El autor ha puesto, como debia, un especial cuidado en reproducir con la mayor fidelidad y exactitud el sentido de las palabras sagradas en su traduccion, recurriendo para ello á los textos antiguos, siguiendo así la opinion de S. Gerónimo, autor de la traduccion que sirve hoy á la Iglesia, en donde nos dice: «Así como es necesario recurrir á los libros hebreos para examinar el Antiguo Testamento, así tambien debemos acudir á los griegos para entender el Nuevo.»

Esta obra es de una utilidad general: en primer lugar para el clero, porque el índice de ella le facilitará todas las indagaciones que necesite para los sermones, hallando al primer golpe de vista reunidos, formando capitulo, de 70 á 80 versículos que tratan de la materia que se ha propuesto por objeto, con sus llamadas correspondientes á la Biblia, de donde se han tomado, y en la cual se hallan esparcidos; y al mismo tiempo será útil al público, porque podrá instruirse sin molestia y de una manera completa, de todos los deberes que imponen á cada individuo los libros sagrados, haciéndose por este medio amena, agradable y útil para todo el mundo la lectura de este sublime código de la moral mas pura.

En cuanto á la parte especulativa, filosófica y moralmente hablando, ¿qué podria decir el autor que el libro no lo diga mas sabia y elocuentemente? Así se limita á presentar su trabajo tal cual es, tal cual le ha concebido, sin interpretaciones ni aplicaciones innecesarias, porque la palabra divina es siempre clara, precisa y terminante.

Cuando el libro de la MORAL DE LA BIBLIA sea meditado por todos; cuando la doctrina contenida en él fermenta y domine en las inteligencias populares, entonces la verdadera reforma de la sociedad se ejecutará por sí sola, y entonces se establecerá sobre la tierra el reinado de paz, justicia, libertad y fraternidad anunciado hace diez y ocho siglos por los sacrosantos libros de Jesus.





MORAL DE LA BIBLIA (1).

Naciones de la tierra, venid y escuchadme: pueblos, atended: tierra, presta el oído: que el universo se calle, y que oiga mi voz.
ISAÍAS, CAP. XXXIV, VERS. 1.

Acusacion. *Prov. xxx.—10.* No acuses al criado delante de su amo por miedo de que te maldiga y caigas.
Adulacion. *Prov. xxvii.—21.* Como se prueba el oro en el crisol y el oro en el hornillo, así se experimenta el hombre por la boca del adulador.
Eccli. xxx.—25. El ojo complaciente y lisonjero oculta negros designios; y sin embargo todos se dejan engañar.
Eccli. xxvii.—26. El adulador afecta en vuestra presencia una falsa dulzura y aprueba todo cuanto decís; mas á la postre cambia de lenguaje y trata de perderos con vuestras propias palabras.
Ibid.—27. Muchas cosas hay que me disgustan, pero ninguna tanto como un hombre semejante. A Dios mucho le horroriza.
Prov. xxiv.—24. Los que se atreven á decir al malvado que es un justo, serán maldesidos por los pueblos y detestados por las naciones.
Is. v.—20. Desgraciados de vosotros los que pintais el vicio con los colores de la virtud, y que queréis revestir la virtud con las apariencias del vicio; vosotros los que dais el nombre de luz á las tinieblas, que hacéis pasar por dulce lo que es amargo, y por amargo lo que es dulce.
Eccli. xi.—2. No alabéis á un hombre por su buena cara, ni desprecieis á otro por sus malas apariencias.
Adulterio. *Job. xxxi.—11.* El adulterio es un crimen horrible, es el colmo de la iniquidad.
Ibid.—12. Es un fuego que consume todo, y devora hasta la raíz.
Prov. vi.—27. Lo mismo que un hombre no puede ocultar lumbre bajo sus vestidos sin que se ardan.
Ibid.—28. O andar sobre ascuas sin quemarse la planta de los pies.
Ibid.—29. Así tampoco el adúltero no podrá conservar su pureza.
Prov. vi.—26. ...La muger adúltera devora el alma, la riqueza del hombre.
Eccli. xxii.—32. Así, será condenada al deshonor toda muger infiel que dé á su marido por herederos los frutos de un amor adúltero.
Ibid.—33. Primero, viola la ley del Altísimo; segundo, falta á su marido; y en fin, mancha la santidad del matrimonio dando á luz hijos de otro que de su esposo.
Juan viii.—7. ...Que aquel de entre vos que se halle sin pecado a arroje la primera piedra.
Alimentos. *I. Corint. viii.—8.* La comida no es lo que nos hace agradables á Dios...
Is. lviii.—5. Si un hombre se mortifica desde por la mañana hasta por la noche, baja humildemente la cabeza, se pone un cilicio y se estiende sobre la ceniza, ¿llamareis á esto un día agradable á Dios?
Colo. ii.—21. No toqueis á tal cosa, os dicen, no probeis esto, no comais de aquello.
Ibid.—22. Y sin embargo todas estas son cosas que se destruyen por el uso mismo que se hace de ellas, y lo que os enseñan acerca de ello no está fundado sino en preceptos y opiniones humanas.
Ibid.—23. Que no tienen mas que la apariencia de la sabiduría por una falsa piedad, y una humildad afectada que no sabe conducir el cuerpo, y que rehúsa á la carne el alimento que le es debido.
Eccli. xxxiv.—30. Si el hombre que se lava despues de haber tocado á un muerto, le vuelve á tocar de nuevo, ¿de qué le servirá haberse lavado?
Ibid.—31. Pues lo mismo si un hombre ayuna para hacer penitencia y vuelve á caer en el pecado, ¿qué fruto sacará de su abstinencia?...
Rom. xiv.—2. El uno cree que le está permitido comer de todo, mientras otro por el contrario, que es mas débil, no come sino legumbres.
Ibid.—3. Que el que come no desprecie al que no se atreve á co-

(1) La traduccion de todos los versículos de que consta esta obrilla, ha sido hecha por el señor M. Urrabieta.

mer de todo; y que el que no come no condene al otro, puesto que Dios lo ha consentido.
Rom. xiv.—14. Yo sé y estoy persuadido, segun la doctrina de Jesus, que nada es impuro en sí mismo, y que no es impura una cosa sino relativamente á aquel que la cree tal.
Rom.—17. Porque el reino de Dios no consiste en beber y en comer, sino en la justicia, la paz y la alegría que da el Espíritu Santo.
Ibid.—18. Y el que sirve de esta manera á Jesucristo es agradable á Dios y aprobado por los hombres.
I. Corint. x.—25. Comed de todo lo que se vende sin informaros de nada por escrúpulos de conciencia;
Ibid.—26. Porque la tierra y todo cuanto contiene pertenece al Señor.
Ibid.—27. Si un infiel os convida á comer en su casa, comed, queriendo ir, de todo lo que os sirva, sin informaros de nada por escrúpulos de conciencia.
Colo. ii.—16. Que nadie os condene por la comida ó por la bebida, ó á causa de los dias de fiesta, de las nuevas lunas y de los dias de sábado.
I. Tein. v.—23. No bebais agua solamente, sino que podeis usar un poco de vino, á causa de vuestro estómago y de vuestras frecuentes enfermedades.
Rom. xiv.—20. Que no sea causa el alimento de que destruyais la obra de Dios. Todo alimento es puro, ciertamente; pero un hombre hace mal en comer de ciertas cosas cuando comiendo escandaliza á los demás.
Alma. *Deut. iv.—9.* Guardaos á vos mismo, y vigilad sobre vuestra alma con solicitud.
Prov. xi.—30. La recompensa del justo es el árbol de la vida, y el sabio fecundiza las almas.
Eccli. xxxvii.—30. En donde falta la ciencia del alma, no hay nada bueno.
Is. lv.—2. ...Escuchadme: alimentaos del bien, y vuestra alma se inundará de delicias.
Amistad. *Eccli. vi.—15.* Nada podria compararse al amigo fiel: su afecion es mas preciosa que todas las riquezas.
Ibid. xxv.—12. Feliz el hombre que encuentra un amigo verdadero...
Prov. xxii.—14. La amistad es preferible á la fortuna.
Eccli. vi.—11. El amigo fiel es un escudo poderoso: su posesion vale un tesoro.
Prov. xvii.—17. El verdadero amigo ama en todo tiempo...
Ibid. xxvii.—6. Las heridas de un amigo son saludables: los besos de un enemigo envenenan.
Eccli. xxxvii.—2. ¿No es una cosa ciertamente terrible ver que la amistad se transforma de repente en odio?
Ibid.—3. ¡Oh pensamiento amargo! ¿Por qué vienes á envenenar la vida?
Eccli. ix.—15. El amigo nuevo es como el vino nuevo, que hasta que envejece no se le saborea con placer.
Ibid. vi.—16. La amistad es un bálsamo que dulcifica las penas de la vida, y conserva esa pureza del alma que prepara á la inmortalidad.
Prov. xxvii.—9. Así como los perfumes y las esencias halagan al olfato, así los buenos consejos de la amistad regocijan el alma.
Ibid. xxxvii.—1. (18) Todo hombre que se llama amigo, hace grandes demostraciones de amistad; pero frecuentemente no es mas que una van apariencia.
Ibid.—4. Un amigo serregocija con la felicidad de su amigo y toma parte en su ventura, pero luego cae en el infortunio, y al instante se vuelve su enemigo.
Prov. xix.—6. ¿Cuántas gentes no buscan el favor de un hombre poderoso, y son amigos del que da?
Ibid. 4.— Las riquezas atraen los amigos, y la pobreza les ahuyenta.
Ibid. xvii.—17. El verdadero amigo no cambia nunca; la adversidad es su piedra de toque.
Eccli. xii.—8. No es en la prosperidad donde se puede conocer á los amigos verdaderos; es la desgracia la que enseña á conocer los enemigos.
Ibid.—9. Si un hombre es feliz, sus enemigos parecen apesadumbrados; pero si cambia su fortuna, entonces sus verdaderos amigos se descubren.
Prov. xxv.—19. Contar sobre un falso amigo en la desgracia, es apoyarse sobre un diente dañado, andar con un pié enfermo, ó hallarse sin capa en medio del invierno.
Ibid. xxvii.—14. El que desde por la mañana pregona alabanzas de su amigo, es semejante al que le maldice.
Ibid. xxix.—5. El hombre que habla á su amigo un lenguaje adulador, le tiende un lazo á los pies.
Ibid. xix.—4. La opulencia da muchos amigos, pero el pobre pierde bien pronto su único amigo.
Eccli. xxx.—25. Hay algunos que por vergüenza mal entendida prometen á su amigo mas de lo que pueden cumplir, acarreándose gratuitamente un enemigo.

Eccli. xxx.—17. El hombre que viola los secretos de la amistad, no podrá inspirar ya mas confianza, y no encontrará jamás un amigo segun su corazón.
Ibid.—19. Si descubris un secreto, en vano tratareis de volver á ganar su fé.
Ibid.—20. Cualquiera que rompe de este modo los lazos de la amistad, se hace en cierta manera el asesino de su amigo.
Ibid. 21. Y semejante al que deja escapar un pájaro, le perdeis para siempre.
Ibid. xxvii.—22. En vano tratareis de alcanzarle; ya está lejos de vos; huye con la rapidez de la cabra que sale del redil; la herida está en su corazón.
Ibid.—23. Os habeis cerrado todos los caminos de reconciliacion: hay injurias que no pueden olvidarse.
Ibid. xxv.—26. Aunque hubieseis sacado la espada contra vuestro amigo, no debeis desesperar, porque puede volver todavía.
Ibid. xxvii.—24. Pero cuando un alma desgraciada se estravía hasta el punto de vender los secretos de la amistad, no hay ya mas esperanza de vuelta.
Ibid. xxii.—27. Aunque hubieseis dicho á vuestro amigo palabras picantes, no temais nada; todavía podeis reconciliaros; pero los sarcasmos, los ultrajes, la insolencia, el secreto violado y los golpes dados á traicion, hé aquí lo que no se perdona nunca y lo que rompe eternamente los lazos de la amistad.
Prov. xxvii.—6. Las heridas que hace un amigo son menos de temer que las caricias engañosas de un enemigo.
Ibid.—7. Como el hierro aguza el hierro, así la presencia de un amigo renueva la amistad.
Amor. *I. Corint. viii.—3.* El que ama á Dios es conocido y amado de Dios.
I. Corint. xvi.—14. Que todas vuestras obras se hagan con amor.
Galat. v.—14. Toda la ley se encierra en este solo precepto: Amad al prójimo como á vosotros mismos.
I. Juan. iv.—20. Si alguno dice, yo amo á Dios, y odia al mismo tiempo á su hermano, es un embustero. Porque, ¿cómo el que no ama á su hermano á quien ve, puede amar á Dios á quien no ve?
I. Joa. iv.—8. El que no ama no conoce á Dios, porque Dios es amor.
Ibid.—9. Dios ha hecho presente su amor hácia vosotros enviando á su único Hijo al mundo, á fin de que vivamos por él.
Ibid.—10. Y este amor consiste en que no hemos sido nosotros los que hemos amado á Dios, sino él quien nos ha amado el primero, y quien ha enviado á su Hijo para ser la víctima de propiciacion por vuestros pecados.
Ibid.—11. Queridos míos: si Dios nos ha amado de este modo, nosotros debemos amarnos los unos á los otros.
Ibid.—18. El temor no existe en donde se halla el amor: el amor perfecto ahuyenta el temor, porque el temor va acompañado de la pena, y aquel que teme no es perfecto en amor.
Prov. xvii.—9. El que oculta las faltas de su prójimo se atrae su amor; el que vende sus secretos despierta su odio.
Gala. vi.—9. No nos cansemos de practicar el bien; porque si no perdemos el valor, en su tiempo recogeremos el fruto.
Prov. xv.—13. Jamás la desgracia se apartará de la casa del que devuelve el mal por el bien.
Prov. xvii.—24. El hombre que ame á los hombres será mas amado que un hermano.
Prov. xxx.—25. El que ama á los hombres se precipitará en el abismo; el que espere en el Señor permanecerá en una elevada ciudadela.
Rom. xii.—10. Amaos los unos á los otros con una caridad fraternal.
Rom. xiii.—10. El amor que se tiene por el prójimo no sufre que se le haga ningun mal. El amor es la plenitud de la ley.
I. Joa. iv.—21. ¿No ha ordenado Dios que el que le ame, ame tambien á su prójimo?
Luc. vi.—32. Si vosotros no amais mas que á los que os aman, no hareis nada de mas, puesto que los pecadores hacen otro tanto.
I. Petr. iii.—8. Vivid todos en buena inteligencia; sed compasivos; tened una caridad fraternal, y misericordia y humanidad sin ostentacion.
Juan. xiii.—14. Si yo os he lavado los pies, yo Maestro y Señor, vosotros debéis lavaros los unos á los otros.
Ibid.—15. Porque yo os he dado el ejemplo á fin de que lo mismo que yo he hecho, hagais vosotros tambien.
I. Joa. ii.—9. El que tiene pretensiones á la luz y odia á su hermano, se halla todavía en las tinieblas.
Ibid.—10. El que ama á su hermano permanece en la luz; y el escándalo no reside en él.
Ibid.—11. El que odia á su hermano se halla en las tinieblas y no sabe adónde va, porque las tinieblas lo han cegado.
I. Joa. iii.—11. Lo que os ha sido anunciado, y que habeis oido desde el principio, es que os améis los unos á los otros;

I. Joa.—12. Y que no imiteis á Cain, que era hijo del espíritu maligno y mató á su hermano. ¿Y por qué le mató? Porque sus obras eran malas y las de su hermano eran justas.
Ibid.—13. No os admireis, hermanos míos, si el mundo os aborrece.
I. Joa.—14. Nosotros sabemos que hemos sido trasladados de la muerte á la vida, porque amamos á nuestros hermanos. El que no ama permanece en la muerte.
Ibid.—15. Todo hombre que odia á su hermano es homicida, y ya sabeis que ningun homicida alcanza la vida eterna.
Ibid.—16. Hemos conocido el amor de Dios hácia nosotros, porque ha dado su vida por nos. Y nosotros debemos tambien dar la nuestra por nuestros hermanos.
Ibid.—17. Un hombre que posee bienes en este mundo y que viendo á su hermano en la necesidad le cierra su corazón y sus entrañas, ¿cómo puede tener en sí el amor de Dios?
Ibid.—18. Hijos míos, no amemos ni de palabra ni de lengua, sino con las obras y en la verdad.
Ibid.—19. Y por ello conoceremos que somos hijos de la verdad, y que persuadiremos á nuestro corazón en la presencia de Dios.
Amos. *Colo. iv.—1.* Amos, dad á vuestros criados lo que reclaman la equidad y la justicia, porque vosotros tambien teneis, lo mismo que ellos, un amo comun en los cielos.
Eccli. vii.—22. No maltrateis al criado que cumple fielmente su tarea, ni al mercenario que se consagra enteramente á vuestro servicio.
Ibid. iv.—35. No seais como un leon en vuestra casa, haciéndoos el verdugo de vuestros criados y demás dependientes.
Eccli. xxxiii.—31. Si teneis un servidor fiel, consideradle al igual de vos...
Job. xxxi.—13. Habiendo rehusado el hacer justicia á mi criado ó criada en las diferencias que hayan podido tener conmigo,
Ibid.—14. ¿Qué haré y que responderé cuando Dios se levante para juzgarme, y me interrogue sobre mi conducta?
Eccl. xxi.—20. Si alguno pega á su criado ó criada con un palo, y mueren de sus resultas, que sea castigado por su crimen.
Aarquia. *Prov. xi.—14.* Una nacion sin gobierno está perdida...
Asociacion. *I. Corint. xii.—13.* Si el pié dijese: Puesto que yo no soy la mano, no soy del cuerpo: ¿y por esto dejaría de serlo?
Ibid.—16. Y si la oreja dijese: Puesto que yo no soy el ojo, no soy del cuerpo; ¿y por esto no lo seria?
Ibid.—17. Si todo el cuerpo fuese ojo, ¿en dónde estaria el oído? Y si fuese todo oído, ¿en dónde se hallaría el olfato?
Ibid.—18. Dios ha puesto en el cuerpo muchos miembros, colocándolos segun su voluntad.
Ibid.—19. Y si todos los miembros no formasen mas que uno solo, ¿en dónde estaria el cuerpo?
Ibid.—20. Mas por eso hay muchos miembros que entre todos forman un cuerpo.
Ibid.—21. Y el ojo no puede decir á la mano: No te necesito; ni la cabeza puede decir á los pies: No me haceis falta.
Ibid.—22. Sino que por el contrario, los miembros del cuerpo que parecian mas débil, son los mas necesarios.
Ibid.—23. Nosotros honramos, y aun demasiado, con nuestros vestidos las partes del cuerpo que menos parecen merecerlo, y cubrimos con mas cuidado y respeto las que son menos respetables.
Ibid.—24. Porque en cuanto á las que son honestas, no lo necesitan; mas Dios ha puesto tal orden en todo el cuerpo, que honramos mas lo que menos lo merece en sí mismo.
Ibid.—25. A fin de que no haya cisma ni division en el cuerpo, sino que todos los miembros contribuyan igualmente al bien comun.
Ibid.—26. Así cuando un miembro padece, todos los demás padecen con él, y si un miembro recibe algun honor, todos los demás se regocijan lo mismo.
Audacia. *Eccli. viii.—18.* No os junteis con un hombre audaz, por miedo de que no haga recaer sobre vos el mal que cometa él solo. Dominado siempre por sus pasiones, os arrastrará en su caída.
Avaricia. *Eccli. vi.—1.* Hay... sobre la tierra un objeto odioso y bastante comun entre los hombres.
Ibid.—2. Es un ser que Dios ha colmado de bienes y de honores...
Eccli. xiv.—5. ¿Pero qué bien podrá hacer á los otros el que es avaro consigo mismo y se priva de su propia fortuna?
Ibid.—6. No conozco nada peor que el hombre que se priva de lo necesario; esta misma disposicion es el castigo de su depravacion.
Ibid.—7. Si hace algun bien es sin pensarlo, y como á pesar suyo; su malignidad acaba siempre por descubrirse.
Ibid.—9. Su ojo es insaciable en su iniquidad: no se verá nunca satisfecho hasta que haya desecado y consumido su alma.
Ibid. x.—9. No hay nada mas odioso que la avaricia...
Eccli. iv.—8. Uno es solo sin hijos, hermanos ni heredero, y sin embargo trabaja sin cesar y sus ojos no se satisfacen de riquezas.

Jamás se dirá á sí mismo: ¿Por quién me doy yo tanta pena? Por qué no gozo de mis bienes? Y hé aquí todavía la vanidad y un triste motivo de aflicción.

Prov. i.—19. Tales son las vías de la avaricia; pierden el alma de los que se extravían en ellas.

Luc. xii.—20. Insensato! ha dicho el Señor al avaro; tu alma te será pedida esta noche misma: ¿quién se aprovechará de tus riquezas?

Ibid.—21. Así será un día interrogado todo hombre que no pensando sino en atesorar, no se hace rico en el Señor.

Eccli. xiv.—3. La fortuna es inútil para el hombre avaro...

Ibid. x.—10. No hay pasión mas injusta que la del dinero; el avaro vendería hasta su alma, puesto que se despoja vivo de sus propias entrañas.

Luc. xii.—15. ...Huid la avaricia, porque por opulento que sea un hombre no depende su vida de sus tesoros.

Hebr. xiii.—5. No concibais el deseo de amontonar grandes bienes, y contentaos con lo que tengáis: Dios nos ha dicho (*Jos. i. 5.*): «Yo no os abandonaré.»

Eph. v.—5. Sabed que el avaro es una especie de ídolo que no recogerá la herencia del Señor.

Ps. xxxviii.—7. Atesoriza sin saber por qué.

Sap. xv.—12. Solamente algunos han creído que nuestra vida es un juego, y que la ocupación debía ser amontonar el oro, por cualquier camino que fuese, aun por el del mal.



Bien. *Gala. vi.—9.* No nos cansemos de practicar el bien, porque si no perdemos el valor, en su tiempo recogeremos el fruto.

Prov. iii.—27. No pongáis obstáculo ninguno al bien que otro se proponga hacer, y hacedlo vosotros mismos tanto como podáis.



Calumnia. *Lev. xix.—13.* No calumniareis á vuestro prójimo, ni le incomodareis de ningún modo.

Eccli. vii.—8. La calumnia desconcierta aun al sabio mismo, porque quebranta la firmeza de su alma.

Camino. *Eccl. x.—3.* El hombre que marcha por un camino, si es insensato, cree que todos los demás lo son.

Prov. xxii.—6. Prepara el corazón de la criatura á la entrada de su camino, y no se alejará de la sabiduría, ni aun cuando llegue á la vejez.

Prov. xxx.—19. Tres cosas difíciles hay para mí, y una cuarta que ignoro enteramente: el camino del águila en el cielo, el de la cubra sobre la piedra, el del navío en mitad de los mares, y el del hombre en su adolescencia.

Candidez. *Mat. x.—26.* ...Sed... cándidos como palomas.

I. Corint. xiv.—20. Sed como los niños, no en falta de razón, sino en estar exentos de malicia; y sed hombres perfectos en prudencia.

Caridad. *Eccli. ii.—15.* ...La caridad y las buenas obras tienen su nacimiento en Dios.

II. Joa.—6. La caridad consiste en obrar según sus mandamientos...

I. Tim. i.—3. Porque el fin de los mandamientos es la caridad que nace de un corazón puro, de una buena conciencia y de una sincera fe.

I. Corint. viii.—1. ...La ciencia llena, mas la caridad edifica.

Ibid. xiii.—4. La caridad es paciente, dulce y bienhechora: no es envidiosa, vana ni insolente, ni se hincha de orgullo.

Ibid.—5. No tiene ambición, ni es interesada; nada puede irritarla, porque no es capaz de sospechar el mal;

Ibid.—6. No se alegra de la injusticia, sino que ama la verdad;

Ibid.—7. La caridad escusa todo; lo cree todo, lo espera todo, y lo soporta todo.

Colo. iii.—14. Penetraos del espíritu de la caridad, que es el mas perfecto de todos los vínculos.

Rom. xii.—9. Que vuestra caridad sea sincera...

Eccli. vii.—39. No os cause repugnancia el visitar á los enfermos, porque con obras de esta clase se robustece uno en la caridad.

Eccl. vii.—19. Es bueno que sostengais al justo, pero no reiréis vuestro apoyo al que no lo es...

Rom. xv.—1. Porque nosotros los que somos fuertes debemos soportar á los débiles...

I. Corint. xiii.—1. Aun cuando yo hablase todas las lenguas de la tierra, decia el Apóstol, y entendiese hasta el lenguaje mismo de los ángeles, si no tengo la caridad, me pareceré al bronce que resuena ó al timbal que retumba.

Ibid. 2. Aun cuando tuviese el don de profecía, penetrase todos los misterios, conociese todas las cosas, y aun poseyese la fe hasta el punto de trasportar las montañas, si no tengo la caridad, no seré nada.

Ibid.—3. Aun cuando dispase todos mis bienes para alimentar á los pobres, y entregase mi cuerpo á las llamas, todo esto no serviría de nada, si no posea al mismo tiempo la caridad.

Rom. xiii.—8. La caridad no puede producir mal ninguno; la caridad es el cumplimiento de la ley.

Hebr. xiii.—16. Acordaos de ejercer la caridad, y de dar parte de vuestros bienes á los demás; con obras semejantes se merece aproximarse de Dios.

Tob. iv.—8. Sed caritativos según vuestros medios.

Eccli. iii.—34. Dios que ve los actos de beneficencia no perderá la memoria de ellos, y en el momento de la caída el hombre caritativo encontrará un apoyo.

Rom. xii.—10. Amaos los unos á los otros con una caridad fraternal. Prevenid por manifestaciones de honor.

Rom. xiv.—1. Sostened con caridad al que está todavía débil en la fe, sin contestar con él.

I. Pet. iv.—8. Perseverad en la caridad los unos para con los otros, porque la caridad cubre la multitud de los pecados.

I. Corint. xiii.—13. Estas tres cosas, la fe, la esperanza y la caridad, permanecen; pero la caridad es la mas excelente de las tres.

Colo. iii.—14. Sobre todo tened la caridad, que es un vínculo de perfección.

Hebr. xiii.—1. Conservad siempre la caridad hácia vuestros hermanos.

Ibid.—2. No descuideis la hospitalidad, porque ejerciéndola han recibido algunos á los ángeles en su casa sin conocerlos.

Ibid.—3. Acordaos de aquellos que gimen entre cadenas, como si participaseis de su misma suerte; y de los que padecen, como estando vosotros mismos en un cuerpo mortal.

Carne. *Eccli. xiv.—20.* Todo lo que es corruptible será destruido: el obrero lo mismo que su obra.

Is. xl.—6. La carne toda es como la yerba, y su gloria como la flor de los campos.

Ibid.—7. La yerba se seca y la flor cae...

Rom. xiii.—12. ¿Por qué hemos de vivir según la carne no debiéndola nada?

Eccli. xiv.—18. Toda carne se aja coma la yerba, y como las hojas que visten los árboles.

Ibid.—19. Las unas se reproducen y se caen las otras: así en la raza de carne y sangre se ve morir á unos y nacer á otros.

Rom. viii.—12. Si vivís pues según la carne, moriréis; mas os salvaréis si procuráis hacer morir por el espíritu las obras de la carne.

Casa. *Prov. xxiv.—3.* Una casa se edifica por la sabiduría, y se consolida por la prudencia.

Ibid.—4. Y la inteligencia adorna su interior de bellos y preciosos muebles.

Prov. xxvii.—8. Un hombre que abandona su casa es como un pájaro que abandona su nido.

Castidad. *II. Corint. vii.—1.* ...Purifiquémonos de todo aquello que puede manchar el cuerpo y el espíritu.

Tit. i.—15. Todo es puro para aquellos que lo son tambien; y nada lo es para los impuros y los infieles que tienen la conciencia y el espíritu corrompidos.

I. Corint. iii.—16. ¿No sabéis acaso que sois el templo del Señor, y que el espíritu de Dios habita en vos?

I. Thes. iv.—4. ...Aprended á conservaros santos y castamente vuestro cuerpo.

Cautivo. *Prov. xxiv.—11.* —Arranca los cautivos á la muerte y los débiles al suplicio: desgraciado de tí si no lo haces!

Ibid.—12. No digas: las fuerzas me faltan; porque el que visita los corazones lo sabrá, el que sonda tu alma lo verá, y á cada uno le recompensa despues según sus obras.

Is. xvi.—3. Reuna el consejo, haz justicia, oscurece la sombra del día, oculta á los fugitivos, y no vendas á los hombres desherrados de su patria.

Ciencia. *II. Corint. vi.—14.* ...¿Qué union puede haber entre la luz y las tinieblas?

I. Thesalo. v.—5. Todos vosotros sois hijos de la luz y del día; no somos hijos de la noche ni de las tinieblas.

I. Tim. iv.—13. Esperando á que yo vuelva aplicaos á la lectura, á la exhortación y á la instrucción.

Ibid.—16. —Vigilad sobre vosotros mismos y sobre la instrucción de los demás; perseverad en estos ejercicios, porque haciéndolo así os salvaréis á vosotros mismos y á los que os escuchan.

Sap. vi.—17. Dios me ha dado la verdadera ciencia de todo lo que existe, á fin de que conozca la disposición del universo y las virtudes de los elementos;

Ibid.—18. El principio y el medio de los tiempos, los cambios sucesivos y el retorno de los siglos;

Ibid.—19 y 20. El curso de los años, la marcha de las estrellas, la naturaleza de los animales, el instinto de las bestias, la fuerza de los vientos y los pensamientos de los hombres, las diferencias de las plantas y de las raíces.

Ibid.—21. Y he aprendido todas las cosas secretas ó ignoradas, porque me lo ha enseñado la misma sabiduría hacedora de todo.

Ibid.—22. En ella está el espíritu de inteligencia, santo, uno, variado, sutil, pronto, incorruptible, seguro, dulce, amando el bien, penetrante, infalible, bienhechor;

Ibid.—23. Amigo de los hombres, inmutable, indefectible, tranquilo, poseyendo toda virtud, previendo todas las cosas, comprendiendo todos los espíritus, inteligible, vivo y puro.

Prov. xx.—15. Encuéntrase bastante oro y diamantes; pero los labios científicos son de un precio inestimable.

Ibid. xii.—16. El hombre hábil obra con ciencia, pero el insensato publica su locura.

Ibid. xxii.—12. Los ojos del Señor custodian al hombre que ama la ciencia, y confunden los discursos del perverso.

Cólera. *Sant. i.—20.* La cólera del hombre no ejecuta la justicia de Dios.

Prov. xviii.—14. La fuerza del espíritu sostiene la debilidad del hombre; ¿pero cuál será su apoyo si la cólera extravía su razón?

Eccli. xxx.—26. La cólera y la envidia disminuyen la vida...

Prov. xxvii.—4. La cólera y el furor son anti-misericordiosas: nada puede detener la violencia del hombre furioso.

Eccli. xxvii.—33. La cólera y el furor son dos cosas execrables, y solamente un malvado puede abandonarse á ellas.

Prov. xxvi.—21. Como la leña entretiene la llama, así el hombre colérico atiza el fuego de las disputas.

Prov. xv.—18. El hombre colérico escita las querellas, y el pacífico las apacigua:

Prov. xxx.—22. El hombre que se arrebata pronto, está mas espuesto que otro ninguno á cometer el mal.

Ps. xxxvi.—8. Reprimid vuestra cólera y contened vuestro furor.

Eph. iv.—26. Cuidad de que los arrebatos no os ocasionen la caída. Procurad que no se ponga el sol sobre vuestra cólera.

Prov. xxv.—8. No os encolericéis de pronto, por miedo de que no podáis reparar el ultraj: si habeis deshonrado á vuestro amigo.

Eccli. vii.—19. No riñais con un hombre colérico... porque le cuesta poco derramar la sangre, y si no estás al alcance de que puedan socorrerte, él te asesinará.

Prov. xxii.—24. No te asocies al hombre arrebatado, ni camines con el furioso,

Ibid.—25. Por miedo de que aprendas sus veredas y tiendas un lazo á tu alma.

Eccl. vii.—10. No os encolericéis súbitamente, porque el espíritu de cólera reside en el corazón del insensato.

Job. xxxvi.—18. No os dejéis dominar por la cólera hasta el punto de ser injusto con los demás.

Eccl. x.—4. Si la cólera del príncipe se dirige contra vos, no salgais de vuestra tranquilidad, porque la dulzura puede contener la violencia mas grande.

Comprador. *Prov. xx.—14.* Eso no vale nada, eso no vale nada, dice todo hombre que compra, pero de vuelta en su casa, se jacta de la compra que ha hecho.

Conciencia. *Rom. xiv.—22.* ...Feliz aquel á quien su conciencia no condena en aquello que quiere hacer.

II. Corint. i.—12. En el testimonio de la conciencia reside nuestra dignidad.

Eccli. xxxii.—17. Consultad siempre vuestro tribunal interior: no hallareis mejor consejero.

Conducta. *Eccli. i.—31.* Todas las reglas de una buena conducta se encierran en los tesoros de la sabiduría.

Sap. viii.—7. ...La sabiduría enseña la prudencia y la sobriedad, de donde nace la justicia, la virtud y el valor, las cosas mas útiles al hombre durante el curso de su vida.

I. Pet. ii.—13. Dios quiere que por medio de una conducta irreplicable confundais la ignorancia de los hombres desprovistos de razón.

Eccli. xviii.—16. ¿No templa el rocío el ardor del sol? Pues así una palabra dulce causa mas placer que el presente mismo.

Prov. xv.—4. La dulzura desarma la cólera, y las palabras duras escitan el furor.

Eccli. iii.—19. Hijo mio, haced todas las cosas con dulzura, y os conciliareis el afecto de los hombres, cosa mas preciosa aun que la gloria.

Eccli. xviii.—15. No mezeleis jamás las reconvencciones á los servicios que hagais, y no acompañeis vuestros presentes de palabras duras ó picantes.

Eccli. vi.—5. La dulzura granjea la amistad y modera el odio: la dulzura reina en todos los discursos del hombre virtuoso.

Eccli. v.—13. Escuchad con dulzura á fin de comprender mejor y de poder responder de una manera conforme á la razón y á la verdad.

Eccli. xii.—15. Su implacable corazón conservará todas vuestros palabras...

Eccli. xii.—16. Estad en guardia siempre, poned atención á sus discursos, porque caminais por los bordes de un precipicio;

Ibid.—17. Y al escucharle suponed que soñais; y con esto vigilareis.

Eccli. xii.—7. Si os necesita, tratará de seduciros, y sonriendo os dará las mas bellas esperanzas, y os hablará un lenguaje afectuoso, y hasta os preguntará si quereis que os rinda algun servicio.

Eccli.—xii.—8. Os reducirá á la indigencia arrastrándoos á sus desórdenes, y por último, despues que os haya arruinado completamente, se burlará de vos, os abandonará y os insultará encogiéndose de hombros.

Eccli. xii.—12. Si un rico os convida, rehusad, y no alimentaré mas la idea de atraeros.

Eccli. xii.—13. No manifiesteis mucha solicitud á su lado, porque os despreciará; pero no os descuideis con él tampoco si no quereis que os olvide.

Eccli. xii.—14. No le habeis con la familiaridad que á un igual, y desconfiad de sus largas conversaciones, porque tratará de sondearos haciendous hablar mucho, y con la risa en los labios os arrancará vuestro secreto.

Prov. xxv.—6. ...No os mezeleis con los grandes.

Ibid.—7. Porque mas vale que esperéis á que os llamen, que no veros espuestos á la humillación delante del príncipe.

Eccli. vii.—2. Evitad toda contestación con el rico, por miedo de que os intente un proceso.

Eccli. xii.—6. Si sois rico, cultivará vuestra amistad hasta que os saque todo el jugo, inquietándose muy poco de vuestro porvenir.

Eccli. vii.—1. No pleiteéis con el poderoso, porque sereis víctima.

Eccli. xii.—2. El ligarse con cualquiera mas poderoso que uno mismo, es una carga muy pesada. No formes sociedad ninguna con hombre mas rico que tú.

Ibid.—3. Porque ¿qué union puede haber entre una olla de hierro y otra de barro? Al menor choque esta se hará pedazos.

Consejos. *Eccli. ix.—14.* No abandoneis al amigo antiguo, porque el amigo de ayer no podrá parecersele.

Ibid. xxxvii.—6. Conservad en vuestro corazón el recuerdo de vuestro amigo, y que la prosperidad no os le haga olvidar.

Ibid. vi.—7. No escojais á nadie por amigo sin haberlo antes experimentado, y no le acordeis con mucha facilidad vuestra confianza.

Ibid.—8. Porque tal afectará hácia vos una amistad, que no pretende sino en provecho propio, y os abandonará si caéis en la desgracia.

Ibid.—9. Y otro que creis vuestro amigo, será un día vuestro enemigo, y en su odio os llenará de ultrajes.

Ibid.—10. Y tal otro que se llama vuestro amigo para sentarse á vuestra mesa, desaparecerá cuando os vea desgraciado.

Prov. iii.—28. No digas á tu amigo: vuelve, y mañana te daré, cuando puedes darle al instante.

Ibid. xi.—12. El que desdeña á su amigo, es un corazón indigente; pero el hombre prudente se calla sobre sus defectos.

Ibid. xxii.—24. No os ligueis con un hombre colérico; no frecuentéis al hombre violento y arrebatado.

Eccl. ix.—15. Volveos á ligar con vuestro amigo, porque con frecuencia se encuentran malas lenguas.

Eclli. xiv. —16. No creais ligeramente todo lo que se dice, porque muchas veces se cometen indiscreciones sin mala intencion.

Ibid. vii. —20. No vendais la fe que debeis á vuestro amigo cuando titubea en prestaros dinero; y no sacrificais la amistad al interés.

Prov. xxvii. —10. No abandoneis ni á vuestro amigo ni al amigo de vuestro padre...

Ibid. xv. —17. Retira tu pié del umbral de la casa de tu amigo, de miedo que disgustado de tí, no acabe por aborrecerte.

Ibid. xvii. —1. El que queriendo abandonar á un amigo espía la ocasion de incomodarse con él, no es excusable nunca.

Eclli. xxii. —28. Sed fiel á vuestro amigo en la adversidad, á fin de poder regocijaros con él cuando la fortuna le sonria.

Consejo. *Eclli. xxvii. —20.* ...Antes de obrar, consultadlo bien.

Tob. iv. —19. Aconsejaos siempre del hombre prudente.

Eclli. vi. —6. Vivid pacificamente con todo el mundo, pero escoged para consejero un hombre por cada mil.

Ibid. xxxvii. —7. No pidais jamás consejos á vuestro enemigo, y ocultad vuestros proyectos á los que os tengan envidia.

Ibid. —12. Si consultais sobre la virtud á un hombre desordenado, á un malvado sobre justicia, á una muger sobre su rival, á un holgazán sobre la guerra, á un negociante sobre operaciones de comercio, á un vendedor sobre mercaderías, y á un ingrato sobre gratitud;

Ibid. —14. ... No esperéis de ellos ningun buen consejo sobre todas estas cosas.

Ibid. —8. El hombre á quien se consulta da su opinion; pero hay algunos que al tiempo que aconsejan no se descuidan en olvidarse á sí mismos.

Ibid. —9. Tened cuidado cuando pidan consejo de saber de antemano cuáles son los intereses del hombre á quien os dirigís, porque tal vez entre por mucho su propia ventaja en el partido que os aconseje tomar.

Ibid. —10. Temed que os tienda algun lazo al decirlo:

Ibid. —11. Que vuestro camino es seguro, y no se esté en emboscada para presenciar el acontecimiento.

Conversacion. *Colo. iv. —6.* Que vuestra conversacion sea dulce, agradable y sazonzada con esa sal que permite responder á cada uno como es conveniente.

I. Corint. xv. —33. No os dejéis seducir: las malas conversaciones corrompen las costumbres.

Corazon. *Prov. iv. —23.* Guarda tu corazon por todas partes, porque de él depende la vida.

Ibid. xi. —20. Un corazon depravado es abominable para el Señor: un corazon recto en sus miras es agradable á sus ojos.

Ibid. xii. —25. La tristeza abate el corazon del hombre, pero una palabra dulce le regocija.

Ibid. xv. —20. ...El Señor funda sus delicias en las palabras de un corazon puro.

Ibid. xvi. —21. Aquel que posea la sabiduría del corazon será eloquente: la dulzura de los labios presta encantos á la ciencia.

Ibid. —23. Del corazon del sabio se desprenderán palabras de vida, y sus labios prestarán gracias á la ciencia.

Ibid. xvii. —20. El corazon perverso no encontrará el bien: el que perversa su lengua caerá en el mal.

Ibid. —22. El corazon alegre da la salud...

Ibid. xviii. —15. El corazon prudente poseerá la ciencia: el oido del sabio busca la doctrina.

Ibid. xx. —9. ¿Quién puede decir: Mi corazon está puro, y estoy exento de pecado?

Eclli. x. —2. El corazon del sabio está en su mano derecha, y el corazon del insensato en su izquierda.

Eclli. xxx. —27. El corazon puro se halla en una alegría continua...

Ps. lxxvii. —1. ¿Cuán bueno es Dios para con aquellos que tienen el corazon recto!

Ibid. xxxii. —3. ¿Quién subirá sobre la montaña del Señor? ¿quién permanecerá en su santuario?

Ibid. —4. Aquel que tenga las manos inocentes y el corazon puro; que no haya recibido su alma en vano, y que no haya sido engañador ni perjuro para con su prójimo.

Eclli. xxv. —27. Los padecimientos del corazon son como una laga dolorosa...

Ibid. —18. Los disgustos del corazon son los mas insoportables.

I. Joan. iii. —21. Si nuestro corazon no nos condena, podemos acercarnos á Dios con confianza.

Correccion. *Galat. vi. —1.* Hermanos míos, si alguno cae por sorpresa en algun pecado, vosotros que sois espirituales, tened cuidado de levantarle en un espíritu de dulzura, reflexionando cada uno, y temiendo el ser tentado como él.

I. Thes. v. —14. Os suplicamos aun, hermanos nuestros, que corrigáis á los inquietos, consoléis á los pusilánimes, y soportéis á los débiles, teniendo paciencia para con todos.

I. Tim. v. —4. No trateis con dureza á los ancianos, sino haceldes las advertencias como á vuestros padres, á los jóvenes como á vuestros hermanos;

Ibid. —2. A las mugeres de edad como á vuestras madres, y á las jóvenes como á vuestras hermanas, con una pureza perfecta.

Eclli. xx. —1. ¿No vale mas reprender á un hombre, dándole con ello ocasion de confesar su falta, que guardarle resentimiento alguno?

Prov. xxviii. —23. El hombre que reprende á otro será un día mas recomendable á sus ojos que el adulator que le engaña.

Lev. xix. —17. No concentrareis en vuestra alma el odio que haya podido inspiraros vuestro hermano, sino que le reconvendreis abiertamente por sus defectos, por miedo de incurrir en la misma culpa que él.

Prov. xvii. —10. Una reprimenda dejará huellas mas profundas en el corazon del sabio, que los palos en las espaldas del insensato.

Prov. xxvii. —5. Una reprimenda hecha abiertamente vale mas que un amor oculto.

Prov. xxix. —1. El hombre que reprende á su prójimo, y persevera en el mal, será herido de repente, y nadie podrá curarlo.

Eclli. vii. —6. Mas vale ser reprendido por el sabio, que adulado por el insensato.

Prov. xx. —30. La reprimenda es para el malvado un dolor amargo, y una profunda llaga.

Prov. ix. —7. El que reprende al burlon se espone á la burla...

Ibid. —8. No reprendais al burlon por temor de que os aborrezca: reprended al sabio y os amaré.

Cortesía. *Luc. xiv. —7.* Jesus, notando que sus discípulos se apoderaban de los principales puestos, les propuso esta parábola:

Ibid. —8. Cuando os conviden para una boda, no os apodereis de los primeros sitios, por miedo de que entre los convidados no se halle algun personaje de mas consideracion que vosotros,

Ibid. —9. Y que el que os haya convidado á ambos no venga á decirlo: Ceded vuestro lugar á este, y que entonces tengais que soportar la vergüenza de que os pongan en el último sitio.

Ibid. —10. Así cuando esteis convidados, colocaos el último de todos, á fin de que el dueño de la casa vaya á decirlo: Amigo mio, subid mas arriba, y entorces recibireis un honor á los ojos de todos los convidados.

Creacion. *Rom. i. —20.* Dios se ha hecho visible en cierto modo, creando el universo...

Eclli. viii. —17. Y yo he comprendido que el hombre no puede hallar ninguna razon de todas las cosas que Dios hace bajo el sol, y que cuanto mas trabaja en buscar, menos encuentra...

Eclli. xvi. —26. Dios desde el principio lo ha ordenado todo con sabiduría: en el mismo instante de la creacion ha separado todas las partes de este universo, poniendo cada una en su lugar:

Ibid. —27. Las ha adornado para siempre sometiénolas á leyes cuya accion nada puede paralizar, y que se ejecutan sin esfuerzo.

Ibid. —28. Y jamás ninguna de estas partes ha chocado ni desquiciado á la otra.

Creyente. *Rom. ii. —28.* El verdadero judío (*creyente*) no es siempre el que parece serlo; y la verdadera circuncision (*purificación*) no es la que se hace en la carne exteriormente;

Ibid. —29. Sino que el verdadero judío es aquel que lo es interiormente, y la verdadera circuncision es la del corazon, la que se hace por el espíritu y no segun la letra...

Criados. *Colos. iii. —22.* Criados, obedeced en todo á los que son vuestros amos segun la carne, no sirviéndolos solamente cuando tienen los ojos fijos en vos... sino con sencillez de corazon...

I. Petr. ii. —18. Someteos respetuosamente á vuestros amos, y no solo á los que estan llenos de dulzura y bondad, sino á aquellos que son injustos.

Ibid. —19. Porque le es muy agradable á Dios el que soportemos con paciencia, y con la mira de agradarle, los males con que injustamente nos vemos abatidos.

Tit. ii. —9. Exhortad á los criados á permanecer sumisos á sus amos, á acomodarse á sus deseos, y á no contradecirles en nada;

I. Tim. vi. —4. Para que los que se hallen obligados á servir á los demás no olviden que sus amos tienen derecho á esperar de ellos toda clase de referencias...

Eclli. x. —28. El hombre bien nacido no desdeña los consejos de un criado sensato...



Deberes. *Rom. xii. —11.* No seais cobardes y perezosos en lo que concierne á vuestro deber...

Rom. xii. —17. No devolvais á nadie el mal por el mal. Cuidad de practicar el bien, no solo ante Dios, sino tambien ante los hombres.

Rom. xiii. —8. No adeudeis nada á nadie sino es el amor que se deben los unos á los otros, porque el que ama á su prójimo cumple la ley.

I. Corint. xiv. —40. Que todo se haga honestamente y con orden.

I. Tim. i. —5. El fin de los mandamientos es la caridad de un corazon puro y de una fé sincera;

Ibid. —6. De lo cual se han apartado algunos estraviándose en vanos discursos,

Ibid. —7. Y pretendiendo ser doctores de la ley aunque no entienden lo que dicen ni lo que afirman.

I. Petr. iii. —13. ¿Y quién será capaz de incomodaros si no pensais mas que en hacer bien?

I. Petr. iii. —14. Si padecéis por la justicia alcanzareis la felicidad. No temais los males que quieren haceros temer, y no os conturbéis con nada.

Desgracia. *Mat. v. —3.* Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Sant. i. —12. Bienaventurado el hombre que sostiene la prueba, porque él recibirá la corona de vida que Dios ha prometido á los que le amen.

Rom. v. —3. Glorifiquémonos en nuestras aflicciones, bien convencidos de que la desgracia engendra la paciencia,

Ibid. —4. La paciencia produce la prueba, y la prueba la esperanza;

Ibid. —5. Y esta esperanza no será engañada...

Rom. xii. —12. Regocijaos en vuestra esperanza y soportad con paciencia vuestros males...

Ps. xxxix. —6. Si por la noche os anegais en llanto, á la mañana sereis consolados.

Ps. cxxv. —6. Los que siembran en medio de las lágrimas, recogerán su cosecha en la alegría.

Ps. xli. —6. ¿Por qué estás triste, alma mia?...

Ibid. —7. Espera en Dios...

Ps. xi. —5. El Señor ha dicho: Yo he visto la miseria del oprimido, y he oido los gemidos del pobre, y ahora voy á levantarme.

Mat. xi. —28. Venid hacia mí, vosotros todos los que padecéis, y os veis abatidos con el peso de la desgracia, venid y yo os aliviaré.

Joa. xvi. —20. Porque en verdad os digo que llorareis y gemireis en tanto que el mundo se halla entregado á la alegría: vosotros os sumergireis en la tristeza, mas vuestra tristeza se cambiará en gozo.

Is. xlix. —15. ¿Puede una madre olvidar á su hijo, abandonar al fruto que ha llevado en su seno? Pues si fuese capaz de olvidarlo, yo no os olvidaré.

Defectos. *Job. xv. —14.* ¿Quiénes somos nosotros para creernos sin tacha? ¿El hombre nacido de muger puede ser perfectamente justo?

Ibid. —15. Ni aun los santos son infalibles...

Deuda. *Deut. xxiv. —10.* Cuando reclameis de vuestro prójimo el pago de una deuda, no entreis en su casa con ánimo de llevaros prenda alguna.

Ibid. —11. Sino quedaos á la puerta y recibid lo que pueda daros;

Ibid. —12. Y si es desgraciado, que la prenda que os dé no permanezca por la noche en vuestra casa.

Ibid. —13. Devolvédsela antes de que se ponga el sol, á fin de que os bendiga cuando duerma en su vestido...

Ecod. xii. —27. Siendo el único vestido que posee, el único que

tenga para ocultar su desnudez, si él se dirige á mí (ha dicho el Señor) yo le perdonaré, porque estoy lleno de misericordia.

Dinero. *Eclli. x. —19.* ...Todo obedece al dinero.

Dios. *I. Joan. iv. —16.* ...Dios es amor, y cualquiera que permanece en el amor, permanece en Dios, y Dios en él.

Ibid. —24. Dios es espíritu, y los que le adoran deben adorarle en espíritu y en verdad.

Colo. i. —17. El es ante todo, y todas las cosas subsisten por él.

Eph. iv. —6. No hay mas que un Dios padre de todos, que está sobre los hombres, que gobierna todas las cosas y que reside en todos nosotros.

I. Corint. xiv. —33. Dios es un Dios de paz y no de desorden; y esto es lo que yo enseño en todas las Iglesias de los santos.

Deut. xxxii. —4. Las obras de Dios son perfectas, y todas sus miras justas. Dios es fiel y sin tacha; es justo y recto.

Heb. iv. —13. Ninguna criatura está para él oculta, sino todo está á descubierto ante los ojos de aquel de quien hablamos.

Eclli. xiiii. —29. Dios que conocia todas las cosas antes de crearlas, ¿no sabrá juzgarlas despues de haberlas hecho?

I. Joan. iv. —12. ...Si nos amamos los unos á los otros, Dios permanece en nos, y su amor en nosotros es perfecto.

Deut. x. —17. ...El Señor vuestro Dios, es el Dios de los dioses y el Señor de los señores, el Dios grande y poderoso...

Ibid. —18. Que hace justicia al huérfano y á la viuda...

Ibid. xi. —1. Ama! pues al Señor vuestro Dios...

Eclli. xiiii. —29. Por mucho que elevemos nuestros discursos al hablar de Dios, no llenamos jamás el asunto: el resumen de cuanto puede decirse es que él es el alma de todo.

Ps. xviii. —1. Alzad los ojos y reconoced al Criador de todas las cosas.

Discusion. *Prov. xx. —3.* El evitar toda especie de diferencias es respetarse...

Eclli. xi. —9. No os mezcléis en debates que no os importan...

II. Tim. ii. —14. No disputeis sobre palabras, porque esta clase de disputas solo sirven el espíritu de los auditores.

II. Tim. ii. —23. Evitad las cuestiones ridículas y falsas, como siendo un manantial de contestaciones.

Tit. iii. —9. ...Huid las disputas sobre genealogías y las discusiones relativas á la ley: todo esto no sirve para nada.

Prov. xxix. —9. El hombre sabio, si disputa con el insensato, ya se irrita ó ya se modera, no alcanzará ningun reposo.

Ibid. xix. —7. Por mas que discutais con un insensato, no lograreis jamás atraerle á la razon.

Eclli. viii. —14. No discutais con un hablador sempiterno; no echéis leña en su fuego.

Ibid. vi. —11. Se discurre mucho y la disputa se consume en un diluvio de palabras inútiles.

Divorcio. *Mat. xix. —7.* ¿Por qué (dijeron los fariseos á Jesus) Moisés ha autorizado el divorcio?

Ibid. —8. Por la dureza de vuestros corazones, respondió Jesus, os ha permitido Moisés el que repudéis vuestras mugeres; mas al principio era de otro modo.

Ibid. —9. Yo os declaro que todo el que desecha á su muger, si no es por causa de adulterio (1), y se casa con otra, comete el mismo un adulterio, haciéndose culpable del mismo crimen el que se une á una muger repudiada.

Doctrina. *Tim. ii. —4.* No enseñeis nada que no sea digno de la sana doctrina.

I. Timot. vi. —3. Si alguno enseña otra cosa que no sea segun las saludables instrucciones de Jesucristo, nuestro Señor, y la doctrina, segun la piedad;

Ibid. —4. Es un orgulloso que no sabe nada, y cuyo espíritu enfermo se detiene en cuestiones y en disputas de palabras, de donde nacen los celos, las contestaciones, las maledicciones, las malas sospechas.

Ibid. —5. Las disputas perniciosas de los hombres, cuya inteligencia está depravada, que se hallan privados de la verdad, y que trafican con la piedad.

Colo. ii. —4. ... Que ninguno os seduzca por la sublimidad de sus discursos.

Ibid. ii. —18. No os dejéis seducir por nadie que afecte la humildad por un culto supersticioso de los ángeles...

(1) «Si alguno dice que la Iglesia se halla en el error cuando enseña, como ha enseñado, siempre siguiendo la doctrina del Evangelio y de los apóstoles, que del lazo del matrimonio no puede disolverse por el pecado de adulterio de una de las dos partes; y que ninguna de ellas ni aun la misma que se halla inocente y no ha dado motivo al adulterio, no puede contraer nuevo matrimonio mientras que viva la otra parte, sino que el marido que habiendo abandonado á su muger adúltera se casa con otra, comete el mismo un adulterio así como la muger que habiendo abandonado á su marido adúltero se casase con otro, que él sea anatematizado.» (Concilio de Trento, cánón 7.º sobre el matrimonio.)

Sant. i.—22. Tratad de observad esta palabra, y no os contenteis con escucharla, seduciendos a vosotros mismos;

Ibid.—23. Porque aquel que escucha la palabra y no la cumple, es semejante á un hombre que se mira la cara en un espejo.

Ibid.—24. Y despues de haberse visto, se marcha olvidándose en seguida de su propia imágen.

Colo. iii.—13. Soportaos mutuamente perdonandoos los unos á los otros los motivos de queja que podais tener: y como el Señor os ha perdonado, perdonaos así vosotros.

Colo. iii.—10. Revestios de ese hombre nuevo que por el conocimiento de la verdad se renueva segun la imágen del que la ha creado.

I. Tim. iv.—7. Huid las fábulas impertinentes y pueriles...



Egoismo. *Prov. xi.—26.* El que oculta el trigo será maldecido por el pueblo: y el que abra sus graneros recibirá sus bendiciones.

Elogio. *Prov. xxvii.—2.* Dejad á otro el cuidado de elogiarlos; no publiquéis vuestras propias alabanzas.

Empresa. *Prov. xv.—22.* Las empresas formadas imprudentemente tienen mal resultado; mas los proyectos concebidos y reflexionados durante mucho tiempo son de un éxito seguro.

Enemigo. *Prov. xxiv.—17.* Cuando tu enemigo vacile, no te regocijes por ello; y cuando tropiece, que tu corazon no se estremezca de alegría.

Prov. xxv.—21. Si tu enemigo tiene hambre, dale pan; y si tiene sed, dale agua.

Mat. v.—44. ... Amad á vuestros enemigos, hacedles todo el bien que podais, y orad por los que os persigan y calumnian.

Ibid.—45. A fin de que alcanceis vuestra parte en la herencia del Padre celeste, que hace salir el sol para los buenos y los malos, y hace llover para todo el mundo.

Eccli. viii.—8. No os alegréis por la muerte de vuestro enemigo. Considerad que todos debemos morir un día, y que nosotros no quisiéramos que nuestra muerte fuese un motivo de gozo.

Mat. v.—46. Si no amais mas que á los que os aman, ¿qué méritos contraeréis por ello?...

Exod. xxiii.—4. Si se extravían el buey ó el asno de vuestro enemigo, y vosotros los encontráis, devolvedselos.

Ibid.—5. Si veis que el asno de vuestro enemigo ha caido bajo el peso de su carga, no paseis adelante, y prestadle vuestra ayuda para levantarle.

Envidia. *Prov. xiv.—30.* ...La envidia es la carie de los huesos.

Job. v.—2. ...La envidia mata á los pobres espíritus.

Eccli. xxx.—26. La envidia y la cólera abrevian los días.

Ibid. xiv.—8. El envidioso tiene un ojo lleno de malicia: se vuelve para no ser testigo de la prosperidad de otro, y descuida hasta el cuidado de su propia existencia.

Ps. xxxvi.—4. No envidéis la felicidad de los malvados, y no tengais celos ningunos de los que practican el mal.

Ibid.—7. No envidéis la suerte de los que prosperan en la injusticia.

Prov. iii.—31. No envidéis al hombre injusto, ni elijais ninguna de sus vias.

Sap. vi.—25. Y no frecuenteis la amistad del envidioso, porque un hombre semejante no podrá practicar la sabiduría.

Escogidos. *Mat. xxii.—14.* Son muchos los llamados, pero pocos los escogidos.

Esperanza. *Ps. lv.—11.* ...Yo espero en Dios, y no temeré al hombre.

Is. i.—22. Cesad pues de esperar en el hombre: la vida es un soplo, que no puede nada por sí mismo.

Sap. xvi.—29. La esperanza del ingrato se deshará como el hielo en invierno, derramándose como un agua inútil.

Experiencia. *Eccli. xxiv.—10.* El que tiene falta de experiencia, juzga mal las cosas, y solo á fuerza de pruebas se adquiere la habilidad.

Thes. v.—21. Examinadlo todo, reteniendo aquello que es bueno.

Espíritu. *Rom. viii.—9.* El que no tiene el espíritu de Jesucristo, no está en él.

Ibid.—14. Porque todos los que son inspirados por el espíritu de Dios, son hijos de Dios.

Ibid.—15. Y no habeis recibido el espíritu de servidumbre para conducirnos todavía tímidamente.

Ibid.—16. Y este espíritu es el que rinde testimonio á nuestro espíritu de que somos hijos de Dios.

Ibid.—27. El que penetra en el fondo de los corazones sabe cuáles son los deseos del espíritu, porque no pide para los santos sino aquello que es segun Dios.

Ibid. xii.—11. ...Sed fervientes en espíritu...

I. Corint. xii.—4. Hay diversidad de dones espirituales, pero no hay mas que un mismo espíritu.

II. Corint. iv.—18. Nosotros no consideramos las cosas visibles, sino las invisibles, porque las cosas visibles son pasajeras, en tanto que las invisibles son eternas.

Galat. v.—25. Si nosotros vivimos por el espíritu, conduzcámonos tambien por él.

Eph. iv.—3. Trabajad con cuidado á conservar la unidad de un mismo espíritu por el lazo de la paz.

I. Thes. v.—19. No estingais el espíritu.

II. Tim. i.—7. Dios no nos ha dado un espíritu de timidez, sino un espíritu de valor, de amor y de prudencia.

Sant. i.—8. El hombre que tiene el espíritu indeciso, es inconstante en sus vias.

Sap. i.—5. El Espíritu Santo, que enseña toda ciencia, huye el disfraz, se aleja de los pensamientos sin inteligencia, y se aparta de la iniquidad.

Gal. v.—18. Si os conducís segun el espíritu, no infringís la ley.

Ibid.—22. Los frutos del espíritu son la caridad, la alegría, la paz, la paciencia, la humanidad, la boudad, la perseverancia.

Ibid.—23. La dulzura, la buena fé, la modestia, la continencia y la castidad: no hay nada en todo esto que sea condenado por la ley.

Esposa. *Corint. xi.—3.* Quiero que sepais que Jesucristo es el jefe del hombre, el hombre el jefe de la mujer, y Dios el jefe de Jesucristo.

Ibid.—8. Porque el hombre no ha sido creado para la muger, sino la muger para el hombre.

Corint. vii.—34. ...La casada, que se ocupe de las cosas del mundo y de agradar á su marido.

Colo. iii.—18. Esposas, sed sumisas, como debeis, á vuestros maridos...

Timot. ii.—12. No permito nunca á las mugeres enseñar ni tomar ascendiente sobre sus maridos; sino que las ordeno permanecer en silencio.

Eccli. xxv.—30. Porque la muger que se abroga la principal autoridad, se halla continuamente en oposicion con su marido.

Timot. v.—8. Que si álguien no tiene cuidado de los suyos, y especialmente de los de su casa, renuncia á la fé y es peor que un infiel.

Petr. iii.—3. No os adornéis esteriormente por el arte de vuestra cabelleira, los adornos de oro y la belleza de vuestros vestidos;

Ibid.—4. Pero adornad al hombre invisible, oculto en el corazon por la incorruptible pureza de un espíritu de dulzura y de paz; lo cual es un preciso adorno á los ojos de Dios.

Prov. xii.—4. La esposa vigilante es la corona de su esposo; la impúdica es para el suyo un fuego que devora.

Prov. xxxi.—10. ¿Quién hallará una muger fuerte? Ella es de un precio superior al de todas las pedrerías.

Ibid.—11. El corazon de su esposo se confía en ella, y él ve las riquezas amontonarse en su casa.

Ibid.—12. Ella le trae el bien y no el mal, todos los días de su vida;

Ibid.—13. Trabaja el lino y la lana, y el consejo preside á la obra de sus manos.

Ibid.—14. Es semejante al navío que va á buscar lejos las cosas necesarias á la vida;

Ibid.—15. Se levanta de noche, distribuye la lana á sus criadas, repartiendo á cada una su tarea;

Ibid.—16. Ha visto una tierra y la ha comprado; ha plantado una viña con el fruto de sus manos;

Ibid.—17. Ha adquirido fuerza en sus remos, y ha robustecido sus brazos;

Ibid.—18. Ha comprendido y visto que sus obras son buenas; su lámpara no se ha apagado en toda la noche;

Ibid.—19. Ha llevado la mano á la rueca, y sus dedos han dado vueltas al huso.

Ibid.—20. Ha tendido sus manos al pobre...

Prov. xxxi.—21. No teme el invierno para los de su casa, porque cada criado tiene dos vestidos.

Ibid.—23. Su esposo brilla á las puertas de la ciudad, cuando se halla sentado entre los jueces de la tierra.

Ibid.—24. Teje la tela y la vende...

Ibid.—25. Revestida de fuerza y de belleza en su última hora, resplandecerá de gozo.

Ibid.—26. Ha abierto su boca á la sabiduría, y una ley de clemencia sale de sus labios.

Ibid.—27. Ha vigilado los pasos de los suyos, y no ha comido el pan de la ociosidad.

Ibid.—28. Sus hijos se han levantado y la han llamado felicísima, y su esposo la ha colmado de elogios.

Ibid.—29. Muchas mugeres han brillado por su virtud, pero tú las has sobrepasado á todas.

Esposo. *Ephes. vi.—28.* ...Los maridos deben amar á sus mugeres como á su propia carne. Quien ama á su muger se ama á sí mismo.

Mat. ii.—15. ...No desprecies á la muger con quien estás unido desde tu juventud.

Eccli. vii.—21. No te separes de la muger sábia y virtuosa que has escogido en el temor de Dios, porque las gracias de su pudor son mas preciosas que las riquezas.

Ibid.—28. Si tienes una muger segun tu corazon, no la abandonarás nunca...

Ibid. ix.—2. No sufras que tu muger tome mucho ascendiente en tu espíritu, de miedo que ella no usurpe la autoridad que te pertenece, y no te veas espuesto á sonrojarte de tu debilidad.

Colos. iii.—19. Esposos, acariciad á vuestras mugeres y no las trateis con dureza.

Corint. vii.—27. Estás ligado con una muger? No trates de desunirte.

Corint. vii.—33. El casado, que se ocupe del cuidado de las cosas del mundo y de agradar á su muger...

Colo. iii.—19. Esposos, amad á vuestras mugeres y sed dulces para con ellas.

I. Pet. iii.—7. ...Vivid prudentemente con vuestras esposas, tratándolas con honor y discrecion, como al sexo mas débil, y considerando que ellas son con vosotros las herederas de la gracia que da la vida...

Prov. v.—18. Que la muger de tu juventud sea bendecida: que sea para tí una fuente de delicias;

Ibid.—19. Un cervatillo delicioso, una gacela querida, cuyo pecho no se agote jamás: que ella te deleite con su ternura.



Falso testimonio. *Exod. xx.—16.* No levantareis falsos testimonios contra vuestro prójimo.

Fé. *Sant. ii.—14.* Hermanos míos, ¿de qué le servirá á un hombre el decir que posee la fé, si no se le ven las obras? ¿Podrá salvarle la fé?

Ibid.—15. Si uno de vuestros hermanos ó hermanas no tienen para vestirse, ni lo que necesitan cuotidianamente para vivir;

Ibid.—16. Y alguno de vosotros les dice: Idos con Dios, preservaos del frio y del hambre, y sin darles lo que su cuerpo necesita, ¿de qué le servirán estas palabras?

Ibid.—17. Así la fé sin las obras muere por sí misma.

Ibid.—18. Alguno podrá decir: Vos teneis la fé y yo las obras: enseñadme vuestra fé sin las obras, y yo os enseñaré mi fé por mis obras.

Ibid.—20. Ahora bien, ¿quereis saber, hombres vanos, que la fé está muerta sin las obras?

Ibid.—21. ¿Nuestro padre no fué justificado por las obras, cuando ofreció su hijo Isaac sobre el altar?

Sant. ii.—22. ¿No creéis que su fé se hallaba unida á sus obras, y que su fé fué consagrada por sus obras?

Ibid.—23. ¿Y que de este modo se cumplió esta palabra de la Escritura: Abraham creyó lo que Dios le habia dicho, su fé le fué imputada á justicia, y fué llamado amigo de Dios?

Ibid.—24. Ya veis cómo el hombre se justifica por las obras y no por la fé solamente.

Ibid.—25. Rahab, esa cortesana, ¿no fué justificada por sus mismas obras, recibiendo en su casa los espiones de Josué, y haciéndolos volver por diferente camino?

Ibid.—26. Porque así como el cuerpo muere cuando le falta el alma, así muere tambien la fé cuando no la acompañan las obras.

Rom. xiv.—22. Si tienes fé, conténtate con tenerla en el corazon á los ojos de Dios. Feliz de aquel que no se condena á sí mismo con aquello que aprueba.

II. Pet. i.—5. Cuidad muy particularmente de unir á vuestra fé la virtud, á la virtud la ciencia,

Ibid.—6. A la ciencia la templanza, á la templanza la paciencia, á la paciencia la piedad,

Ibid.—7. A la piedad el amor de nuestros hermanos, y al amor de nuestros hermanos la caridad.

Ibid.—8. Porque si estas virtudes se hallan en vos, multiplicándose mas cada día, no dejarán estéril é infructuoso el conocimiento que teneis de nuestro Señor Jesucristo.

Ibid.—9. Y el que no las posee es un ciego que camina á tientas: no se acuerda de qué modo ha sido justificado de los pecados de su vida pasada.

Ibid.—10. Esforzaos pues mas y mas, hermanos míos, en robustecer vuestra eleccion, y vuestra eleccion por las buenas obras: de este modo no pecareis jamás.

Festines y licores. *Prov. xx.—1.* El vino es lujurioso y la embriaguez turbulenta: el que se entregue á ella jamás será prudente.

Prov. xxi.—17. Todo aquel á quien gusten los festines, vivirá en la indigencia, y el que desee el vino y los perfumes jamás se enriquecerá.

Prov. xxiii.—29. ¿Quién se deja llevar por los deseos sin freno? ¿A quién subyugan los arrebatos? ¿Quién provoca los debates, alimenta el desórden y da motivo á las heridas sin causa? ¿Quién tiene los ojos inflamados?

Ibid.—30. Aquellos que viven en los festines y ponen todo su estudio en vaciar las copas llenas.

Prov. xxiii.—31. No mires el vino cuando chispea, y cuando brilla su color en la copa, porque entonces se insinua blandamente,

Ibid.—32. Mas al fin muere como la serpiente y esparce su veneno como el basilisco.

Ibid.—33. Tus ojos se detendrán en las mugeres estrañas, y tu corazon meditará el mal,

Ibid.—34. Y serás como un hombre que duerme en mitad del mar, como un piloto aletargado que ha perdido el timon,

Ibid.—35. Y dirás: Me han herido y no he sentido dolor; me han arrastrado sin saberlo: ¿cuándo me despertaré para buscar de nuevo los festines?

Fidelidad. *Luc. xvi.—10.* El que es fiel en las cosas pequeñas lo será tambien en las grandes.

Filosofía. *Eccli. xvii.—6.* Cuando el hombre cree haber terminado sus descubrimientos sobre Dios, no ha hecho mas que empezar, y el resultado de su trabajo es el de reconocer su debilidad.



Gobierno. *Prov. xi.—14.* Allí donde no hay jefe, el pueblo muere...

Is. xiv.—5. El Señor ha destruido el poder de los malvados, y ha roto el cetro de los dominadores.

Ibid.—6. De aquellos que herian á los pueblos haciéndolos una plaga incurable, que mandaban coléricos en las naciones...

Is. xiv.—17. Que han hecho del universo una soledad, destruyen las ciudades, y no cesando de hacer mas pesados los hierros de sus cautivos.

Sap. vi.—2. Escuchad pues, oh Reyes, y comprended: instruired vosotros que juzgais la tierra;

Ibid.—3. Prestad el oído vosotros que conteneis á los pueblos, y que os complacéis en aumentar vuestros súbditos;

Ibid.—6. Dios se os aparecerá formidable repentinamente, porque á los que reinan les está reservado un juicio muy riguroso.

Ibid.—7. La misericordia se acuerda á los pequeños, mas los poderosos serán poderosamente atormentados.

Ibid.—8. Aquel que es dueño de todos, no perdonará á nadie, ni respetará grandeza ninguna, porque él ha hecho á los grandes y á los pequeños, y cuida igualmente de todos.

Ibid.—9. Pero á los grandes los destina el suplicio mayor.

Sap. vi.—22. Reyes de los pueblos, si os deleitais con vuestros tronos y cetros, amad la sabiduría, á fin de que siempre reineis.

Ibid.—23. Amad las luces de la sabiduría, vosotros los que presidis á los pueblos.



Hermanos. **Prov. xix.—7.** Los hermanos del pobre le odian, y sus amigos se apartan de su lado...

Ibid. xviii.—19. Los hermanos en su odio son menos accesibles que las mas elevadas ciudadelas, y en sus querellas son tan inflexibles como las barras en las puertas de las ciudades.

Hijos. **Prov. xx.—11.** Por las inclinaciones de un niño se conoce si sus obras serán rectas y puras.

Eccli. vi.—18. Instruid, hijos míos, desde la juventud, y así poseeréis la sabiduría hasta vuestra edad mas avanzada.

Ibid.—19. Cultivadla como el que labra y siembra, y aguardad el tiempo de la cosecha.

Ibid.—20. Los trabajos que se necesitan para adquirirla no son muy penosos, y sus frutos se saborean al instante.

Prov. ii.—3. Si consultais siempre la sabiduría y os dejais guiar por la razon,

Ibid.—4. Si la deseais como se desean las riquezas y la buscáis con el ardor de un hombre que cava por hallar un tesoro,

Ibid.—5. ...Adquiriréis la ciencia de Dios.

Prov. i.—8. Escucha, hijo mio, la ciencia de tu padre y no abandones la ley de tu madre;

Ibid.—9. Porque serán una corona para tu cabeza y un adorno para tu cuello.

Ibid.—10. Hijo mio, huye las caricias de los pecadores cuando traten de seducirte,

Ibid.—11. Diciéndote: Ven con nosotros, preparemos emboscadas de muerte, y tendamos lazos al inocente;

Ibid.—12. Y traguémosle vivo como el infierno, y devorémosle enteramente como la sepultura,

Ibid.—13. Para apoderarnos de sus riquezas y llenar nuestras casas con sus despojos.

Ibid.—14. Reparte tu herencia con nosotros, y todos participaremos de un mismo tesoro.

Ibid.—15. Hijo mio, no camines con ellos; apártate de sus senderos.

Ibid.—16. Porque sus piés corren hácia el mal, apresurándose para derramar sangre.

Ibid.—17. Sereis igualmente recompensados si soportais los defectos de vuestra madre.

Ibid.—18. Dios os edificará en la justicia, se acordará de vuestros tiempos de desgracia, y vuestras faltas desaparecerán ante sus ojos como el hielo á los rayos del sol.

Prov. xx.—20. Desgraciado del hombre que maldice á su padre y á su madre: la antorcha de la vida se apagará eternamente para él.

Prov. v.—1. Hijo mio, purifícate por mi sabiduría, y presta oídos á mi prudencia,

Prov. v.—2. Para que vigiles sobre tus pensamientos, y tus labios guarden la ciencia.

Prov. vi.—20. Hijo mio, guarda los mandamientos de tu padre, y no abandones las lecciones de tu madre.

Ibid.—21. Tenlas grabadas sobre tu corazon y pendientes de tu cuello.

Ibid.—22. Para que te acompañen cuando andes, vigilen en torno de tí cuando reposes, y las halles al despertar,

Prov. iv.—1. Escuchad, hijos míos, los preceptos de vuestro padre, y prestad oídos á las lecciones de la prudencia.

Ibid.—2. Yo sembraré en vos mi doctrina; no abandoneis mis lecciones.

Ibid.—3. Yo mismo he sido el hijo mas querido de mi padre, y el único en el corazon de mi madre,

Ibid.—4. Y ellos me han instruido, diciéndome: Si tu corazon recibe nuestras palabras, y observas nuestros preceptos, vivirás.

Ibid.—5. Posee la prudencia y la sabiduría, y no echés en olvido los consejos de nuestra boca.

Prov. x.—1. El hijo sabio es el regocijo de su padre, y el insensato causa la tristeza de su madre.

Prov. xiii.—1. El hijo sabio no ha sido castigado por su padre...

Exod. xx.—12. Honrad á vuestros padres, para que goceis de una larga vida...

Eph. vi.—2. Honrar padre y madre, es el primer mandamiento al que Dios ha unido una recompensa.

Tob. iii.—4. Honrad á vuestra madre durante toda su vida,

Ibid.—4. Y no olvideis jamás cuántos dolores ha sufrido, y á cuántos peligros ha estado espuesta cuando os llevaba en su seno.

Eccli. iii.—5. El hombre que honra á su madre es como el que se labra un tesoro.

Ibid.—6. El que honre á su padre se verá á su tiempo colmado de alegría en sus hijos, y Dios escuchará sus oraciones.

Eccli. iii.—18. El hombre que abandona á su padre se consagra á la ignominia, y que escita la cólera de su madre, incurre en la maldición del Señor.

Prov. xv.—5. El que desprecia la instruccion de su padre es un insensato, y el que se aprovecha de sus reprimendas, manifiesta su sabiduría.

Prov. xvii.—25. El hijo imprudente es la indignacion de su padre y el dolor de su madre.

Prov. xix.—26. El que despoja á su padre y echa á su madre es miserable é infame.

Prov.—xxviii.—24. El que roba á su padre ó á su madre y dice que no ha pecado, es compañero del asesino.

Prov. xxiii.—22. No desdeneis los avisos del que os ha dado el ser, y no despreciéis á vuestra madre en su ancianidad.

Eccli. iii.—12. No os envanezcáis con nada de lo que deshonre á vuestro padre, porque nunca su vergüenza podrá contribuir á vuestra gloria.

Eccli. iii.—14. No entristezcáis los días de vuestro padre; sed el apoyo de su vejez.

Ibid.—15. Si su espíritu se debilita sabed soportarle, y no le trateis con menos respeto, porque os asista la razon; porque la caridad que se use con los padres no será echada en olvido.

Eccli. xxiii.—18. No desdeneis á vuestros padres cuando os sentéis entre los magnates de la tierra,

Ibid.—19. De miedo que Dios no os abandone aun en medio de esos mismos magnates, y que deslumbrado con vuestra fortuna no caigais en el oprobio, sintiendo entonces haber visto la luz y maldiciendo la hora de vuestro nacimiento.

Colo. iii.—20. Hijos, obedeced en todo á vuestros padres y madres, porque en ello se complace el Señor.

Hipocresía. **I. Timot. iv.—2.** Impostores llenos de hipocresía que tendrán la conciencia cauterizada;

Ibid.—3. Prohibirán el matrimonio y el uso de las carnes que Dios ha creado para comer en accion de gracias por los fieles y por los que conocen la verdad,

Ibid.—4. Porque todo lo que Dios ha creado es bueno...

Mat. xxiii.—33. Serpientes, raza de víboras, cómo evitaréis la hoguera del juicio.

Prov. xv.—19. El camino del hipócrita se halla erizado de espinas; el del justo está del todo llano.

Eccli. xix.—22. Hay una destreza que emplea medios seguros, pero reprobados por la justicia.

Ibid.—23. ...Como la de humillarse espresamente, teniendo un corazon lleno de astucia;

Ibid.—24. Ostentando la mas humilde sumision, ó bajando modestamente la cabeza fingiendo no apercibirse de lo que se quiere ocultar.

Ibid.—25. Si el hipócrita no hace el mal, es solo por impotencia; pero cuando se presenta la ocasion, no la deja escapar.

Prov. xxi.—27. La ofrenda del malvado es abominable para el Señor, porque nace del crimen.

II. Timot. iii.—5. Huid de los que manifiesten una piedad aparente, pero que han renunciado á la verdad y al espíritu,

Ibid.—6. Porque hay muchos de entre ellos que se insinúan en las casas, llevándose en pos de sí como cautivas mugeres llenas de pecados, arrastradas por diversos deseos,

Ibid.—7. Y que siempre estan aprendiendo sin llegar nunca á conocer la verdad.

Job. xxvii.—8. ¿Cuál puede ser la esperanza del hipócrita, si en su sórdida avaricia arrebata el bien de los demás, por lo cual Dios no salvará su alma?

Ibid.—9. ¿Escuchará Dios sus quejas cuando la desgracia caiga sobre él?

Ibid.—10. ¿Podrá hallar su alegría en el Señor? ¿Tendrá derecho para invocarle en todo tiempo?

Ibid. xiii.—16. ...Todo hipócrita será desterrado de su presencia.

Prov. xi.—9. El hipócrita engaña á sus amigos con sus palabras, y el justo les salva por su sabiduría.

Luc. xvi.—15. ...Dios conoce el fondo de vuestras almas, y lo que los hombres suelen estimar mas es abominable ante sus ojos.

Job. xv.—34. El hipócrita no recogerá lo que haya sembrado...

Luc. xii.—1. ...Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía;

Ibid.—2. Porque nada hay tan oculto que no deba descubrirse un día: no hay ningun misterio que al cabo no llegue á saberse.

Ibid.—3. Las palabras mas secretas serán publicadas, y aquello que haya sido dicho al oído en el silencio del gabinete, resonará por encima de los techos.

Mat. xxiii.—25. Desgraciados de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas que limpiais los bordes de las copas y platos, mientras que por dentro estais llenos de inmundicia é impureza.

Ibid.—26. Fariseo ciego, limpia primeramente la copa y el plato por dentro, para que el exterior lo esté despues.

Ibid.—27. Desgraciados de vosotros escribas y fariseos hipócritas que os parecéis á los blancos sepulcros, cuyo exterior está sobrecargado de ricos adornos, pero en los cuales no se encuentran sino huesos y podredumbre.

Ibid.—28. De ese modo parecéis justos á los ojos de los hombres, mientras teneis el corazon lleno de hipocresía é iniquidad.

Mat. xxiii.—23. Desgraciados de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas que pagais el diezmo... pero que descuridais los mas importantes mandamientos, aquellos que conciernen á la justicia, la misericordia y la buena fé...

Job. viii.—16. El hipócrita se parece á una planta, cuya frescura alimenta la noche, y que abre sus botones á los primeros rayos del sol;

Ibid.—17. Multiplicanse sus raices entre un monton de piedras, y se sostiene en medio de los guijarros,

Ibid.—18. Pero en cuanto lo arrancan, el mismo sitio en que se hallaba la renuncia y parece decirle: No te conozco;

Ibid.—19. Hé aquí á lo que se reduce la prosperidad de la hipocresía.

Hombre. **I. Corint. xv.—45.** Adán, el primer hombre, ha sido creado con una alma viva, y el segundo Adán con un espíritu vivificante.

Ibid.—46. No fué el cuerpo espiritual el que se formó el primero, sino el animal, formándose en seguida el espiritual.

Ibid.—47. El primer hombre es el terrestre, formado de la tierra, y el segundo es el celeste, que viene del cielo.

Ibid.—48. Como el primer hombre ha sido terrestre, sus hijos lo son tambien, y como el segundo es celeste, lo son tambien sus hijos.

Ibid.—49. Como hemos llevado la imagen del hombre terrestre, así llevemos tambien la imagen del hombre celeste.

Eccli. xv.—14. Dios, despues de haber creado al hombre, le ha dejado en las manos de su propio consejo.

Eccli. xvii.—6. Ha dotado su alma de facultades intelectuales, colocandolo delante de él el bien y el mal.

Ibid. xv.—18. La vida y la muerte, el bien y el mal, se hallan delante del hombre; y aquello que haya escogido se le dará.

Ibid.—11. No digais que Dios os ha rehusado (la sabiduría) pues que se halla en no hacer lo que prohíbe.

Sap. ix.—14. Los pensamientos del hombre son tímidos, é inciertas nuestras previsiones.

Eccli. xl.—2. Los hombres son presa de las penas de espíritu, de las angustias del corazon, de las inquietudes del corazon y del terror que inspira ese día en que debe extinguirse la vida.

Ibid.—3. El hombre sentado sobre un trono de gloria es igual al desgraciado que reposa tendido sobre la ceniza;

Ibid.—4. El monarca vestido de púrpura, cuya frente brilla con el resplandor de la diadema, paga aquel triste tributo lo mismo que el que gasta un vestido de la tela mas grosera. El furor, la envidia, las necerádumbres, el temor de la muerte, el odio y los procesos,

Eccli. xl.—5. Turban su alma hasta en los brazos del sueño, manteniéndole en continuas agitaciones.

Ibid.—6. El hombre no goza de ningun reposo: aun en medio de la noche, es como una centinela vigilante.

Ibid.—7. En el delirio de su imaginacion cree huir, como si se hallase perseguido por el enemigo, y en el instante en que cree haber escapado al peligro, se despierta y se admira de un terror que no tenia ningun fundamento.

Sant. iv.—1. ¿De dónde proceden las guerras y sus procesos entre vosotros? ¿No son vuestras pasiones que combaten en vuestra carne?

Prov. xxvii.—19. Lo mismo que las olas del mar, el hombre tiene mil aspectos.

Ibid.—20. El infierno y la muerte son insaciables, como el ojo del hombre á la plata.

Ibid.—21. Así como se experimenta en el crisol, y el oro en el hornillo, así se experimenta al hombre por la alabanza.

Prov. xxi.—8. El hombre titubea en sus vias cuando se halla bajo el peso del crimen: el hombre puro marcha con seguridad.

Prov. xxviii.—20. El hombre fiel se verá colmado de elogios; pero el que se apresura á enriquecerse no permanecerá en la mocencia.

Homicidio. **Exod. xx.—13.** No matareis.

Levit. xix.—16. ...No atentareis á la vida de vuestro prójimo.

Gen. ix.—6. El que vierte la sangre humana será castigado con la efusion de su propia sangre; porque el hombre ha sido creado á la imagen de Dios.

Ibid. iv.—15. ...El que mate á Cain, sufrirá la pena de su crimen...



Idolatria. **II. Corint. xi.—3.** Temo que así como Eva fué reducida por los artificios de la serpiente, así vuestros espíritus no se corrompan y degeneren de la simplicidad cristiana.

Is. i.—12. Cuando os habeis presentado ante mis ojos, ¿quién os ha pedido esas ofrendas?...

Ibid.—13. Vuestros sacrificios son inútiles; vuestro incienso es abominable á mis ojos. Yo no puedo soportar vuestros sábados y vuestras fiestas: vuestras asambleas son inicuas.

Ibid.—14. Vuestras solemnidades me horrorizan, me son insoportables; estoy cansado de sufrirlas.

Ibid.—15. Cuando tendais las manos hácia mí, yo volveré los ojos; y si redoblais vuestras súplicas, yo no os escucharé, porque vuestras manos estan tintas en sangre.

Ibid.—16. Lavaos, purifícaos, haced que desaparezca de mis ojos la malicia de vuestros pensamientos; cesad de practicar la injusticia.

Ibid.—17. Aprended á hacer el bien; amad la justicia, levantad al oprimido, proteged al huérfano, y defended la viuda.

Mat. v.—23. Cuando presentéis vuestra ofrenda al altar, si os acordais de que vuestro hermano tiene alguna reconvenccion que dirigiros,

Ibid.—24. Dejad allí vuestra ofrenda; id antes de todo á reconciliaros con vuestro hermano, y volved en seguida á ofrecer vuestros homenajes al Señor.

Deut. iv.—15. Guardad cuidadosamente vuestras almas. Ninguna imagen habeis visto el día en que el Señor vuestro Dios os ha hablado en Horeb, en medio de las llamas;

Ibid.—16. Por miedo de que, seducidos, no hagais alguna imagen tallada de hombre ó de muger.

Exod. xx.—23. No os hareis dioses de plata ni dioses de oro.

Exod. xxxii.—31. Moisés se volvió hacia el Señor y le dijo: Escuchadme, os suplico; ese pueblo ha cometido un pecado muy grande, puesto que se ha hecho un dios de oro.

Deut. v.—8. No te harás imágenes talladas, ni semejanzas de nada de lo que está en los cielos...

Exod. xx.—4. Tú no te fabricarás ídolos ni ninguna imagen de lo que está en los cielos...

Is. xiv.—15. Esos árboles destinados á alimentar la lumbre, reservados para el invierno por el hombre para calentarse y cocer sus alimentos, se vuelven los dioses en que adora: hace de ellos una estatua, y se inclina delante de su obra.

Ibid.—16. Ha quemado la mitad de ese árbol, y le ha hecho servir para cocer sus alimentos; se ha hartado, se ha calentado, y ha dicho: He encendido mi lumbre, y me he calentado;

Ibid.—17. Y del resto hace un dios y un ídolo, se inclina ante él, le adora, y le suplica, diciendo: Sálvame; tú eres mi dios.

Is. xvii.—7. Que el hombre se incline delante del que le ha creado...

Ibid.—8. Que no se prosterne á los pies de los ídolos hechos por sus manos; y que desdeñe esos tabernáculos, esos bosques sagrados contruidos también por él.

Igualdad. *Mat. xxii.—8.* ...No queráis llamaros amos, porque no tenéis sino un solo amo, y vosotros sois hermanos todos.

Ibid.—10. No os llameis amos, porque no tenéis mas que un amo.

Ibid.—11. El mayor de entre vosotros será vuestro servidor;

Ibid.—12. Porque cualquiera que se eleve, descenderá, y cualquiera que descienda, será elevado.

Sant. ii.—1. Hermanos míos, no envilezcáis la fé que tenéis por la gloria de Nuestro Señor Jesucristo á la acepción de personas.

Ibid.—2. Porque si entra en vuestra reunión un hombre con un anillo de oro y un vestido magnífico, y entra también un pobre vestido miserablemente;

Ibid.—3. Y que fijando vuestra vista en el que se halla magníficamente vestido, le decís: sentaos aquí; y decís al pobre: estate ahí de pie ó sientate á mis pies;

Ibid.—4. ¿No es esto juzgar en vos mismo al uno y al otro, y no sois jueces de pensamientos injustos?

Ibid.—5. Escuchad, queridísimos hermanos míos: ¿No ha elegido Dios á los que eran pobres en este mundo para hacerlos ricos en la fé y herederos del reino que ha prometido á los que le amen?

Ibid.—6. Y vosotros deshonrais al pobre. ¿No son los ricos los que os oprimen con su poder, y os arrastran ante los tribunales?

Ibid.—7. ¿No son ellos los que blasfeman del santo nombre invocado por vosotros?

Ibid.—8. Si cumplís la ley real de la Escritura, amareis á vuestro prójimo como á vos mismo, y hareis bien;

Ibid.—9. Pero si hacéis acepción de personas, cometeis un pecado, y estais condenados por la ley como transgresores.

Job. xxxiii.—6. Dios es mi creador como es el tuyo, y ambos hemos salido del mismo barro.

Sap. vi.—5. ¿Tienen acaso los reyes otro principio de vida?

Ibid.—6. No hay para todos los hombres mas que una misma manera de entrar en el mundo, y una misma mane a de salir.

Imprudencia. *Eccle. x.—1.* Las moscas venenosas hacen perder la suavidad á los perfumes; y lo mismo la mas ligera imprudencia empaña el brillo de la sabiduría y de la gloria.

Prov. xiv.—15. El imprudente cree en cualquier palabra; el hombre hábil vela sobre todos sus pasos.

Ibid. xv.—28. El hombre que no puede dominar su espíritu es una ciudad abierta y sin murallas.

Ibid. xix.—20. ¿Has visto al hombre que se precipita en sus discursos? Pues mar se debe esperar de un insensato que de él.

Incertidumbre. *Sant. i.—6.* ...El hombre que no sabe tomar un partido, es como una ola que el viento mueve á su capricho.

Injusticia. *Colo. iii.—25.* El que obre injustamente recibirá el castigo de su injusticia; porque Dios no hace absolutamente acepción de personas.

Sant. i.—6. ...El que es injusto en las cosas pequeñas, lo es también en las grandes.

Inocencia. *Prov. xxviii.—18.* El que camina en la inocencia adelanta en la seguridad; y el que sigue oblicuamente dos caminos, caerá cuando menos lo piense;

Sap. ii.—23. Porque Dios ha creado al hombre en la inocencia, haciéndole á su semejanza.

Insensato. *Eccle. x.—3.* El insensato, ciego en su locura, se imagina siempre que los demás carecen de razon.

Eccle. xxi.—17. El corazón del insensato es como un vaso roto: nunca podrá contener la sabiduría.

Ibid. xxxiii.—5. El corazón del insensato es tan movable como una rueda...

Ibid. xxi.—28. Todas las palabras de las gentes razonables son prudentes; mas de los labios de los necios no salen sino imprudencias...

Prov. xix.—3. La locura del hombre le hace vacilar en su camino...

Ibid. xviii.—7. Las indiscreciones del insensato serán en su día para él un motivo de arrepentimiento; sus propios discursos causarán su ruina.

Ibid. xxvi.—1. Lo mismo que la nieve es un contratiempo en estío, y la lluvia lo es durante la cosecha, así sienta mal la gloria al insensato.

Ibid. i.—7. ... Los locos desprecian la sabiduría y la instruccion.

Eccle. xxi.—22. La instruccion les incomoda: es una cadena para sus pies, y esposas para sus manos.

Ibid. xxii.—9. El que habla razonablemente á un insensato, se parece al que dirige la palabra á un hombre dormido: al fin de su discurso le preguntará que qué decia.

Ibid. viii.—20. No pidáis consejos á los locos, porque no pueden interesarse sino en aquello que les agrada.

Prov. xv.—14. El sabio busca la instruccion: el insensato se complace en la ignorancia.

Eccle. xxi.—7. Tratar de corregir á un loco, es querer volver á juntar los pedazos de un vaso roto.

Prov. xvii.—10. Mas efecto hacen las correcciones en el hombre razonable que los golpes en el insensato.

Eccle. vi.—21. ¡Cuán áspera es la sabiduría para los ignorantes! Así, jamás echa raíces en el corazón de los insensatos.

Ibid.—22. Lo mismo es para ellos que esas pesadas piedras que los hombres levantan por probar sus fuerzas, pero que sueltan en seguida.

Ibid. xix.—12. Así como una muger en sus dolores no puede contener sus gritos, así tampoco puede callar el insensato lo que ha oido.

Prov. xxix.—11. El insensato deja traslucir todo lo que encierra su alma: el sabio sabe contenerse y lo reserva para tiempo oportuno.

Ibid. xviii.—6. La voz del insensato resuena siempre en todas las querellas: su boca sopla el fuego de la discordia.

Ibid. xiv.—3. La lengua del insensato es siempre funesta para él: los sabios tienen por salvaguardia la discrecion.

Eccle. xxi.—25. El insensato se mete de cualquier modo en casa de su vecino...

Ibid.—26. Y mira indiscretamente por las ventanas...

Prov. xvii.—12. Mas vale encontrarse con una osa á quien han arrebatado sus hijuelos, que con un insensato pagado de sí mismo.

Eccle. xxi.—22. La sabiduría es para un estravagante lo mismo que una casa arruinada, y su ciencia es como un tejido de razonamientos ininteligibles.

Ibid.—29. El alma de los insensatos se trasluce en sus discursos, así como se reconoce al sabio cuando habla.

Prov. xvii.—16. ¿De qué le sirven á un insensato las riquezas, puesto que la sabiduría no se compra?

Ibid. xiv.—8. La sabiduría consiste en saber conducirse: los insensatos se extravían siempre en su locura.

Ibid. x.—23. El insensato comete el crimen riendo...

Ibid. xii.—16. El insensato manifiesta de repente su cólera: el hombre hábil disimula la afrenta.

Ibid. xvii.—2. El insensato no atiende á la prudencia, guiándose solamente por lo que le dicta su corazón.

Ibid.—7. La boca del insensato es su pérdida, y sus labios la ruina de su alma.

Ibid. xxvi.—4. No respondas al loco segun su locura, por miedo de que no te vuelvas tu semejanza.

Ibid.—5. Responde al loco lo que conviene á su locura, para que nunca se crea sabio.

Ibid. xiv.—14. El insensato y el hombre de bien recogerán cada uno el fruto de sus obras.

Inteligencia. *Prov. ii.—6.* ... Dios es el manantial de la inteligencia y de la razon.

Prov. xx.—27. La inteligencia del hombre es la antorcha de Dios que penetra los secretos de los corazones.

Prov. xvii.—27. El hombre inteligente modera sus palabras, y el hombre prudente es grave.

Prov. xxiv.—4. La inteligencia llena el interior de muebles bellos y preciosos.

Job. xxviii.—28. La verdadera inteligencia consiste en saber evitar el mal.



Jesucristo. *Juan. vi.—64.* «El espíritu es el que vivifica; la carne no es buena para nada. Las palabras que yo os he dicho son espíritu y vida.» (Jesucristo.)

Juan. xiv.—6. ... Yo soy el camino, la verdad y la vida...

Juan. xii.—47. Y si alguno oye mi palabra y no la guarda, yo no le juzgaré, porque no he venido para juzgar el mundo, sino para salvarle.

Juan. viii.—12. ... Yo soy la luz del mundo: el que me siga no andará entre tinieblas, sino que gozará de la luz de la vida.

Ibid.—31. ... Si vivís en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos;

Ibid.—32. Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.

Juan. xiv.—17. El mundo no puede recibir el espíritu de verdad, porque no le ve, y no le conoce: mas vosotros le conocéis, porque él permanecerá en medio de vosotros, y será en vosotros mismos.

Juan. xvi.—13. Pero cuando venga ese espíritu de verdad, él os enseñará toda verdad...

Juan. xiv.—12. ... En verdad os digo que el que crea en mí hará las obras que yo hago, y aun mayores todavía...

Juan. xiv.—15. Si me amais, observad mis mandamientos.

Juan. xiv.—24. El que no me ame, que no guarde mis mandamientos...

Ibid.—17. Os dejo la paz, os doy mi paz, y os la doy, no como la da el mundo: que vuestro corazón no se turbe ni espante.

Juan. ii.—27. Conservad la unción que habeis recibido de él, y no tendreis necesidad de que nadie os instruya; y como su unción os lo enseña todo, y ella es la verdad, y no la mentira, permaneced en lo que ella os ha enseñado.

Juan. xv.—15. Yo no os llamaré mas criados, porque el criado no sabe lo que hace su amo: yo os llamaré amigos míos...

Juan. xviii.—23. Y Jesús dijo: si he hablado mal, mostradme lo; mas si he hablado bien, ¿por qué me pegáis?

Juan. ii.—3. Nosotros estamos seguros de que le conocemos, observando sus mandamientos.

Ibid.—4. El que dice que le conoce y no guarda sus mandamientos, es un embustero, y la verdad no reside en él.

Ibid.—6. El que dice que está con Jesucristo, debe marchar como Jesucristo ha marchado.

Juan. ii.—29. Si sabeis que es justo, sabed también que todo hombre que viva segun la justicia, es nacido de él.

Deut. xi.—18. Grabad mis palabras en vuestro corazón y vuestros espíritus...

Ibid.—19. Enseñadlas á vuestros hijos para que las mediten...

Ibid.—24. A fin de que vuestros días y los de vuestros hijos se multipliquen en la tierra que el Señor ha jurado dar á vuestros padres para poseerla en tanto que el cielo se estiende sobre la tierra.

Prov. vi.—16. Hay seis cosas que aborrece el Señor, detestando una sétima:

Ibid.—17. Los ojos altaneros, la lengua mentirosa, las manos que derraman la sangre inocente,

Ibid.—18. El corazón que maquina negros pensamientos; los pies veloces para correr al mal;

Ibid.—19. El testigo falso que respira la perfidia, y el que siembra la discordia entre los hermanos.

Jueces. *Eccle. vii.—6.* No trateis de ser juez si no os sentís con bastante virtud para resistir á los esfuerzos de la iniquidad, de miedo que intimideis por el poder y el crédito, no juzgueis contra vuestra conciencia.

Ibid. xviii.—19. Antes de juzgar, trabajad por adquirir la justicia.

Deut. i.—17. No hagáis acepción de personas, y escuchad al pequeño como al grande: no tendreis consideracion á nadie...

Prov. xiii.—21. El que en el juicio hace acepción de personas, peca contra la rectitud y la buena fé: semejante hombre hará traicion á la verdad por un bocado de pan.

Exod. xxiii.—7. Odiareis la mentira, y no pronunciareis la sentencia de muerte contra el inocente ni el justo...

Levit. xix.—15. No hagáis nada contra la equidad; no pronunciéis una sentencia injusta, y no tengáis consideracion ni de la pobreza ni de las riquezas.

Exod. xxxiii.—6. No condenareis al pobre contra justicia;

Ibid.—3. Mas tampoco tendreis en cuenta su miseria para favorecerle.

Prov. xviii.—5. Violar la justicia por consideraciones al poder de malvado es una accion abominable.

Exod. xxiii.—1. No admitireis la voz de la mentira, y no pondreis vuestra mano en la del malvado para levantar un falso testimonio en favor del malo.

Ibid.—2. No seguireis á la multitud para hacer el mal, y no transigireis en juicio con la opinion del mayor número si os aparta de la verdad.

Ibid.—8. No recibireis regalos, porque con ellos se deslumbra á los hombres prudentes, y aun se obliga á los justos mismos á pronunciar sentencias inicuas.

Eccle. xx.—34. Los regalos ciegan á los jueces, y son para ellos como un freno que los impide castigar á los malvados.

Is. v.—23. Desgraciados de vosotros los que, seducidos por los regalos, justificais al malvado y condenais al justo contra justicia.

Levit. xix.—35. No violeis la equidad en el juicio, la regla, el peso y la medida.

Juicio humano. *Mat. vii.—1.* No juzgueis y no os juzgarán,

Ibid.—2. Porque os juzgarán segun juzgueis, y emplearán con vos la misma medida que hayais empleado vos con los demás,

Ibid.—3. Distinguis una paja en el ojo de vuestro hermano, y no notais una viga en el vuestro.

Ibid.—4. ¿Por qué teniendo una viga en vuestro ojo, pedís á vuestro hermano que os permita quitar la paja que hay en el suyo?

Ibid.—5. Hipócritas, comenzad por quitar la viga que hay en vuestro ojo, y en seguida vereis cómo podeis arrancar la paja que está en el de vuestro hermano.

Joá. vii.—24. No juzgueis nunca segun las apariencias, sino segun la justicia.

Prov. xviii.—17. Parece siempre justo el que habla primero en una causa; mas cuando llega el adversario, entonces se examinan las diferencias.

Justicia y justo. *Sap. i.—15.* La justicia es inmortal.

Prov. xiv.—34. La justicia eleva á una nacion; pero el crimen hace á los pueblos desgraciados.

Prov. xvi.—8. Poco con la justicia vale mas que grandes riquezas con la iniquidad.

Prov. xi.—5. La justicia allanará las veredas del justo.

Tob. iv.—16. No hagais á los otros lo que no querais que os hagan á vos mismo,

Mat. vii.—12. Y hacedles lo que querais que os hagan

Eph. vi.—14. ...Que la justicia sea vuestra coraza...

Mat. v.—6. Felices los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.

Mat. xxii.—21. ... Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.

Sap. vii.—7. Los trabajos del que ama la justicia producen las grandes virtudes; porque ella enseña la sobriedad y la prudencia, y la justicia y la fuerza, que son las cosas mas provechosas que hay para el hombre en esta vida.

Ps. xiv.—1. Señor, ¿quién habitará en vuestros tabernáculos y reposará sobre vuestra santa montaña?

Ibid.—2. Aquel que marche en la inocencia y que practique la justicia;

Ibid.—3. Aquel que lleve la verdad en el corazón, y que no emplee el artificio en sus discursos;

Ibid.—4. El que no hace mal á su prójimo...

Ibid.—6. Y aquel que no vende su juramento, que no presta con usura, y que no recibe regalos para oprimir á la inocencia.

Ps. x.—8. Porque el Señor es justo, ama la justicia, y el hombre amigo de la equidad se halla siempre presente á sus ojos.

I. Juan. iii.—7. ...El que hace las obras de justicia es justo, como lo es Jesucristo.

Prov. xxi.—21. El hombre que abraza la justicia y la misericordia, hallará la vida, la justicia y la gloria.

Ps. xci.—13. El justo florecerá como el palmero, y crecerá como el cedro del Líbano.

Ps. cxi.—7. La memoria del justo no morirá nunca, porque nada tiene que temer de los discursos malvados de los hombres.

Ibid.—9. Ha derramado sus bienes entre los pobres, y su justicia permanecerá siempre, porque la gloria será el premio de su constancia.

Prov. xii.—5. Los pensamientos del justo son la equidad, y los consejos de los malvados el fraude.

Prov. xi.—10. Cuando los justos son felices, toda la ciudad se alegra, lo mismo que cuando perecen los malvados.

Ibid.—11. La ciudad prospera por la bendición de los justos, y se ve destruida por las bocas de los malvados.

Prov. iv.—18. El camino del justo es como el sol saliente que avanza y crece hasta el mediodía.

Prov. x.—7. La memoria del justo es un perfume que se exhala en el porvenir...

Ibid.—28. La esperanza del justo es la alegría...

Ibid.—29. La vía del Señor es la fuerza del justo y el tormento de los que causan el mal.

Ibid.—31. La boca del justo producirá la sabiduría, mientras la lengua homicida se secará.

Ibid.—32. Los labios del justo mezclarán la gracia á la verdad.

Ibid.—33. A los justos les conducirá la inocencia; y la malicia será la ruina de los perversos.

Prov. xii.—10. El justo se inquieta por la vida de los animales; en el malvado hasta la comiseración es cruel.

Prov. xiii.—9. La antorcha de los justos brillará siempre, y la luz de los malvados se apagará.

Prov. xxi.—15. Hacer bien es el gozo del justo y el dolor de los hombres iníquos.

Mat. v.—10. Bienaventurados los perseguidos por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

Is. xiii.—12. El justo desgraciado es mas precioso para mí que el oro mas puro.

Juventud. *Tit. ii.*—6. Exhortad á los jóvenes para que sean sobrios.

Eccl. xxii.—16. Si alguno ha seducido á una virgen... la dotará y la tomará por esposa.

Prov. vi.—32. El que aja á una muger, es un insensato que pierde su alma.

Ibid.—33. Y no le resultará mas que la vergüenza y el dolor, y su oprobio no se borrará jamás.

Prov. vi.—23. El precepto es una antorcha; la ley es una luz, y una prudente reprimenda es el camino de la vida.

Ibid.—24. Por ellos te presevarás de la muger inícuca y de la dulce voz de la estraña.

Ibid.—25. Que no inflame tu corazon su belleza, y no dejes sorprenderse por sus miradas.

Prov. v.—7. Y ahora, hijo mio, escúchame, y no descuides los consejos de mi boca.

Ibid.—8. Huye de la muger e-traña, y no te acerques á la puerta de su casa,

Ibid.—9. Por temor de entregar tu honor á los estraños, no se harten con tus riquezas, y tu fuerza se traslade á la casa estraña,

Ibid.—11. Y tú no te estremezcas deshourándote tú mismo y comiendo tu carne y tus entrañas.

Ibid.—12. Y no digas: ¿Por qué he tomado en odio la ciencia? ¿Cómo mi corazon ha despreciado las lecciones de la sabiduría?

Ibid.—13. ¿Por qué no he escuchado la voz de los que me instruian, y prestado el oído á mis maestros?

Ibid.—14. En un instante me he visto sumergido en un abismo de males, y apenas he evitado el suplicio á la faz de la multitud.

Prov. vii.—6. Yo me hallaba á la ventana de mi casa mirando por entre los hierros,

Ibid.—7. Cuando apercibí un grupo de jóvenes, y entre ellos uno insensato,

Ibid.—8. Que pasaba por la plaza cerca de la esquina de la muger estraña, y se dirigia paso á paso hácia ella.

Ibid.—9. Era al caer de la tarde, cuando comenzaban ya las tinieblas de la noche:

Ibid.—10. Una muger se va derecha á él adornada como una cortesana, y el corazon lleno de artificios:

Ibid.—13. Detiene al joven, y acariciándole le dice mil lisonjas...

Ibid.—22. El camina á su lado como el toro que conducen al altar, y marcha el insensato ignorando que van á enredarle;

Ibid.—23. No ve el dardo que va á desgarrar su corazon, semejante á un pájaro que se precipita en la red, sin saber que en ello le va la vida.

Ibid.—24. Y ahora, hijo mio, escúchame; presta un oído atento á mis lecciones:

Ibid.—25. Que tu corazon no se aventure en las vías de esta muger;

Ibid.—26. Porque ella ha entregado innumerables víctimas al dolor, abatiendo aun á los mas fuertes;

Ibid.—27. Los caminos del infierno son su morada, y descende hasta las profundidades de la muerte.

Prov. v.—20. Hijo mio, ¿por qué te dejarías seducir por la muger estraña, y por qué has de reposar en el seno de una desconocida?

I. Tim. iv.—12. Haced de manera que nadie pueda despreciaros á causa de vuestra juventud; pero sed el ejemplo de los fieles por

vuestros discursos y vuestra conducta con el prójimo, lo mismo que por vuestra caridad, vuestra castidad y vuestra fé.

Prov. xix.—27. Hijo mio, desconfía de tu juventud, y no olvides las palabras de la ciencia.

Prov. xx.—29. La fuerza de los jóvenes es su gloria, y los cabellos blancos constituyen la dignidad de los ancianos.

Eccl. xxv.—5. Si no guardáis siendo jóvenes, ¿cómo vivireis en la vejez?



Ladrones. *Eccl. xx.*—15. No robéis.

Prov. xxix.—24. El que se asocia con un ladron, es enemigo de sí mismo...

I. Corint. vi.—10. Los que se apoderan de los bienes ajenos, no entrarán en el reino de los cielos.

Tob. ii.—21. No solo debe comerse de una cosa robada, sino que ni siquiera debe tocarse á ella.

Lengua. *Sant. iii.*—2. Todos cometemos muchas faltas, y si alguno no las comete cuando habla, es un hombre perfecto, y puede conducir su cuerpo como con un freno.

Ibid.—3. ¿No veis acaso cómo ponemos el bocado á los caballos para someterlos, y de este modo gobernamos su cuerpo como nos parece?

Ibid.—5. Pues lo mismo la lengua no es mas que una parte muy pequeña del cuerpo, y sin embargo, ¡cuántas cosas grandes puede hacer! ¡Vosotros sabéis que una chispa puede abrasar todo un bosque!

Ibid.—6. La lengua tambien es un fuego, un mundo de iniquidad; y aunque solo es uno de nuestros miembros, puede infectarnos todo el cuerpo, é inflamar el curso de nuestra vida, inflamada como lo está del fuego del infierno.

Ibid.—7. Porque el hombre es capaz de domar, y ha domado en efecto, las bestias feroces, los pájaros, los reptiles y todos los animales,

Ibid.—8. Mas ningun hombre puede domar la lengua: es un mal que no puede contenerse: se halla llena de un veneno mortal.

Ibid.—9. Con ella bendecimos á Dios nuestro Padre, y maldecimos á los hombres que han sido creados á la imagen de Dios.

Ibid.—10. La bendición y la maldición salen de la misma boca: y es menester, hermanos míos, poner á esto un remedio.

Ibid.—11. ¿Arroja una fuente por el mismo caño el agua dulce y amarga?

Ibid.—12. Hermanos míos, ¿puede dar uvas una higuera, y una viña higos? Pues lo mismo un manantial de agua salada no puede dar agua dulce.

Sant. i.—26. Si alguno de vosotros cree poseer la compasion y no pone un freno á su lengua, sino que se seduce á sí mismo el corazon, su compasion será vana.

Sant. iv.—11. Hermanos míos, no habéis mal los unos de los otros. El que murmura de su hermano ó juzga á su hermano, murmura de la ley y juzga la ley. Y si juzgais la ley, no sois ya observadores, sino jueces.

Prov. xxv.—23. El aquilon provoca las tempestades, y la lengua maldiciente los furiosos.

Prov. xxi.—23. El hombre que se hace dueño de su lengua, se ahorra muchos sentimientos.

Ps. cxxxix.—12. El que no sabe moderar su lengua, no prosperará sobre la tierra.

Prov. xviii.—21. La lengua tiene la vida y la muerte: los que la amen, se aprovecharán de sus frutos

Eccl. xxviii.—16. La lengua de un tercero ha conmovido muchos hombres, y dispersádoslos entre las naciones.

Ibid.—17. Ha destruido ciudades poderosas y opulentas, y arruinado grandes familias.

Eccl. xxviii.—18. Ha esterminado pueblos belicosos, y anonadado poderosas naciones.

Ibid.—19. Y ha hecho repudiar mugeres virtuosas, privándolas con esto del fruto de sus labores.

I. Ptr. iii.—10. El que ame la vida y quiera pasarla apaciblemente, que no entregue su lengua á la maledicencia, y no use artificio ninguno en sus discursos.

Sap. i.—2. No prostituyais vuestra lengua con la calumnia; serán reveladas un día, y la boca que mienta causará la muerte del alma.

Eccl. xxviii.—23. Feliz aquel que no se ha visto espuesto á los tiros de la lengua perversa... que no se ha doblegado bajo su yugo, y que no ha sido preso en sus cadenas.

Eccl. xxviii.—22. Una multitud de hombres han perecido al filo de la espada: ¡pero cuántos mas han muerto por su propia lengua!

Ley cristiana. *Prov. x.*—17. El que observa la ley, camina hácia la vida; pero el que viola los preceptos, anda errante.

I. Timot. i.—8. En cuanto á la ley, nosotros sabemos que ella es buena si se usa segun el espíritu de la misma ley.

Mat. xxii.—35. Un fariseo doctor de la ley interrogó á Jesus para tentarle:

Ibid.—36. ¿Maestro, cuál es el mandamiento mayor de la ley?

Ibid.—37. Jesus le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon, toda tu alma y todo tu espíritu.

Ibid.—39. Y hé aquí el segundo semejante á aquel: Amarás á tu prójimo como á tí mismo.

Ibid.—40. Estos dos mandamientos encierran toda la ley y los profetas.

Juan. xiii.—34. Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos á los otros como yo os he amado.

Ibid.—35. Y en esto conocerán todos que sois mis discípulos, si fraternizais los unos con los otros.

Rom. v.—13. El pecado se hallaba ya en el mundo aun antes del tiempo de la ley; pero á nadie le fué imputado cuando todavía no existia la ley.

Ibid.—17. ¿Ignorais, hermanos míos (porque yo hablo á hombres instruidos en la ley), que la ley no domina sobre el hombre sino en tanto que vive?

Rom. ii.—12. Todos los que hayan pecado sin la ley, perecerán sin la ley; y todos los que hayan pecado en la ley, serán juzgados por la ley.

Ibid.—13. Porque no son los que escuchan la ley los justos á los ojos de Dios, sino aquellos que la practican los que serán justificados.

Deut. xxiv.—16. Los padres no pagarán por los hijos, ni los hijos por los padres.

Rom. vii.—6. Ahora ya nos hallamos libres de la ley de muerte en la cual estábamos retenidos; de suerte que servimos á Dios en la novedad del espíritu y no en la vetustez de la letra.

Ibid.—14. Porque nosotros sabemos que la ley es espiritual...

I. Joa. iii.—4. Todo hombre que comete el pecado viola la ley; porque el pecado es una transgresion de la ley.

Sant. i.—25.—El que considere atentamente la ley perfecta, que es la ley de la libertad, y que se adhiera á ella, no escuchando solo para olvidar en seguida, sino haciendo lo que escucha, ese será feliz en sus obras.

Deut. xv.—11. Los pobres no faltarán en la tierra donde habiteis; por lo cual os ordeno que abrais vuestra mano á vuestro hermano pobre y sin socorro que vive con vosotros en la tierra.

Ibid.—13. Y no dejéis ir con las manos vacías á aquel á quien dais la libertad.

Levit. xix.—18. No buscarás la venganza y no recordarás las injurias de tus conciudadanos: amarás á tu amigo como á tí mismo.

Ibid.—32. Levántate delante del que tiene los cabellos blancos, y honra la persona del anciano...

Ibid.—35. No harás nada injustamente, en juicio, regla, peso ni medida.

Deut. xxiii.—19. No prestareis con usura á vuestro hermano, ni dinero, ni semillas, ni otra cosa cualquiera.

Ibid.—24. Cuando entreis en la viña de vuestro prójimo, comed tantas uvas como podais, pero no os lleveis fuera ninguna.

Ibid.—24. Cuando pidiéreis á vuestro prójimo cualquiera cosa, que os deba, no entrareis en su casa para llevaros una prenda;

Ibid.—11. Sino que os quedareis de la parte de afuera, y el mismo os dará lo que tenga.

Tit. iii.—9. Evitad las cuestiones ociosas, las genealogías, las disputas y las contestaciones sobre la ley, porque son inútiles y vanas.

Deut. xxv.—14. No habrá en vuestra casa una medida grande y otra pequeña,

Ibid.—16. Porque el Señor vuestro Dios abomina toda injusticia.

Deut. xxvii.—16. Maldito sea el que no honra á su padre y á su madre; y todo el pueblo responderá: amen.

I. Ad.—18. Maldito sea el que estravia al ciego en el camino; y todo el pueblo responderá: amen,

Deut. xxvii.—19. Maldito sea el que pervierte la justicia contra el extranjero, la huérfana y la viuda; y todo el pueblo responderá: amen.

Ibid.—24. Maldito sea el que hiere á su prójimo en secreto; y todo el pueblo responderá: amen.

Ibid.—25. Maldito sea el que recibe dones para derramar la sangre inocente; y todo el pueblo responderá: amen.

Deut. xxiv.—14. No relusareis al pobre y al indigente lo que le debeis...

Ibid.—15. Sino que le pagareis el mismo día el precio de su trabajo, antes de ponerse el sol, porque es pobre, y con aquello sostiene su vida...

Libertad. *I. Corint. vii.*—23. Vosotros habeis sido comprados á un elevado precio: no os hagais esclavos de los hombres.

Galat. v.—13. Porque, hermanos míos, vosotros estais llamados á la libertad: tened cuidado solamente de que esta libertad no sea para vosotros una ocasion de vivir segun la carne; sino unios los unos á los otros por medio de una caridad espiritual.

I. Pet. ii.—16. Usad de vuestra libertad, no como de un privilegio que os da el derecho de hacer el mal, sino como verdaderos servidores de Dios.

II. Corint. iii.—17. El Señor es Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí se halla la libertad.

Limosna. *Eccl. xxxiv.*—25. El pan es la vida del pobre, y el que se lo quita es un asesino.

Prov. xix.—17. El que da á los pobres, presta á Dios: su limosna es una deuda que Dios pagará.

Eccl. xii.—1. Haced el bien con discernimiento, y vuestros beneficios tendrán un doble precio.

Tob. iv.—17. Partid vuestro pan con el que tiene hambre, y cubrid con vuestros vestidos al desnudo.

Tob. iv.—9. Si tenéis mucho, dad mucho; y si poco, dad de buen corazon de ese mismo poco.

Ibid.—3. Cuando asistais al pobre, que no sepa vuestra mano izquierda lo que haceis con la derecha.

Ibid.—4. Practicad secretamente la limosna, y vuestro Padre celestial, que ve en el secreto, os lo tendrá en cuenta.

Mat. vi.—1. No practiqueis vuestras buenas obras delante de los hombres con el fin de que os vean; porque vuestro Padre que está en los cielos no os recompensaría.

II. Corint. viii.—12. Cuando un hombre da de buen corazon segun sus medios, Dios lo agradece siempre, porque no le exige mas de lo que puede.

Eccl. iv.—3. No contristéis el corazon del pobre, y no hagais esperar al que padece.

Prov. xxi.—13. El que cierra el oído al clamor del pobre, clamará despues y no será escuchado.

Ibid.—27. El que da al pobre no conocerá la indigencia: el que desprecia la súplica del desgraciado, se prepara un tesoro de cólera.

II. Corint. ix.—7. Que cada uno dé lo que habia resuelto dar, no con tristeza ni como por fuerza, porque Dios ama á los que dan con alegría.

Mat. x.—42. Cualquiera, ha dicho el Señor, que dé tan solo un vaso de agua fria á uno de los mas pequeños, como siendo discípulo mio, recibirá su recompensa.

Marc. xii.—43. ...Y en verdad os digo que la pobre viuda dando un dinero, ha hecho mas que todos los que han echado en el cepillo:

Ibid.—44. Porque los otros han dado de lo que les sobraba, mientras ella ha dado en medio de su indigencia todo lo que tenia para subsistir.

Prov. xiv.—31. El que oprime á los pobres ultraja á su Criador; y el que compatiza con su miseria, le sirve.



Madres de familia. *Tit. ii.*—3. ...Que las mugeres de cierta edad demuestren en todo su exterior una santa modestia...

Ibid.—4. A fin de que inspiren la prudencia á las mugeres jóvenes, enseñándolas á amar á sus maridos y á sus hijos;

Tit. II.—3. A ser prudentes, castas, sobrias y vigilantes en su casa, buenas y sumisas a sus maridos, a fin de que la palabra de Dios no se halle espuesta a la blasfemia y a la maledicencia.

Maldad. Ps. xxxiii.—16. El ojo... del Señor está clavado sobre los que practican el mal.

Prov. xi.—19. ...El buscar el mal conduce a la muerte.

H. Reyes. xxii.—27. Lo mismo que es uno bueno con los buenos, así se vuelve malo frecuentando a los malvados.

Joa. iii.—20. El que practica el mal teme la luz y se aleja de miedo que sus obras no sean condenadas.

Prov. iv.—19. El camino del malo son las tinieblas; así es que no conoce con qué tropieza.

Prov. vi.—12. El perverso es un hombre vaidoso, cuyas palabras son pérdidas;

Ibid.—13. Cuyos ojos despiden dardos, cuyos piés abrasan, y cuyas manos desgarran;

Ibid.—14. Su corazón maquina el mal y se goza en las querellas.

Ibid.—15. Su ruina vendrá súbitamente, y jamás podrá restablecerse.

Prov. xi.—18. La obra del malvado es frágil; mas el que siembra la justicia, tiene su cosecha asegurada.

Prov. xi.—19. El hombre recto marcha hacia la vida, y el que busca el mal corre a la muerte.

Prov. xii.—7. Los malvados serán devastados, y la morada del justo quedará en pie.

Prov. xiv.—32. El malvado se inquieta por su malicia, mas el justo espera hasta en la muerte.

Prov. xvii.—23. El malvado recibe regalos secretamente para torcer las vías de la justicia.

Eccli. xxvii.—29. El que abre una fosa, se verá en ella precipitado; el que arroja una piedra en el camino para que otro caiga, vendrá a tropezar él mismo; y el que prepara un lazo, en él se verá cogido.

Ibid.—30. Así el malvado se perderá por sus propias maquinaciones, sin saber de qué mano le viene el golpe.

Ps. li.—3. ¿Por qué te glorificas en tu malicia, tú que no eres poderoso mas que por el crimen?

Ibid.—4. Tu lengua se ocupa todo el día en proferir injusticias: aguzas el fraude como una navaja cortante.

Ibid.—5. Prefieres la malicia a la bondad: el lenguaje de la iniquidad al de la justicia.

Ibid.—6. No te gustan mas que las palabras que pueden hacer daño y engañar.

Ibid.—7. Dios te destruirá por todo esto para siempre, te arrancará de tu morada, y te sacará de la tierra de los vivos.

I. Thes. v.—22. Huid hasta de las apariencias del mal.

Eccli. xi.—35. Guardaos del hombre perverso que medita sin cesar el mal, de miedo que no atraiga sobre vos un eterno oprobio.

Rom. xii.—21. No os dejéis vencer por el mal, y tratad mas bien de vencer el mal por el bien.

Ps. xxxvi.—1. No envidiéis la prosperidad de los malvados, ni de los que practican el mal;

Ibid.—2. Porque bien pronto los vereis secarse y caer como la yerba de los campos.

Prov. iv.—14. ...No debeis complaceros en seguir las vías de los malvados...

Ibid.—15. Evitadlas: dad un rodeo, y abandonadlas para siempre.

Materialismo ó Incredulidad. Sap. xiii.—1. ¿Qué vanos son los hombres que no reconocen a Dios! Los bienes de que gozaban no han podido hacerles concebir la existencia de aquel que solo existe; y no han reconocido al Criador por la contemplación de sus obras.

Ibid.—2. Hánse imaginado que el fuego, el viento, la multitud de las estrellas, el abismo de las aguas, el sol ó la luna eran los dioses que presidían el gobierno del mundo.

Ibid.—3. Sí; heridos por la belleza de estos objetos, les han atribuido el divino poder, sepan que el que los ha creado debe de serios superior, porque a la fuente de toda belleza han debido su ser.

Ibid.—4. Si ellos han admirado a fuerza y la energía de las criaturas, que comprendan también cuánto su autor debe de ser mas poderoso!

Ibid.—5. En la grandeza y en la belleza de sus obras se manifiesta el Criador.

Ibid.—6. Pero no son estos hombres los mas condenables, porque al cabo han caído en el error buscando a Dios y haciendo toda clase de esfuerzos para encontrarle;

Ibid.—9. Sino que son verdaderamente miserables aquellos que fundan sus esperanzas en la nada, que consideran como dioses a las producciones de la industria humana, las obras de oro y de plata, las figuras de los animales ó las piedras de un trabajo antiguo.

Ibid.—17. El mismo trabajador que ha hecho el idolo le invoca por su fortuna, por sus hijos, por la prosperidad de su matrimonio; y no se sonroja de dirigir sus votos a un madero inanimado;

Ibid.—18. Ora por su salud, lo que es una debilidad; pide la vida a un muerto, ó implora la asistencia de un ser que no podría socorrerle.

Job. xxxviii.—12. Oh hombre! Despues que estás en el mundo, ¿has mandado a la estrella de la mañana, has marcado a la aurora su punto de partida?

Ibid.—18. ¿Has medido la tierra? Responde, si puedes, a estas preguntas:

Ibid.—19. ¿Sabes en qué lugar habita la luz, y cuál es la morada de las tinieblas?

Ibid.—20. ¿Podrás tú conducirles hasta sus límites? ¿Conoces los senderos que dirigen a sus moradas?

Ibid.—22. ¿Has descubierto los tesoros de la nieve y el granizo?

Ibid.—24. ¿Sabes por dónde desciende la luz, y cómo se esparce el calor en la tierra?

Ibid.—25. ¿Quién ha abierto el paso a las lluvias impetuosas, y trazado caminos al rayo?

Ibid.—28. ¿Quién hace caer el agua sobre la tierra? ¿qué es lo que produce el rocío?

Ibid.—30. ¿Por qué se endurecen las aguas como la piedra? ¿cómo se vuelve sólido el abismo?

Ibid.—35. ¿Eres tú quien despidas el rayo?

Sap. ii.—1. Los incrédulos pensando locamente han dicho: nuestra vida es corta y llena de fastidio; no hay consuelo para el fin del hombre, y a nadie se conoce que haya vuelto de los infiernos.

Ibid.—2. Nosotros hemos nacido de la nada, y despues seremos como si nada hubiéramos sido: el aliento de nuestra boca es humo, y la palabra un destello que agita nuestro corazón;

Ibid.—3. Se estingue, y nuestro cuerpo no es mas que polvo, nuestro espíritu se disipa como un aire ligero, y se olvida nuestro nombre sin que nadie guarde la memoria de nuestras obras.

Ibid.—4. Y nuestra vida pasa como la huella que deja un nublado, y se desvanece como la nube a los rayos del sol, abatida por su calor.

Ibid.—5. Nuestra vida es el paso de una sombra; despues que se acaba, no hay vuelta ninguna; el sello echado, todo se acabó.

Ibid.—6. Venid, apresuraos a gozar de los bienes existentes, y goceos de la criatura, porque la juventud es rápida.

Rom. i.—19. Los incrédulos han reconocido todo lo que puede conocerse de Dios, habiéndoselo descubierto Dios mismo.

Ibid.—20. Las invisibles perfecciones de Dios, su eterno poder y su divinidad, se han hecho visibles despues de la creación del mundo, por el conocimiento que ellas nos dan; de manera que son inescusables,

Ibid.—21. Porque habiendo conocido a Dios no le han glorificado como a Dios, y rendídale gracias: sino que se han extraviado en sus vanos razonamientos, y su corazón insensato ha permanecido en la oscuridad.

Ibid.—22. Esos hombres que se llamaban sabios son locos:

Ibid.—23. Porque ellos han trasportado a la imagen de un hombre corruptible y a figuras de pájaros, de cuadrúpedos y de serpientes, el honor que no es debido sino al Dios inmortal.

Ibid.—24. Y hé aquí por qué Dios los ha entregado a los deseos de su corazón y a los vicios de la impureza, de manera que ellos mismos han deshonrado sus propios cuerpos;

Ibid.—25. Ellos que han cambiado en mentira la verdad de Dios, y que han adorado y servido a la criatura mas bien que al Criador, que es bendecido en todos los siglos, amen.

Matrimonio. Mat. xix.—5. El hombre abandonará a sus padres para adherirse a su muger, y ambos no formarán sino una misma carne.

Corint. xi.—11. El hombre no es nada sin la muger, ni la muger sin el hombre en nuestro Señor.

Eccli. iv.—9. Es mejor que dos estén juntos, que no ser uno solo; porque ellos tendrán el fruto de su unión.

Ibid.—10. Si el uno cae, el otro le sostiene. Infeliz del hombre solo, que cuando cae no tiene a nadie que le levante.

Eccli. xl.—23. Los amigos se ayudan en la ocasión; pero nada es comparable a los cuidados recíprocos de dos esposos.

Deberes del matrimonio. Corint. vii.—10. En cuanto a los que viven en matrimonio, no soy yo sino el Señor quien les hace este mandamiento: Que la muger no se separe nunca de su marido.

Ibid.—11. Y que si se separa, que permanezca sin volverse a casar ó que se reconcilie con su marido: y lo mismo que el marido no abandone a su muger.

Corint. vii.—2. Por evitar el escándalo, que cada hombre viva con su muger, y cada muger con su marido.

Ibid.—3. Que el marido dé a su muger lo que la debe, y la muger lo que debe a su marido.

Corint. vii.—4. El cuerpo de la muger no la pertenece a ella sino a su marido; lo mismo que el cuerpo del marido no es tampoco suyo sino de su muger.

Consejos a los casados. Corint. vii.—12. ...Si un marido fiel (dice S. Pablo) tiene una muger infiel, y que consienta vivir con él, que no la abandone nunca.

Ibid.—13. Y si una muger fiel tiene un marido infiel que consienta en vivir con ella, que no se separe nunca de su marido.

Corint. vii.—14. Porque el marido infiel se halla santificado por la muger fiel, y la muger infiel santificada por el marido fiel: de otro modo vuestros hijos serán impuros, en vez de ser santos como ahora.

Ibid.—15. Que si el infiel se retira, que se le deje ir; porque por este lado nuestro hermano ó hermana no tienen ya compromiso ninguno; pero Dios nos ha llamado para vivir en paz.

Ibid.—16. Porque ¿qué sabéis vos, muger, si no salvaréis a vuestro marido? y vos, marido, ¿qué sabéis si no salvaréis a vuestra muger?

Ibid.—17. No os rehuseis el uno al otro, sin un consentimiento recíproco... y despues vivid juntos como antes, para que vuestra incontinencia, no dé lugar a tentaciones por parte de Satanás.

Corint. vii.—6. A pesar de esto, lo que os digo es por pura condescendencia, y no hago de ello un mandamiento.

Mensajero. Prov. xxv.—13. El mensajero es para el que le envía como la nieve el día de la cosecha: él rogocija el corazón de su amo.

Mesa. Eccli. xxxvii.—34. Muchos han abreviado sus días por los desórdenes de la mesa: el hombre sobrio prolonga los suyos.

Prov. xxiii.—20. Evitad las comidas de los bebedores, y no participéis de los desórdenes de aquellos que se reúnen para comer.

Luc. xxi.—34. Tened cuidado de que no os embrutezca el exceso de las buenas comidas y del vino...

Eccli. xxxi.—12. Cuando os halleis en un festin, no os precipiteis por comer.

Ibid.—13. Y no os alegréis al ver la mesa bien puesta.

Ibid.—17. Sabed moderaros en una comida.

Ibid.—19. Comed con sobriedad de lo que os ofrezcan, por miedo de que os haga insoportable vuestra glotonería.

Ibid.—20. Sed el primero en cesar de comer, siquiera por modestia, y no comáis demasiado...

Ibid.—21. Si os hallais a la mesa en compañía de muchas personas, no hagais que os sirvan el primero, y no pidais de beber antes que nadie.

Ibid.—23. Las consecuencias son el cólico, el insomnio y el mal-estar.

Ibid.—24. Por el contrario, el hombre sobrio tiene el sueño apacible, duerme hasta por la mañana, y su alma goza de una dulce tranquilidad.

Eccli. xxxvii.—32. No mostreis avidez en un festin, y no os lanceis sobre todos los manjares.

Ibid.—33. Porque el exceso de comida engendra las enfermedades, y la intemperancia causa dolores de entrañas.

Misericordia. Prov. xvi.—6. La verdad y la misericordia reducen la iniquidad...

Zach. vii.—9. ...Sed todos caritativos y misericordiosos para con vuestro prójimo.

Sant. ii.—13. Porque el que no haya sido misericordioso, será juzgado sin misericordia...

Mich. xi.—8. Yo os enseño, oh hombres, lo que es bueno que hagais, y lo que el Señor exige de vosotros, que consiste en que obreis segun la justicia, y que seais amigos de la misericordia, y que marcheis en presencia de Dios con una vigilancia respetuosa.

Mat. ix.—13. ...Prefiero la misericordia al sacrificio, porque yo no he venido a llamar los justos, sino los pecadores.

Eccli. xvi.—15. Los actos de misericordia darán a cada uno el puesto que le corresponda, segun el mérito de sus obras...

Mat. v.—7. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Luc. vi.—36. Sed misericordiosos, puesto que vuestro Padre celestial está lleno de misericordia.

Modestia. Prov. xvi.—19. Mas vale verse humillado con los pobres, que tener participacion en los despojos con los soberbios.

Eccli. xi.—8. No interrumpais antes de haber oído, y no interrumpais nunca a nadie en mitad de su discurso.

Prov. xviii.—13. El que responde antes de haber oído, prueba que carece de buen sentido, y se espone a que le humillen.

Eccli. xxxii.—12. Haced como que ignorais lo que sabéis en muchas circunstancias; escuchad en silencio, tratando siempre de aprender.

Moral de la historia. Eccli. ix.—13. Yo he visto esto bajo el sol y es la mas grande de las sabidurías:

Ibid.—14. Una ciudad pequeña con pocos hombres: vino un rey, la asaltó, construyó fortalezas en su derredor, y la bloqueó por todas partes;

Ibid.—15. Y un hombre pobre y sabio que se encontraba dentro de sus muros, la libertó con su sabiduría, y nadie volvió a acordarse despues de aquel pobre hombre.

Ibid.—16. Y yo digo que la sabiduría vale mas que la fuerza: así pues, ¿por qué la sabiduría del pobre ha sido despreciada y no han sido oídas sus palabras?

Muerte. Eccli. ix.—12. El hombre ignora cuál será su fin.

Eccli. xl.—11. Lo mismo que todas las aguas vuelven a la mar, así todo lo que sale de la tierra vuelve a entrar en su seno.

Eccli. xi.—5. ...El hombre irá a la casa de su eternidad...

Ibid. ix.—4. No hay nadie que pueda vivir eternamente, ni que pueda tener de ello esperanza...

Ibid. viii.—8. No está en el poder del hombre el prohibir que el alma salga del cuerpo; el hombre no manda en la guadaña de la muerte.

Ps. lxxxviii.—49. ¿Qué ser viviente no verá la muerte? ¿Quién podrá escapar a la tumba?

Job. viii.—9. Lo mismo que pasa una nube y se disipa, así el hombre que baja a la tumba jamás volverá a subir.

Is. xiv.—14. El golfo de la muerte se tragará tu orgullo y tu cadáver; la podredumbre será tu cama, y los gusanos tus vestidos.

Eccli. xii.—5. No temas sin embargo a la muerte; acuérdate de todo lo que te ha precedido, y de lo que debe venir detrás de tí. La ley de la muerte ha sido pronunciada contra todo lo que respira.

Muger. Prov. xi.—16. La muger llena de gracia se apodera de la gloria, como el hombre fuerte de la riqueza.

Prov. xiv.—1. La muger sabia edifica una casa: la insensata la destruye con sus propias manos.

Eccli. ix.—9. La belleza de la muger ha sido funesta muchas veces al hombre: los deseos que despierta son como un fuego que abrasa.

Ibid. ix.—2. ...La belleza corrompe la sabiduría y estravía la razón.

Juan. xvi.—21. Una muger, cuando pare, está triste porque la ha llegado su hora; pero despues que tiene un hijo, la alegría le borra el recuerdo de su sufrimiento, porque un hombre ha nacido en el mundo.

Timot. ii.—11. Que las mugeres escuchen las instrucciones en silencio, y con una entera sumision.

Muger virtuosa. Prov. xxxi.—10. ¿Quién encontrará una muger virtuosa? Es un tesoro preferible a las mas raras producciones de los países lejanos.

Eccli. xxxvi.—27. Lo mismo que un campo sin cerca se ve bien pronto devastado, así toda casa en que no hay muger se verá entregada al desorden.

Mala muger. Prov. xxi.—19. Mas vale habitar en un desierto que con una muger quimerista ó iracunda.

Prov. xxvii.—15. Un techo con goteras en un día de lluvia y una muger quimerista, son una misma cosa.

Eccli. xxv.—27. La lengua de una mala muger es para el hombre pacífico, lo que es para los piés de un anciano un camino escarpado y arenoso.

Muger prostituida. Eccli. ix.—10. La muger prostituida será un día hollada como las inmundicias de la calle.

Ibid. xxvi.—12. Se reconoce a la muger corrompida en su mirada insolente y en la intrepidez de sus párpados.

Prov. vii.—27. Su casa es el vestíbulo del infierno, y de ella se precipita uno en los abismos de la muerte.

Ibid. xxiii.—28. Prepara emboscadas como un ladrón en el camino: ella perderá a los incautos.

Prov. xi.—22. La belleza de una muger sin pudor es un collar de oro en la garganta de un animal inmundo.

Prov. v.—3. Los labios de la muger prostituida destilan la mas dulce miel; sus palabras son suaves como el aceite;

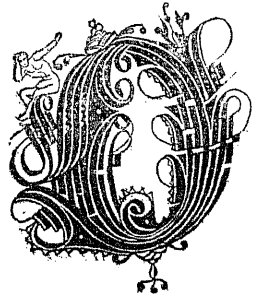
Ibid.—4. Pero despues es amarga como el absinto, y hiere como la espada de dos filos.

Ibid.—5. Sus piés bajan a la muerte, sus pasos penetran hasta los infiernos.

Ibid.—6. Marcha a la casualidad lejos de la vida, sus pasos se extravían: ¿dónde va?

Consejos a las mugeres. I. Timot. ii.—9. ...Es menester que las mugeres se vistan de una manera sencilla y decente, que sus adornos mas bellos sean el pudor y la modestia, y no el cabello rizado, el oro, las perlas y los vestidos suntuosos.

Ibid.—10. El adorno que sienta mejor a las mugeres verdaderamente piadosas, es una conducta irreprochable.



Obras. *Ecclí. xiv.—21.* Toda buena acción será reconocida como tal, y el que la haya hecho recibirá la recompensa.
Ibid. xi.—29. ... Cuando el hombre muere, todas sus obras serán descubiertas.

Luc. vi.—43. El árbol que produce malos frutos, no es bueno, y el árbol que los produce buenos, no es malo.

Ibid.—44. Al árbol se le conoce en sus frutos; porque no se cogen higos entre las zarzas, ni uvas entre los espinos.

I. Tim. v.—25. Hay buenas obras aparentes, mas las que se practican secretamente no permanecerán siempre ignoradas.

II. Petr. i.—10. Haced todos los esfuerzos posibles por afirmaros en vuestra vocación por medio de las buenas obras...

Ociosidad. *Ecclí. xxxiii.—29.* La ociosidad es una escuela de malicia.

Odio. *Prov. xxvi.—24.* El que odia disfraza sus palabras, pero en el fondo de su alma oculta un arma mortal.

Ibid.—25. Aun cuando te hiciera oír una voz lisonjera, no creas nada en él, porque su corazón tiene siete repliegues de iniquidad.

Ibid.—26. Oculta su odio bajo las aclamaciones; mas su malicia será revelada en la asamblea.

Ecclí. xxviii.—3. El hombre guarda su cólera contra el hombre, ¿y se atreve á demandar á Dios la compasión?

Ibid.—4. No tiene compasión de su semejante, ¿y se atreve á pedir la remisión de sus pecados?

Orgullo. *Ecclí. x.—14.* El principio del orgullo del hombre es el apostatar de Dios.

Ibid.—15. El corazón del orgulloso rechaza la idea del Criador, porque el orgullo es el principio de todo pecado; él atrae la maldición sobre aquel de quien se hace dueño, y le prepara su ruina.

Ecclí. x.—7. El orgullo es abominable ante Dios y ante los hombres...

Prov. xiii.—10. El orgullo produce las cuestiones, y la moderación conduce á aquellos que oyen los consejos.

Prov. xxvii.—4. El orgullo es una tempestad que hierde; y la cólera un torrente que se desboca...

Prov. xxix.—23. El orgullo empujeña al hombre; el humilde de corazón se verá rodeado de gloria.

Prov. xvi.—18. La arrogancia precede á la ruina, y el orgullo á la desolación.

Prov. xiii.—11. Las riquezas del orgullo se dispararán; mas la opulencia del trabajo se multiplicará.

Prov. xi.—2. El insulto sigue de muy cerca al orgullo; la sabiduría es propia de los humildes.

Prov. xxix.—23. El soberbio será humillado, mas la gloria será la herencia del humilde de espíritu.

Ecclí. xli.—8. El orgullo causará la ruina de las casas mas poderosas: la fortuna del soberbio será destruida de raíz.

Job. iv.—14. Cuidad de que jamás el orgullo domine en vuestros pensamientos y discursos, porque todos los males nacen del orgullo.

Ecclí. xi.—4. ... No permitáis el que vuestro corazón se hinche de orgullo, cuando os veais elevado á alguna dignidad...

Ecclí. v.—2. No os abandoneis en el poder á las locas pasiones de vuestra alma;

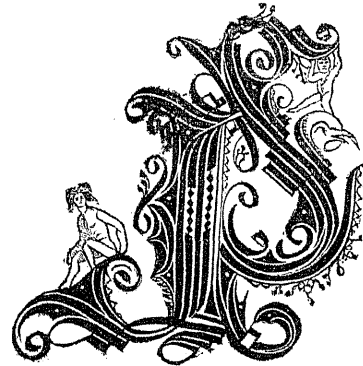
Ibid.—3. Diciendo: qué poderoso soy! ¿Quién me obligará á dar cuenta de mis acciones? Porque seguramente Dios castigará vuestro orgullo.

Job. xv.—12. ¿Por qué está tu corazón lleno de vanidad, y por qué la presunción de tus pensamientos se trasluce hasta en la insolencia de tus miradas?

Ecclí. x.—9. ... ¿La tierra y la ceniza deben inflamarte de orgullo?

Prov. xiii.—10. Jamás estan de acuerdo entre sí los orgullosos...

Prov. xiv.—3. El castigo del orgullo sale de la misma boca del orgulloso...



Paciencia. *Prov. xv.—29.* La paciencia es una gran sabiduría: el hombre arrebatado proclama su locura.

Ibid. xvi.—32. El hombre paciente vale mas que el mejor capitán, porque el que domina su corazón hace mas que el que toma ciudades.

Ibid. xix.—11. La paciencia es una señal de sabiduría: se honra uno mismo olvidando los defectos de los demás.

Ibid. xiv.—29. El que tiene paciencia da pruebas de prudencia, y el impaciente proclama su locura.

Ibid. xxv.—15. Con la paciencia se subyuga al príncipe, y con la dulzura se interesa al corazón mas insensible.

Ibid. xix.—10. El hombre que no tiene imperio sobre sí mismo, llevará la pena de su impaciencia.

Padres de familia. *Colo. m.—21.* Padres, no irriteis á vuestros hijos de miedo que no caigan en el abatimiento.

Prov. xxix.—17. Instruye á tu hijo, y él te dará la paz y será la delicia de tu corazón.

Ecclí. xxx.—13. Instruid á vuestro hijo, y trabajad en formarle de miedo que no os deshonre con una vida escandalosa.

Ecclí. xxx.—8. El caballo á quien no se acostumbra al bocado, se vuelve indómito; y la criatura abandonada á sí misma no conoce freno ninguno.

Ecclí. xxx.—11. No le hagais dueño de sus acciones en la juventud; vigilad hasta sus pensamientos.

Ecclí. xxx.—1. El que ama á su hijo no se cansa de corregirlo...

Ibid.—2. El hombre que educa bien á su hijo trabaja en su propio provecho, y las virtudes del hijo honran siempre al padre.

Ibid.—3. El que da á su hijo una buena educación, evita la envidia de sus enemigos...

Ibid.—4. Y cuando muere un padre semejante, es como si viviese todavía, puesto que otro igual á él le reemplaza.

Ibid.—5. Mientras ha vivido ha cifrado en él su felicidad; no se ha visto condenado á llorar su muerte, y la conducta de su hijo no le ha espuesto jamás á un sonrojo ante sus enemigos.

Ibid.—6. Deja á su familia un protector para defenderla, y á sus amigos un corazón reconocido.

Ibid.—7. Un padre dulcificará sus males por el cuidado que se tome en dirigir bien el espíritu de sus hijos...

Ecclí. xlii.—9. Una joven es siempre para su padre el objeto de una continua vigilancia; las inquietudes que le cause turban su sueño; teme que pase su juventud sin casarse, ó que su marido no la ame.

Ecclí. xlii.—11. Guardad estrechamente á la joven que muestra inclinación hácia el libertinaje, por miedo de que llegue á esponeros á las burlas de vuestros enemigos, y á las habladurías de toda la ciudad, volviéndose al cabo para vos un objeto de deshonra á los ojos de la multitud.

Ecclí. xxvi.—13. Redoblad vuestra vigilancia con respecto á la joven que mira continuamente á los hombres, porque ella se perderá á la primera ocasión que se la presente.

Ibid.—14. Espiad sus miradas, y no os admireis de que se descuide de con respecto á vos.

Ecclí. vii.—27. Casad á vuestra hija, y de este modo dareis cima á un gran negocio: tened cuidado de entregarla á un hombre razonable.

Ecclí. xxxiii.—22. Es mucho mejor que vuestros hijos recurran siempre á vos, que no que os halleis vosotros mismos bajo su dependencia.

Ecclí. xxxiii.—23. Conservad eternamente la principal autoridad.
Ecclí. iii.—3. Dios ha dado al padre un carácter que impone el respeto á sus hijos...

Palabras. *Prov. x.—21.* Los labios del justo nutren á los pueblos; mas los insensatos morirán en la indigencia del corazón.

Prov. xiii.—2. El hombre se verá harto con los frutos de su boca, y el deseo del malvado alcanzará el dolor.

Prov. xiii.—3. El que guarda su boca guarda su alma; mas el que agita sus labios sin cesar conocerá el mal.

Prov. xv.—2. La lengua del sabio esperece la ciencia...

Prov. xv.—4. La palabra que cura es el árbol de vida, y los discursos perversos son un turbillon que destruye.

Prov. xvi.—24. La palabra elo:uente es una miel; es la alegría del alma y la salud del cuerpo.

Prov. xvii.—4. El perverso obedece á la lengua inicua, y el mentiroso al labio engañador.

Prov. xvii.—28. Aun el loco mismo pasa por sabio si se calla, y por prudente si cierra la boca.

Ecclí. xxviii.—29. ... Pesad vuestras palabras y dominad vuestra lengua.

Ecclí. xiii.—17. Que vuestra boca no se acostumbre á hablar sin reserva, porque la intemperancia de la lengua hace caer siempre en el pecado.

Prov. xxiv.—21. ... No frecuentes los maldicientes.
Ecclí. xiv.—1. Feliz el hombre para quien sus palabras no han sido una ocasión de caída...

Ecclí. xx.—7. El hombre sensato no abre la boca sino cuando es preciso; mas el aturdido habla sin venir al caso.

Ecclí. iii.—7. ... Hay tiempo para callarse y para hablar.

Ecclí. xx.—6. Este se calla porque no sabe responder, y aquel porque no juzga el momento favorable para hablar.

Prov. x.—19. En la multitud de palabras abunda el pecado; y el que modera sus labios es prudentísimo.

Prov. x.—20. La palabra del justo es una plata pura, y el corazón de los malvados un plomo vil.

Prov. xviii.—8. Las palabras dobles del hombre parecen inocentes, y penetran hasta el fondo de las entrañas.

Prov. iv.—24. Aleja el disfraz de tu boca, y de tus labios el artificio.

Prov. x.—11. La boca del justo es un manantial de vida, y la de los malvados receta la iniquidad.

Ecclí. x.—14. El insensato es un diluvio de palabras.

Prov. xv.—23. Cada uno se complace en sus discursos; pero no se debe estimar sino la palabra dicha á propósito.

Prov. xv.—26. Dios reprueba los pensamientos de los malvados, y estima el lenguaje del hombre de bien.

Ecclí. xxviii.—20. El que presta oídos á los informes de la lengua, se verá sumergido en sospechas continuas, y no hallará amigo ninguno en quien poderse confiar.

Ecclí. xxviii.—28. Tapaos los oídos con espinas para no oír la lengua maligna, y echad á vuestros labios un candado.

Prov. xxv.—11. Las palabras dichas á propósito son manzanas de oro en un vaso de plata.

Palabra de honor. *Prov. xiii.—13.* El que viola su palabra estará siempre comprometido; mas el que la respeta será recompensado.

Ecclí. xxix.—3. Cumplid vuestra palabra, sed fiel á vuestros compromisos, y encontrareis siempre lo que necesitéis.

Pasado y porvenir. *Ecclí. vii.—7.* El hombre olvida las cosas pasadas, y por medio de ningun embajador puede saber cuál será el porvenir; el hombre no puede nada para contener la tempestad.

Ibid. x.—14. El hombre ignora el pasado; ¿cómo podrá penetrar el porvenir?

Ibid. xxxi.—2. El pensamiento inquieto del porvenir extravía la razón.

Prov. xxvii.—1. No conteis demasiado con el porvenir, porque no sabeis lo que sucederá mañana.

Patria. *Ps. cxxxvi.—1.* Nos hemos sentado á las orillas de los rios de Babilonia, y hemos llorado acordándonos de Sion.

Ibid.—2. Colgamos nuestros instrumentos en los sauces de las riberas del Eufrates;

Ibid.—3. Y los que nos habian cogido cautivos, nos pedian alguno de nuestros cánticos.

Ibid.—4. Despues de habernos arrancado de nuestra patria, nos decian: Captadnos un himno de Sion.

Ibid.—5. Ay! ¿Cómo cantar los cánticos del Señor en una tierra extranjera!

Ibid.—6. ¡Oh Jerusalem! ¿Si te olvidó algun día, que mi mano olvide tambien el movimiento!

Ibid.—7. ¡Que se pegue mi lengua á mi paladar, si caso de acordarme de tí!

Ibid.—8. ¡Si Jerusalem no es siempre el primer objeto de mis votos y de mi alegría!

Patriotismo. *Juan. xviii.—14.* ... Es bueno que el hombre muera por su nación,

Paz. *I. Corint. xiv.—33.* Dios no es un Dios de desorden, sino un Dios de paz...

Mat. v.—9. Bienaventurados los pacíficos, porque hijos de Dios serán llamados.

Sant. iii.—18. Que el que ame la vida y desee pasar días felices...

I. Pet. iii.—10. ... Busque la paz y trabaje por adquirirla.

Is. xxxii.—17. La paz será el efecto de la justicia; el reposo y la seguridad para siempre.

Hebr. xii.—14. Tratad de estar en paz con todo el mundo, y de conservar la santidad, sin la cual nadie llegará á ver á Dios.

Eph. iv.—2. Practicad con toda humildad la dulzura y la paciencia soportándoos los unos á los otros con caridad;

Ibid.—3. Y trabajando cuidadosamente para conservar la unidad de un mismo espíritu por medio del lazo de la paz.

Prov. xvii.—1. Un pedazo de pan comido en paz vale mas que el festin de los sacrificios en disputa.

Rom. xiv.—19. Busquemos con unidad todo lo que pueda mantener la paz; y hagámonos los unos á los otros, todo lo que pueda edificarnos.

Peligro. *Ecclí. iii.—27.* ... El que busca el peligro, en él perecerá.

Penitencia. *Ecclí. v.—3.* No os cegueis en vuestra confianza porque hayais hecho penitencia de vuestros pecados; y no añadáis á las pasadas nuevas faltas.

Ibid.—6. No digáis: El Señor está lleno de indulgencia: él me perdonará la multitud de mis pecados.

Perdon. *Luc. xvii.—3.* ... Si vuestro hermano se ha hecho culpable con vosotros, no le rechazéis; y si se arrepiente, perdonadle.

Ecclí. x.—6. No conserveis ningun resentimiento por las ofensas que hayais recibido, y no ofendais nunca á nadie.

Mat. xviii.—21. Señor, ¿cuántas veces perdonaré á mi hermano si me ofende? ¿Le perdonaré siete veces?

Ibid.—22. Jesus le respondió: No os digo solo hasta siete, sino hasta setenta veces siete veces.

Colo. iii.—13. Soportaos los unos á los otros y perdonaos mutuamente vuestros defectos, como Dios os perdona á vosotros.

Luc. xxiii.—34. ¡Oh padre mio! decia Jesus; perdónalos que no saben lo que se hacen...

Pereza. *Ecclí. xi.—4.* El que se divierte en mirar al alto, no siembra nunca; y el que se pone á mirar á las nuves, ninguna cosecha recogerá.

Prov. vi.—6. Perezosos, mirad á la hormiga, examinaid lo que hace y aprended á conducirlos;

Ibid.—7. Y miradla aunque ella no tiene, ni jefe, ni amo ni príncipe,

Ibid.—8. Cómo hace sus provisiones durante el verano, y en el tiempo de la cosecha almacena para mantenerse.

Ibid.—9. ¿Hasta cuándo dormireis vosotros, perezosos? ¿Cuándo saldreis de vuestro letargo?

Ibid. xx.—4. El perezoso no quiere trabajar durante el invierno; cuando el verano llegue tendrá que mendigar y nadie acudirá á su socorro.

Ibid. x.—4. La pobreza es compañera de la pereza; y el fruto de la actividad es la opulencia.

Ecclí. x.—18. El perezoso deja podrir el armazon de su techo, y llueve en toda su casa.

Prov. xv.—19. El camión del perezoso está como sembrado de espinas: el del hombre sensato está muy llano.

Ibid. xxi.—25. El perezoso, no habiendo jamás querido hacer nada, acaba por verse consumido de remordimientos.

Ibid. x.—26. El perezoso es para los que le emplean como el vinagre para los dientes y el humo para los ojos.

Ibid. xviii.—8. ... El temor abate al perezoso; la miseria es siempre la parte que le toca al hombre afeinado.

Ibid. xx.—13. No os abandoneis al sueño demasiado, de miedo que no venga á sorprenderos la pobreza...

Ibid. xxiv.—33. Se duerme un poco, se cruza los brazos para reposar...

Ibid. xxvi.—14. Y lo mismo que una puerta gira sobre sus goznes, así el perezoso se vuelve y se revuelve en su cama.

Ibid. xii.—4. ... El perezoso no tiene voluntad fija...

Ecclí. xxii.—2. Se parece al estiércol; todas las que le tocan sacuden las manos.

Prov. xix.—24. El perezoso oculta su mano bajo su sobaco, y no se toma el trabajo de llevarla á la boca.

Ibid. xxiv.—34. Y la indigencia, lo mismo que un hombre armado, viene despues á sorprenderle y á apoderarse de él.

Ibid.—30. He atravesado el campo del perezoso y visitado la viña del insensato,

Ibid.—31. Y he visto que estaban llenos de ortigas, que las

espaldas cubrian su superficie, y que las paredes se caian arruinadas.
Prov. xix.—32. Y este ejemplo me ha herido de tal modo que he aprendido á conducirme.

Ibid. xix.—15. La pereza embota el alma, y la desidia produce la miseria.

Ibid. xviii.—9. El que por pereza descuida sus negocios es hermano del disipador.

Ibid. xxi.—5. El hombre activo piensa siempre en proporcionarse la abundancia; mas el perezoso permanece pobre toda su vida.

Ibid. x.—5. El hombre prudente almacena durante la cosecha; el que se entrega al reposo en la estacion del trabajo es un insensato.

Pesares. *Eccli. xxxviii.—16.* Llorad, hijo mio, llorad el amigo que la muerte os ha arrebatado, y affligos como un hombre que ha experimentado una gran pérdida...

Ibid.—17. Sin ser inconsolable en vuestra tristeza.

Ibid.—20. No os abandonéis á la desesperacion: sabed haceros superior al dolor, y acordaros del fin que nos espera á todos.

Ibid. 22. Penetraos de esta verdad, que no hay remedio para la muerte; y además vuestra afliccion sin ser de utilidad ninguna al que sentís, puede causaros á vos mismo muchísimo mal.

Ibid.—23. Recordad el juicio de Dios acerca de mí: el mismo es para vosotros: ayer fué mi turno, hoy es el vuestro.

Ibid.—24. Que el reposo de que goza dulcifique en vos el sentimiento de su pérdida, y consolaoos porque su alma haya abandonado su despojo mortal.

I. Ths. iv.—2. Nosotros no queremos, hermanos míos, dejaros ignorar lo que concierne á los muertos, á fin de que no imiteis en vuestro dolor á aquellos que no esperan nada.

Ibid.—17. Consolaoos los unos á los otros, y conservad esta esperanza.

Peso y medida. *Prov. xi.—1.* La balanza engañosa es abominable ante el Señor; y el peso justo le agrada.

Lev. xix.—36. Que la balanza sea justa y los pesos tales como deben ser, y las medidas exactas...

Deut. xxv.—14. No habrá en vuestra casa una medida mayor y otra mas pequeña.

Ibid.—15. Sino un peso justo y una justa medida...

Ibid.—16. Porque el Señor abomina al que engaña, y detesta la injusticia.

Piedad. *Sant. i.—27.* La piedad pura y sin mancha á los ojos de Dios es la siguiente: visitar á los huérfanos y á las viudas en sus aflicciones y preservarse de la corrupcion y del siglo,

I. Tim. iv.—7. Ejerced la piedad.

Ibid.—8. La piedad sirve para todo; para ella están reservados os bienes de la vida presente y venidera.

Pobres. *Prov. xii.—9.* El pobre que sabe cubrir sus necesidades, es mas estimable que el glorioso que desdeña el trabajo y carece de pan.

Prov. xv.—15. Todos los dias del pobre son malos; mas el corazon satisfecho es un perpetuo festin.

Prov. xv.—17. Algunas frutas y la afecion, valen mas que una ternera gruesa y el odio.

Prov. xxviii.—6. Mas vale el pobre que camina en su sencillez, que el rico marchando por veredas tortuosas.

Prov. xxii.—1. Un nombre puro vale mas que una gran opulencia; la gracia es superior al oro y á la plata.

I. Tim. vi.—7. Nada hemos traído á este mundo y nada nos llevaremos.

Ibid.—8. Así, teniendo con que mantenernos y cubrir nuestras carnes, debemos estar contentos.

Poderoso. *Prov. xix.—6.* La multitud honra la faz del poderoso, porque es amiga del que da.

Prov. xi.—29. El que confia en su opulencia, caerá; y los justos florecerán como un tallo verdoso.

Prov. xxviii.—3. Un hombre poderoso que oprime á los pobres, es como una lluvia violenta que prepara el hambre.

Pontífice. *Hebr. iv.—14.* Tengamos por pontífice á Jesucristo, Hijo de Dios, que ha subido á lo mas alto de los cielos, y permanezcamos firmes en la fé de que hemos hecho profesion;

Ibid.—15. Porque el pontífice que tenemos no es tal que no pueda compatir con nuestras debilidades, puesto que él ha sido probado como nosotros por toda suerte de males, aunque no habia pecado jamás.

Ibid. v.—1. Todo pontífice sacado de entre los hombres, se halla establecido por los hombres en lo que es Dios, á fin de ofrecer dones y sacrificios por los pecados,

Ibid.—2. De manera que pueda condolerse por los que se hallen en la ignorancia y el error, porque él mismo se halla rodeado de debilidad.

Ibid.—3. Y esto es lo que le obliga á ofrecer el sacrificio de la espacion de los pecados por sí y por el pueblo.

Ibid.—4. Ahora bien, nadie puede atribuirse este honor á sí mismo, sino que es preciso ser llamado de Dios como Aaron.

Hebr. v.—9. Jesucristo por su consumacion ha llegado á ser para todos los que le obedecen, el autor de su salvacion eterna,

Ibid.—10. Habiéndole Dios declarado pontífice segun la órden de Melchisedech.

Ibid.—11. Sobre todo lo cual diriamos muchas cosas, difíciles de explicar por vuestra lentitud y vuestra poca aplicacion para oirlas.

Ibid.—14. El alimento sólido es para los perfectos, para aquellos cuyo espíritu está habituado por un largo ejercicio á discernir el bien del mal.

Hebr. vii.—26. Era conveniente que tuviéramos un pontífice como este, santo, inocente, sin tacha, separado de los pecadores, y elevado encima de los cielos;

Ibid.—27. Que no tuviese necesidad, como los otros pontífices, de ofrecer victimas todos los dias, primero por sus propios pecados, y despues por los del pueblo, lo cual ha hecho él una vez ofreciéndose á sí mismo;

Ibid.—28. Porque la ley eleva á los hombres al sacerdocio, mas la palabra de Dios, confirmada por el juramento que ha hecho despues de la ley, establece para siempre por pontífice á su Hijo que es perfecto.

Ibid. viii.—1. Hé aquí el sumario de lo que decimos: tenemos un pontífice tan grande, que está sentado en los cielos á la derecha del trono de la Divina Majestad,

Ibid.—2. Como ministro del santuario y de ese verdadero tabernáculo que el Señor ha elevado, y no un hombre;

Ibid.—3. Porque todo pontífice se halla establecido para ofrecer á Dios dones y victimas, y hé aquí por qué se necesita que el pontífice tenga que ofrecer alguna cosa.

Ibid.—4. Sino hubiera debido ser sacerdote mas que en la tierra, no lo hubiera sido jamás, pues que ya los habia establecidos para hacer ofrendas segun la ley,

Ibid.—5. Y cuyo ministerio tiene por objeto lo que no fué sino la figura y la sombra de las cosas celestes, siguiendo lo que se dijo á Moisés cuando acababa el tabernáculo: Ten cuidado de hacerlo todo segun el modelo que has visto en la montaña;

Ibid.—6. En vez de que nuestro pontífice ha recibido un ministerio tanto mas excelente, cuanto que es el mediador de una alianza mas perfecta, establecida sobre promesas mejores.

Ibid.—7. Porque si la primera alianza no hubiese sido defectuosa, no hubiera sido necesario establecer una segunda.

Placer. *Eccli. ii.—10.* Nada he rehusado á mis ojos de cuanto han deseado: he dejado á mi corazon entregarse sin reserva á todos los placeres, y embriagarse de delicias...

Ibid.—11. Pero poniéndome en seguida á considerar todo cuanto habia hecho y las inútiles penas que me habia tomado, he conocido que todo era vanidad y tormentos de espíritu, y que nada hay estable bajo el sol.

Preguntas. *Eccli. vii.—11.* No digas: ¿Por qué los antiguos tiempos eran mejores que los de hoy? Porque semejante cuestion es una sinrazon.

Ibid.—30. Dios ha hecho al hombre recto, y el hombre se mete en una infinidad de preguntas: ¿quién es igual al sabio? ¿quién sabe hacer clara la palabra?

Préstamo. *Deut. xv.—7.* Si uno de vuestros hermanos... cae en la pobreza, no seais insensibles, y no le cerreis vuestra mano.

Ibid.—10. No le rehuséis lo que os pida y no empleis ningun rodeo cuando se trate de aliviar su miseria, á fin de que el Señor vuestro Dios os bendiga en todo tiempo, y en todas las cosas que emprendais.

Mat. v.—42. Dad al que os pida, y no rechacéis al que quiera que le presteis.

Luc. vi.—34. Si no prestais mas que á aquellos de quienes esperarais el mismo servicio, ¿qué mérito hay en vuestra accion? ¿No prestan los pecadores para tener derecho á que los presten á ellos á su vez?

Ibid.—35. Practicad el bien, y prestad aun sin esperar nada, y seréis abundantemente recompensados, porque con ello os hareis hijos de Altísimo: ¿el mismo Dios no derrama sus beneficios sobre los ingratos y los malvados?

Eccli. xxx.—2. Prestad dinero á vuestro prójimo cuando tengun necesidad de ello, y si tomáis prestado vosotros, sed exactos en el cumplimiento del plazo.

Ibid.—3. Cumplid vuestra palabra, sed fiel á vuestros compromisos, y siempre encontrareis cuanto necesitéis.

Ibid.—4. Vense muchas personas que consideran lo que se les presta como una cosa hallada, dejando comprometidos á los que les sirven.

Ibid.—5. Os acarician hasta que obtienen de vos lo que desean: os hacen bellas promesas con aire de humildad,

Ibid.—6. Pero cuando llega el momento de la devolucion, solicitan nuevos plazos, se quejan, murmuran, y toman por pretexto los malos tiempos.

Ibid.—7. Y aun cuando puedan pagar no lo hacen á su tiempo,

soltando apenas la mitad de la deuda, y eso fingiendo sacrificarse todavía.

Eccli. xxix.—8. Y si pueden, privan á su acreedor de su dinero, acarreándose gratuitamente un enemigo,

Ibid.—9. Llenándole de injurias y de ultrajes, agradeciéndole de este modo su servicio.

Ibid.—10. Hé aquí por qué tantas personas no gustan de prestar á nadie, no por dureza de corazon, sino por temor de que los engañen.

Ibid.—11. Sin embargo, no seais insensibles á la conmiseracion, y socorred prontamente al desgraciado que os implore.

Eccl. xxii.—25. Ysi prestais dinero á los pobres de mi pueblo que habitan con vosotros, no les urgireis como un exactor, y no les oprimireis con la usura.

Prov. xxii.—7. El rico impera sobre el pobre, y el que pide se halla sujeto al que le presta.

Eccli. vii.—15. No presteis dinero al hombre mas poderoso que vos; y si se le prestais, consideradlo como perdido.

Presuncion. *I. Corint. x.—12.* ...Que el que se crea firme cuide de no caer.

III. Reyes xx.—11. ...No debe uno glorificarse cuando se toman las armas, sino cuando se sueltan.

Prevision. *Eccli. xxxvii.—18.* La prevision del hombre virtuoso vale mas que siete centinelas en las almenas de un torreón.

Proceso. *Sant. iv.—1.* ¿De dónde nacen las guerras y los procesos entre nosotros? ¿No es de vuestras pasiones que combaten en vuestra carne?

Ibid.—2. Estais llenos de deseos, y no teneis lo que deseais: sois homicidas y envidiosos, y no podeis obtener lo que quereis. Disputais, os haceis la guerra, y sin embargo, no teneis lo que tratais de tener, porque no lo pedís.

Ibid.—3. Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para tener con qué satisfacer vuestras pasiones.

Prov. iii.—30. No intenteis proceso á ningun hombre, que no os ha hecho ningun mal.

Profeta. *Juan. iv.—44.* Y el mismo Jesucristo manifestó que no se honra á un profeta en su país.

Progreso. *Is. vi.—10.* El corazon de ese pueblo está ciego, sordos sus oidos, y cerrados sus ojos, de miedo de ver la luz, de oír la verdad, de poseer la inteligencia del corazon, de convertirse y de ser curado de sus males.

Colo. iii.—8. Cambiad enteramente...

Ibid.—9. ...Despojando al hombre gastado y á sus obras.

I. Corint. v.—6. ¿Acaso no sabeis que un poco de levadura agría toda la masa?

Ibid.—7. Purificaos de la vieja levadura, para que seais una masa enteramente nueva.

Eph. iv.—21. ...Formados en la escuela de Jesucristo y en la verdad de su doctrina;

Ibid.—22. Despojad al hombre gastado segun cuyas leyes habeis vivido en un principio, y que se corrompe dejándose seducir por sus pasiones;

Ibid.—23. Renovaos interiormente;

Ibid.—24. Y revestid el hombre nuevo que ha sido creado segun Dios, y por su justicia.

Colo. iii.—9. Y mostrad ese nuevo hombre en quien el conocimiento de la verdad reproduce la imagen del Criador.

Promesas. *Prov. xxv.—14.* Nubes, viento y nada de lluvia, hé aquí al hombre pródigo de sus promesas y avaro de sus dones.

Prosperidad. *Eccli. vii.—15.* Sabed gozar de la dicha en vuestra prosperidad, pero preparaos contra la adversidad, porque Dios envia una y otra cosa, á fin de que el hombre no pueda quejarse justamente.

Proteccion. *Prov. xxxi.—8.* Abogad por la causa del mudo, y de todos los que carezcan de apoyo.

Lev. xix.—14. No injuriéis á un sordo, y no pongais obstáculo ninguno en el camino del ciego.

Prov. xxiii.—11. Porque ambos tienen un poderoso protector que juzgará su causa y os condenará.

Prudencia. *Prov. xvi.—22.* La prudencia es un manantial de vida para su poseor; los castigos que recaen sobre los insensatos redoblan su locura.

Ibid. xvii.—24. El rostro del hombre prudente resplandece de sabiduría; mas los ojos del insensato vagan acá y acullá.

Ibid. xiv.—33. El corazon del sabio rebosa de prudencia; y un secreto confiado al insensato es conocido de todos.

Ibid. xii.—8. El hombre será conocido por su prudencia; y el hombre vano é insensato se verá por todas partes despreciado.

Ibid.—23. El hombre prudente oculta su ciencia; el insensato publica su locura,

Prov. xxvii.—12. El hombre prudente observa al mal y se aparta de él; el insensato no hace caso y despues obtiene su merecido.

I. Corint. xiv.—20. Hermanos míos, no esteis desposeidos de dis-

cernimiento y de prudencia como las criaturas; pero sed como ellas sin malicia y tened la prudencia de los hombres hechos.

Mat. x.—16. ...Tened la prudencia de la serpiente.

Eccli. viii.—21. No abraís nunca vuestra alma á un extraño, porque no sabeis cuáles son sus designios.

Ibid.—22. No os entreguéis al primer venido, por miedo de que abuse de vuestra confianza.

Eccli. xi.—31. No introduzcáis en vuestra casa toda especie de gentes...

Sant. i.—19. Vosotros lo sabeis, queridos hermanos míos: que cada uno de vosotros esté pronto á escuchar, y hable con lentitud...

Prov. iv.—25. Que tus ojos miren ante tí, y que no se bajen tus párpados.

Ibid.—26. Examina el camino, y todos tus pasos serán firmes.

Ibid.—27. No te vuelvas ni á derecha ni á izquierda: aparta del mal tus pasos.

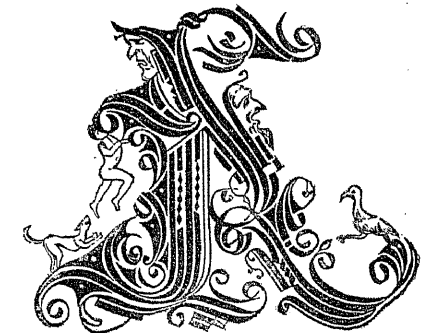
Eccli. xi.—10. Hijo mio, no os comprometais en una multitud de negocios: si emprendeis demasiado os será difícil no cometer algun error: si quereis seguirlos todos, no podreis dar abasto, y si conseguís marchar adelante os fatigareis hasta la estremidad.

Eccli. xlii.—7. En donde hay muchas manos que puedan tomar, guardadlo todo bajo de llave; contad y pesad lo que dáis, y tened cuidado de escribir todo lo que entra y lo que sale.

Eccli. vii.—29. Yo he encontrado un hombre prudente entre mil; mas entre un número igual de mugeres no he hallado una sola.

Puertas del cielo. *Mat. vii.—13.* Entrad por la puerta estrecha, porque la puerta ancha y la via espaciosa conducen á la perdicion, y el número de los que pasan es muy grande.

Ibid.—14. ¿Qué estrecha es la puerta de la vida, y qué difíciles los senderos que conducen á ella! ¿Qué pocas personas pueden encontrarla!



Regalos. *Prov. xvii.—8.* Un regalo es una piedra preciosa para el que le espera; de cualquier parte de donde venga siempre será recibida.

Ibid. xviii.—16. Los presentes del hombre dilatan su camino y les sirven para introducirse al lado de los grandes.

Ibid. xxii.—9. El hombre que regala, está seguro siempre de lograr lo que quiera, y se hace dueño absoluto de los que los reciben.

Ibid. xv.—27. ...El que sabe rehusar los regalos conserva su independencia.

Reputacion. *Prov. xxii.—1.* Una buena reputacion vale mas que las mayores riquezas...

Eccli. vii.—2. Es preferible á los mas esquisitos perfumes...

Eccli. xli.—15. Trabajad por adquirir una buena reputacion...

Ibid.—16. Los dias de una vida feliz son contados, pero la buena reputacion permanece eternamente.

Respuestas. *Prov. xv.—1.* Una respuesta dulce apacigua la cólera, y una palabra dura provoca el furor.

Ibid. xviii.—13. La vergüenza y la confusion acometerán al que responda antes de haber oído.

Rezo. *I. Corint. xv.—1.* Yo preferiria no decir en la Iglesia mas que cinco palabras bien comprendidas para instruir tambien á los demas, que pronunciar diez mil en una lengua desconocida.

Eccl. v.—1. No hableis á la casualidad, y que vuestro corazon no precipite su plegaria delante de Dios; porque Dios está en el cielo y vos sobre la tierra. Que sean muy pocas vuestras palabras.

Marc. xi.—25. Antes de comenzar á orar, perdonad á vuestro

prójimo todas las faltas que os haya cometido, á fin de que vuestro Padre, que está en los cielos, os perdona también las vuestras.

Prov. xxviii.—9. Dios rechaza las oraciones del que es sordo á sus preceptos.

Mal. vii.—21. Todos aquellos que claman: Dios mio! Dios mio! no entrarán en el reino de los cielos: entrando solo el que cumpla la voluntad de su Padre, que está en los cielos.

I. Cor. iv.—20. No son con palabras, sino con obras con lo que se alcanza el reino de Dios.

Ricos. *Rom. xv.—1.* Nosotros, que somos los mas fuertes, debemos soportar las debilidades de los enfermos, y no tratar de agradarnos á nosotros mismos.

Sap. v.—8. ¿De qué nos ha servido el orgullo? ¿Qué nos ha producido la ostentación de las riquezas?

Ibid.—9. Todo esto ha pasado como una sombra...

Ibid.—10. O como el navio que surca la mar agitada no dejando tras sí ninguna huella, ni rastro ninguno en medio de las olas.

Ibid.—11. O como el pájaro que atraviesa los cielos...

Ibid.—12. O como la flecha lanzada hácia un objeto, separa un instante el aire que vuelve á juntarse en seguida, y su rastro queda desconocido;

Ibid.—13. Y así hemos nacido nosotros, y de repente hemos cesado de ser, sin haber dado ninguna señal de virtud, y hemos sido consumidos en nuestra malicia.

I. Tim. vi.—17. Ordenad á los ricos de este mundo que no sean orgullosos, que no tengan confianza ninguna en las riquezas, sino en el Dios vivo que nos ha dado abundantemente todo lo que es necesario para la vida:

Ibid.—18. Y que sean caritativos y bienhechores, ricos en buenas obras, que den de buen corazón y partan sus bienes con los pobres,

Ibid.—19. Haciéndose de este modo un tesoro y un cimientó sólido para el porvenir, á fin de poder abrazar la verdadera vida.

Eccli. xxxi.—8. Feliz el rico sin tacha que no ha buscado con ardor las riquezas, y que no ha fundado todas sus esperanzas en su tesoro.

Ibid.—9. ¿Quién es? para que cantemos sus alabanzas: porque su vida está llena de buenas acciones.

Ibid.—10. Experimentado por el tifo, ha sido juzgado perfecto, y su gloria será eterna: háse visto espúes con frecuencia á violar los mandamientos de Dios, y ha permanecido fiel: ha podido hacer mal, y ha sido puro.

Ibid.—11. Así el Señor le ha afirmado mas en sus riquezas, y la asamblea de los santos publicará un día sus limosnas.

Eccli. xiii.—28. En cuánto el rico toma la palabra, todos callan y aprueban lo que dice:

Ibid.—29. Mas cuando el pobre abre la boca, todos esclaman: ¿Quién es ese hombre? Y si dá un paso en falso, todavía le ayudan á caer.

Prov. xviii.—23. El tono del pobre es humilde y suplicante: el rico habla siempre con arrogancia.

Eccli. xiii.—25. El rico que tropieza es sostenido por sus amigos, pero si el pobre cae, los suyos le abandonan.

Eccli. xiii.—26. Cuando el rico se halla en un apuro, todos se apresuran á socorrerle, y aun que hable insolentemente se le justifica;

Ibid.—27. Pero cuando el pobre se engaña, no le economizan las reconvencciones, y aun cuando tenga razon, nadie se digna escucharle.

Riñas. *Prov. xxvi.—17.* El que al pasar se interesa con calor en una riña que nada le importa, tira de las orejas á un perro furioso.

Prov. xxvi.—21. La lumbré enciende el carbon, y el hombre amigo de riñas calienta las discusiones.

Riqueza. *Prov. xiii.—11.* Las riquezas improvisadas se disipan, mientras que se ven aumentar aquellas que son el fruto de un largo trabajo.

Ibid. xxiii.—5. No deseéis las riquezas que no sepáis adquirir...

Ps. lxi.—11. No fundéis ninguna esperanza en la iniquidad; no enviéis los bienes que producen los despojos y la rapiña, y si la riqueza se mete en vuestra casa, no la consagreis vuestro corazón.

Eccli. xiii.—30. Las riquezas son un bien verdadero en manos de un hombre virtuoso, y no hay nada peor que la pobreza unida al vicio.



Sabiduría. *Prov. iii.—13.* Feliz el hombre que encuentra la sabiduría...

Ibid.—14. Su posesion vale mas que todos los tesoros...

Ibid.—15. La sabiduría es mas preciosa que las perlas: todas las pedrerías no la igualan en valor.

Ibid.—16. En una mano presenta los largos dias de la vida, y en la otra las riquezas y la gloria.

Ibid.—18. Es el árbol de vida para los que la abrazan: felices los que no la abandonan.

Prov. xx.—5. La sabiduría en el corazón del hombre es como un agua profunda; la prudencia está en saber sacarla.

Prov. iv.—7. Comenzais á ser sabio desde el momento en que trabajéis para serlo...

Sap. vi.—18. El principio de la sabiduría es el deseo de conocerla: tener este deseo es amarla, y amarla es observar su leyes:

Ibid.—19. En la observación de sus leyes consiste la pureza perfecta del alma;

Ibid.—20. Y por medio de esta pureza del alma, se aproxima el hombre al Criador.

Ibid.—21. El amor de la sabiduría conduce á la inmortalidad.

Prov. iii.—10. Si reina la sabiduría en vuestro corazón, y vuestra alma se goza en instruirse;

Ibid.—11. La prudencia vigilará en torno de vos, y la razon será vuestra salvaguardia.

Eccli. xi.—1. La sabiduría eleva al hombre de la mas oscura condición, haciéndole sentar entre los grandes.

Sap. vi.—1. La sabiduría es aun mas poderosa que la fuerza, y el hombre prudente vale mas que el hombre valeroso.

Ibid. iii.—15. La gloria es también el fruto de las buenas acciones, y la raíz de la sabiduría no muere jamás.

Prov. xiv.—16. El sabio teme y se aparta del mal; el insensato pasa sin temerlo.

Prov. xix.—11. La prudencia del hombre retiene su cólera, y su gloria consiste en olvidar la injuria.

Eccli. vii.—17. No seáis justo con exceso, y no seáis mas sabio de lo que es preciso, por miedo de tener que admiraros de ello.

Eccli. xxi.—14. El que no mide su sabiduría, no sacará de ella provecho ninguno.

Prov. xxiv.—5. El hombre sabio es fuerte, y el hombre inteligente robustece al fuerte.

Eccli. ii.—13. Y yo he visto que la sabiduría se hacia superior á la locura, tanto como la luz difiere de las tinieblas.

Prov. i.—5. El sabio, escuchando, se volverá mas sabio todavía, y el hombre prudente aprenderá el arte de gobernar.

Ibid.—20. La sabiduría habla al exterior; y su voz resuena en las plazas públicas.

Ibid.—21. Clama ante las asambleas, á la entrada de las puertas, y habla en mitad de las ciudades.

Ibid. ii.—2. Si prestas un oído atento á la sabiduría, é inclinas tu corazón á la prudencia;

Ibid.—3. Si invocas la inteligencia é imploras la sabiduría;

Ibid.—4. Si la encuentras como la plata, hallándola como un tesoro oculto;

Ibid.—5. Entonces hallarás la ciencia del Señor.

Ibid.—10. Si la sabiduría entra en tu corazón y la ciencia es la alegría de tu alma,

Ibid.—11. Te guardará la vigilancia, la prudencia te defenderá,

Ibid.—12. Y te alejarás del camino del mal, y del hombre de lenguaje perverso,

Ibid.—13. Del hombre que abandona los buenos senderos, y marcha por el camino de las tinieblas,

Ibid.—14. Que se regocija cuando prepara el mal, y se estremece de alegría en la iniquidad;

Prov. ii.—15. Y que sigúe caminos extraviados, marchando por veredas tortuosas.

Ibid.—20. Tú marcharás por las vías de los sabios, y guardarás los caminos de los justos.

Ibid. iii.—21. Hijo mio, no apartes tus ojos de la sabiduría; guarda el juicio y la prudencia;

Ibid.—22. Que serán la vida de tu alma y el adorno de tu corazón,

Ibid.—23. Y entonces tú seguirás tu camino con seguridad y tu pié no tropezará:

Ibid.—24. Marcharás sin ningun temor; dormirás, y tu sueño será dulce.

Prov. viii.—1. ¿No clama la sabiduría, y la prudencia no eleva la voz?

Ibid.—4. «Hombres, yo clamo por vosotros, y mi voz se dirige á los hijos de los hombres,

Ibid.—5. «Corazones aletargados, aprended la sabiduría; insensatos, buscad la inteligencia.

Ibid.—6. «Y escuchad, porque voy á hablar de cosas grandes, y mis labios se abrirán para proferir la justicia.

Ibid.—8. «Todas mis palabras son la pura equidad, y no tienen nada de perverso ni de tortuoso.

Ibid.—9. «Son rectas para los inteligentes, y suaves para los que encuentran la ciencia.

Ibid.—10. «Preferid mis lecciones á la plata, y la ciencia al oro mas puro.

Ibid.—11. «Porque la sabiduría es mejor que las perlas, y todas las piedras preciosas no la igualan.

Ibid.—12. «Yo que soy la sabiduría, habito en el consejo y penetro en las profundidades de la inteligencia.

Ibid.—14. «A mí me pertenecen el consejo, la constancia, la prudencia y la fuerza.

Ibid.—17. «Yo amo á los que me aman, y el que me encuentra me halla.

Ibid.—18. «La opulencia y la gloria me pertenecen; el bien durable es la justicia.

Ibid.—19. «Mis frutos son mejores que el oro mas puro...

Ibid.—20. «Yo marcho por el camino recto y por mitad de los senderos de la equidad,

Ibid.—21. «Para descubrir á los que me aman los bienes verdaderos, y para llenar sus tesoros.

Ibid.—23. «Eternamente he sido sagrada desde el principio, antes que la tierra existiera...

Ibid.—24. «Aun no se conocian los abismos, y ya estaba yo engendrada; las corrientes no llevaban agua,

Ibid.—25. «Las montañas no estaban firmes todavía, y ya estaba yo engendrada antes que las colinas;

Ibid.—26. «El Señor no habia hecho la tierra, los rios y montañas.

Ibid.—27. «Cuando preparaba los cielos, allí estaba yo...

Ibid.—28. «Cuando suspendia las nubes, cuando cerraba las orientes del abismo;

Ibid.—29. «Cuando imponia al mar los límites que las aguas no sobrepasarán; cuando posaba los fundamentos de la tierra.»

Ibid.—30. Entonces estaba yo cerca de él, alimentada por él, era todos los dias sus delicias...

Ibid.—31. ...Y mis delicias son habitar con los hijos de los hombres.

Ibid.—32. Ahora, hijos míos, escuchadme: feliz aquel que siga mis caminos.

Ibid.—33. Escuchad mis lecciones y sed sabios: no perdais una sola de mis palabras.

Ibid.—34. Feliz el hombre que me escuche, que pase los dias á la entrada de mi casa, y que vigile el umbral de mi puerta.

Ibid. ix.—1. La sabiduría ha construido una morada, apoyándola sobre siete columnas.

Ibid.—2. Ha inmolado sus víctimas, ha mezclado el vino, y ha puesto su mesa:

Ibid.—3. Ha enviado sus servidores para que llamen desde los sitios mas elevados de la ciudad:

Ibid.—4. «Si alguno es débil, que venga hácia mí: y ha hablado á los insensatos:

Ibid.—5. «Venid y bebed el vino que yo he mezclado para vosotros.»

Ibid.—6. Salid de la infancia y vivid, y marchad por los caminos de la prudencia.

Sap. vi.—13. La sabiduría es brillante, y no se empaña jamás: es conocida fácilmente por los que la aman, y hallada por los que la buscan;

Ibid.—14. Corre delante de los que la desean, para mostrarse á ellos la primera.

Ibid.—15. Quien vele por ella desde por la mañana, no se cansará, porque á su puerta la hallará sentada.

Sap. vi.—18. El principio de la sabiduría es el verdadero deseo de la regla, y la solicitud por la regla, su amor;

Ibid.—19. Y el amor de la sabiduría, la observancia de sus leyes: y la guarda de sus leyes, la consumación de la santidad.

Sap. viii.—8. Y si alguno desea la profundidad de la ciencia, ella sabe las cosas pasadas y juzga de las venideras; conoce las astucias del discurso, y separa los artificios del razonamiento, prevee los signos y los prodigios antes de que sucedan, y los acontecimientos del tiempo y de los siglos.

Ibid.—9. Yo me he propuesto traerla á vivir conmigo, sabiendo que ella me dará parte de sus bienes, y será el consuelo de mi pensamiento y de mis enojos.

Ibid.—10. Por medio de ella yo me presentaré ilustrado ante la multitud, y aunque jóven, me honrarán los ancianos.

Ibid.—11. Me hallarán interviniendo en los juicios, y seré admirable ante los poderosos, porque hasta los rostros de los príncipes se admirarán en mi presencia.

Ibid.—12. Me esperarán cuando me calle, cuando hable me mirarán, y cuando discurra se taparán la boca.

Ibid.—13. Y obtendré la inmortalidad y dejaré una eterna memoria á los que deben venir detrás de mí.

Ibid.—16. Cuando entre en mi casa, reposaré con ella, porque su conservación no es amarga nunca, y el aburrimiento no la acompaña, sino que se halla siempre en el gozo y en la alegría.

Ibid.—17. Diciéndome yo estas cosas, recordé en mi corazón que la inmortalidad es aliada de la sabiduría;

Ibid.—18. Y que en su amor, es una alegría pura; en las obras de sus manos, es la virtud sin tacha, en sus conversaciones la prudencia, y en sus consejos la gloria...

Sap. viii.—4. ...La sabiduría enseña la ciencia de Dios...

Sacerdote. *II. Corint. iii.—6.* Jesucristo nos ha dado la capacidad para ser los ministros de la nueva alianza, no en la letra, sino en el espíritu; porque la letra mata y el espíritu vivifica.

Ibid.—8. Así, ¿cuánto el ministerio del espíritu debe ser mas glorioso!

Galat. i.—10. ¿Es de los hombres ó de Dios de quien deseo yo ser aprobado? Tengo por objeto agradar á los hombres? Si quisiese aun agradar á los hombres, no seria servidor de Jesucristo.

I. Timot. v.—17. Que los sacerdotes que gobiernan bien, sean honrados doblemente, sobre todo aquellos que trabajan en la predicación y la instruccion.

Rom. xii.—7. Que el llamado al ministerio de la Iglesia se adhiera á su ministerio, y el que ha recibido el don de enseñar se aplique á ello;

Ibid.—8. Que el que ha recibido el don de exhortar, exhorte; que el que hace limosna la haga sencillamente; que el que mande vigile mucho, y que el que hace obras de misericordia viva satisfecho.

I. Corint. ix.—16. Si yo (*San Pablo*) predico el Evangelio, no hago nada de mas, porque me hallo obligado á ello necesariamente, y desgraciado de mí sino predicase el Evangelio.

Ibid.—17. Haciéndolo de buen corazón, yo tengo la recompensa; mas si lo hago con sentimiento, no hago mas que desempeñar el empleo que se me ha confiado.

Ibid.—18. En dónde está mi recompensa? Está en predicar gratuitamente el Evangelio, sin usar del derecho que tengo por la predicación del Evangelio.

I. Corint. ix.—27. Yo castigo duramente mi cuerpo y le reduzco á la servidumbre, por miedo que despues de haber predicado á los demás, no sea yo propio reprobado.

Tit. ii.—1. No enseñeis nada que no sea digno de la sana doctrina.

I. Tim. iii.—1. Es una verdad segura que si alguno desea el episcopado, desee un ministerio muy santo.

Ibid.—2. El obispo debe ser irreprochable, no debe estar casado mas que una vez: que sea sobrio, prudente, grave, modesto, casto, hospitalario y tenga capacidad para instruir;

Ibid.—3. Que no se entregue al vino, no sea violento, ni se halle dispuesto á pegar; sino que sea equitativo y moderado, enemigo de las contestaciones y desinteresado;

Ibid.—3. Que gobierne bien su propia familia, y que mantenga á sus hijos en la obediencia y en la honradez;

Ibid.—4. Porque si uno no sabe gobernar su propia familia, ¿cómo podrá dirigir la Iglesia de Dios?

II. Tim. ii.—25. Debe conducir poco á poco á los que se resisten á la verdad; en la esperanza de que Dios para hacerse la comprender, podrá algun dia tocar su corazón.

Ibid.—15. Poneos en estado de aparecer delante de Dios, como un ministro que cumple dignamente su tarea, que no hace nada que pueda avergonzarle, y que dispensa prudentemente la palabra de la verdad.

I. Tim. iv.—12. ...Que vuestros discursos, vuestra conducta, vuestra caridad y la pureza de vuestros corazones sirvan de ejemplo á los fieles:

I. Tim. iv.—16. Vigila atentamente sobre vos mismo, y tened cuidado con la doctrina que predicais...

I. Pet. v.—1. He aquí la súplica que hago á los sacerdotes que se hallan entre vosotros, yo que soy sacerdote como ellos, y testigo de los padecimientos de Jesus, y que debo tener mi parte en su gloria, la cual se manifestará en su día:

Ibid.—2. Conducid el rebaño de Dios que os está confiado, velando por él, no por obligacion, sino espontáneamente y segun Dios, no por una ganancia vergonzosa, sino por una caridad desinteresada;

Ibid.—3. No dominando sobre la herencia del Señor sino haciéndoos los modelos del rebaño por medio de una virtud sincera.

I. Corint. xiv.—6. Hermanos míos, si yo voy á vuestra casa hablando lenguas desconocidas, ¿de qué utilidad podré yo seros, si yo no reuno la revelacion, la ciencia, la profecía ó la doctrina?

Ibid.—8. Si la trompeta no rindiera mas que sonidos confusos, ¿cómo se prepararía á los combates?

Ibid.—9. Pues lo mismo, si la lengua que hablais no es inteligible, ¿cómo se podrá entender lo que decís? No hablareis sino en vano.

Ibid.—10. En efecto, hay muchas lenguas diferentes en el mundo, y cada pueblo tiene la suya.

Ibid.—11. Si yo ignoro lo que significan las palabras, yo seré bárbaro para aquel con quien hablo, y el que me habla será bárbaro para mí.

Ibid.—12. Así, puesto que deseais con tanto ardor los dones espirituales, desead llenaros por la edificación de la Iglesia.

Ibid.—13. Que el que hable una lengua desconocida, pida el don de interpretarla.

Ibid.—14. Porque si yo hago oracion en una lengua extranjera, es cierto que ora mi corazón; pero mi inteligencia no me da ningun fruto.

Ibid.—15. Qué haré yo? Rezaré de corazón, pero tambien con la inteligencia: cantaré de corazón los cánticos, pero cantaré tambien con la inteligencia.

Ibid.—16. Si no alabais á Dios mas que de corazón, ¿cómo la multitud responderá Amen al fin de vuestra accion de gracias, puesto que no entiende lo que decís?

Ibid.—23. Si hallándose una Iglesia reunida hablan todos en ella lenguas extranjeras, y hombres que no saben su propia lengua, ó infieles entran en la asamblea, ¿no os llamarán insensatos?

Ibid.—27. Si hay algunos que tengan el don de las lenguas, que no hablen sino dos ó tres á lo mas, y uno despues del otro, habiendo un intérprete de lo que hubiesen dicho,

Ibid.—28. Y si no hay intérprete, que el que tenga el don de las lenguas se calle en la Iglesia, y que no hable mas que consigo mismo y con Dios.

Mal sacerdote. Rom. ii.—1. Hombre, cualquiera que seais, que condenais á los demás, no tenéis escusa ninguna, porque condenándolos os condenais vosotros mismos, puesto que haceis las mismas cosas que condenais;

Ibid.—2. Porque nosotros sabemos que Dios condena segun su verdad á aquellos que cometen tales acciones:

Ibid.—3. Y vosotros que condenais á los que las cometen, y que las cometeis tambien vosotros mismos, ¿pensais que evitareis el juicio de Dios?

Ibid.—19. Vosotros os lisonjais de ser los guias de los ciegos, la luz de los que están en tinieblas,

Ibid.—20. Los doctores de los ignorantes, y los maestros de los niños, como teniendo en la ley la regla de la ciencia y de la verdad.

Ibid.—21. Y sin embargo vosotros que instruis á los demás, no os instruis vosotros mismos, y hurtais despues de haber predicado contra el hurto.

Ibid.—22. Vosotros que decís que no se deben cometer adulterios, los cometeis: y vosotros que abominais los idolos, haceis sacrilegios.

Ibid.—23. Vosotros que os glorificais de tener la ley, deshonrais á Dios por la violacion de la ley.

Ibid.—24. Porque vosotros sois la causa, como dice la Escritura, de que se haya blasfemado del nombre de Dios en las naciones.

Tit. i.—11. Es menester cerrar la boca á esos hombres que perverten familias enteras, enseñando mediante una sórdida ganancia, lo que no deben enseñar.

Ibid.—12. Uno de sus compatriotas, que es su profeta, ha dicho de ellos: los cretenses son siempre mentirosos: son bestias malvadas que no desean mas que comer y no hacer nada.

II. Corint. xi.—13. Los falsos apóstoles son trabajadores mentirosos, que se disfrazan de apóstoles de Jesucristo.

Ibid.—14. Y no hay que admirarse de esto, porque el mismo Satan se transforma en ángel de luz.

Ibid.—15. ...El fin de ellos será segun sus obras.

Salud. Eccli. xxx.—15. ...La salud vale mas que todas las riquezas.

Ibid.—16. No hay tesoros comparables á un cuerpo sano, ni mayores placeres que la alegría del corazón.

Ibid.—17. Es preferible la muerte á una vida llena de amargura, y el reposo eterno á sufrir continuos dolores.

Secreto. Prov. x.—14. Los sabios guardan sus secretos, y la palabra del insensato es una espada amenazante.

Ibid. xi.—13. El que habla mucho, en todas partes revela sus secretos; mas el hombre cuyo espíritu es fiel, oculta lo que se debe callar.

Eccli. xlii.—1. No repitais lo que hayais oido decir, y no divulgéis el secreto que se os ha confiado: así nunca os espondreis á sonrojars, y conseguireis que los hombres os amen.

Sacrie. Juan. iv.—37. ...Uno siembra y otro recoge.

Eccli. iv.—14. Muchas veces al salir un hombre de entre prisiones y cadenas, sube al trono; y otras el que ha nacido en el poder, se ve acometido por la miseria.

Ibid. ix.—14. He visto por todas partes que el mas veloz no se llevaba el premio de la carrera, ni la victoria era de los fuertes, el pan de los sabios, la riqueza de los doctos, y el favor de los hábiles; sino que todas estas cosas eran gobernadas por el tiempo y la casualidad.

Ibid. x.—7. He visto los esclavos á caballo, y los príncipes á pie, como los esclavos.

Eccli. xi.—6. Se han visto hombres precipitados desde lo mas alto del poder, y príncipes cubiertos de gloria ser presa de sus enemigos.

1. Reyes. ii.—3. Muchos hombres que han sido poderosos, han llegado á venderse para comer pan, y otros que se morian de hambre, se han visto satisfechos.



Temor. Sap. xxvii.—11. El temor no es otra cosa que la turbacion de un alma abandonada.

Tentacion. Sant. i.—13. Ningun hombre puede decir que es Dios quien le ha tentado; por que Dios no inclina á nadie hácia el mal ni tienta á ninguna persona.

Ibid.—14. Seducidos por la concupiscencia propia, es como se cae en la tentacion.

Testigo. Prov. xxv.—18. El testigo falso es un martillo, una espada, un dardo contra la cabeza de su prójimo.

Ibid. xiv.—25. El buen testigo liberta las almas, mas el que prefiere la mentira cava un abismo.

Ibid. xix.—9. El testigo falso no quedará impune, y el que espere la calumnia no se quedará sin castigo.

Lev. v.—1. Si un hombre llamado como testigo no denuncia el juramento que ha oido pronunciar, ó el crimen que ha presenciado ó que le consta positivamente haberse cometido, sufrirá la pena de su iniquidad.

Tiempo. Eccli. iii.—1. Cada cosa tiene su tiempo, y todo pasa bajo el sol, acabado el término prescrito.

Eccli. viii.—6 y 7. Cada negocio tiene su tiempo y ocasion favorables; una de las grandes miserias del hombre, es la de ignorar el pasado, y no poder penetrar el porvenir.

Tiranos y Tirania. Is. i.—23. Tus príncipes son rebeldes y compañeros de los malvados: les gustan los regalos y buscan las recompensas. No hacen justicia al huérfano, y desprecian la causa de la viuda.

Is. i.—7. Vuestro país está desierto; vuestras ciudades son presa de las llamas: los extranjeros devoran vuestra patria á vuestra vista: vuestra nacion está desolada como un campo devastado por el enemigo.

Is. iii.—12. Los tiranos han despojado á mi pueblo y le han gobernado las mugeres: ¡Oh pueblo mío! te engañan los que te llaman feliz: ocultan á tus ojos el camino por donde debes marchar.

Is. x.—4. Desgraciados aquellos que establecen leyes inicuas, desgraciados aquellos que escriben la injusticia.

Ibid.—2. Para oprimir á los débiles en los juicios, para violentar al pobre y despojar al huérfano y á la viuda!

Is. xxxii.—1. Desgraciado de tí que llevas por todas partes la destruccion; ¿no serás tú destruido á tu vez? ¿tú desprecias á los demás, ¿no serás tú nunca despreciado? Cuando hayas concluido tu obra de

desolacion, entonces serás tú desolado; cuando cansado ceses tus desprecios, entonces serás despreciado.

Is. x.—12. Yo iré á visitar el corazón altivo de ese príncipe, y á pedirle cuenta de los frutos de su orgullo.

Ibid.—13. Porque él ha dicho: «Yo me he elevado por mi fuerza y prudencia: yo he salvado los límites que separaban los pueblos, he pillado los tesoros de los príncipes y he destronado á los reyes;

Ibid.—14. »Los pueblos mas poderosos han sido bajo mi mano como un nido de pajarillos; he reunido las naciones, como se recogen los huevos abandonados, sin que la madre se atreva á mover las alas, abrir el pico, ni lanzar un grito.»

Is. xxxiii.—1. Desgraciado de tí que vienes cargado de botin, porque tú serás despojado á tu vez, despreciador de los hombres, y serás el objeto de su desprecio, y no recogerás el fruto de tus rapiñas...

II. Tim. ii.—5. El soberbio se verá aturrido como un hombre borracho, y su gloria se desvanecerá. Sus deseos son vastos como el infierno, y es insaciable como la muerte: él reunirá todas las naciones bajo su imperio, y avasallará todos los pueblos.

Ibid.—6. ¿Pero no será tambien la fábula de esos mismos pueblos? ¿No le insultará por medio de burlas sangrientas? No les oirá exclamar: «Maldito sea el injusto despojador de nuestros bienes! Hasta cuándo levantará en su daño montones de lodo?»

Ibid.—7. De repente verás levantarse contra tí, hombres que te morderán, que se escitarán destrozándote, y que se repartirán tus despojos.

Ibid.—8. Despues de haber oido á lo lejos tus estragos, serás la presa de los pueblos que hayan escapado á tu furor: ellos vengarán la sangre que has vertido, y te harán espiar todos tus crímenes.

Ibid.—10. Tus insensatos proyectos atraerán sobre tu familia el oprobio y la confusion: has sido la plaga del mundo, y tu alma se ha sumergido en el pecado.

Ibid.—11. La piedra gritará contra tí del centro de la muralla, y la madera que ha servido para construir el edificio la responderá:

Ibid.—12. ¡Desgraciado de aquel que construye una ciudad con la sangre del hombre, fundándola en la iniquidad!

Jer. l.—31. Yo voy á tí, ¡oh príncipe soberbio! dice el Señor, Dios de los ejércitos; porque tu hora ha llegado, y hé aquí el tiempo en que yo debo visitarte:

Ibid.—32. Y el orgulloso será destruido y precipitado, y no hallará apoyo ninguno...

Is. xvi.—16. Y entonces... le dirán...

Ibid.—12. Astro luminoso que se veía brillar al despuntar el día, ¿cómo has caido del firmamento? ¿Cómo has sido arrastrado por la tierra, tú que llenabas de llagas las naciones?

Ibid.—13. Tú, que decias en tu corazón: yo subiré al cielo; yo me elevaré mas allá de los ástros, yo me sentaré sobre la montaña de la alianza al lado del águila;

Ibid.—14. Yo volaré por encima de las nubes y seré semejante al Altísimo,

Ibid.—15. Y hé aquí que tú te has precipitado en el abismo.

Ibid.—16. Los que te vean se acercarán á tí, y exclamarán al contemplarte: «¿Es ese el hombre que ha espantado la tierra, y destruido los reinos?»

Ibid.—17. «El que ha hecho del mundo un desierto, el que ha destruido las ciudades, y el que condenaba á sus prisioneros á una eterna cautividad?»

Ibid.—21. ...Sus hijos no serán sus herederos, ni cubrirán de ciudades la faz de la tierra.

Trabajo. Gen. iii.—17. ... Dios ha dicho á Adam...

Ibid.—19. Comerás tu pan con el sudor de tu rostro, hasta que vuelvas á entrar en la tierra de donde has salido; porque has sido hecho del polvo, y polvo te volverás algun día.

Eccli. xl.—1. Una laboriosa tarea ha sido impuesta á todos los hombres: un terrible yugo pesa sobre los hijos de Adam, desde el día en que salen del seno de su madre hasta el momento en que la muerte los hace entrar en la tierra, su madre comun.

II. Thes. iii.—10. ... Os declaramos que el que no quiere trabajar no debe comer.

Ibid.—11. Ahora bien, hemos llegado á saber que hay algunos entre vosotros, cuya conducta no es arreglada, que no trabajan y que se meten en lo que no les importa:

Ibid.—12. Nosotros les ordenamos y les conjuramos por Nuestro Señor Jesucristo á comer su pan trabajando en paz.

Prov. xii.—14. El que cultive su tierra se verá satisfecho de pan...

Eccli. vii.—16. No huyais los trabajos penosos, y no desdeñeis la agricultura, que ha sido inventada por Dios.

Eccli. xl.—18. El que sabe contentarse con el fruto de su trabajo, pasará sus días apaciblemente: vivir así es descubrir un tesoro.

II. Corint. ix.—6. El que poco siembre, poco recogerá; y el que siembre abundantemente, recogerá con abundancia;

Gala. vi.—8. El hombre no recogerá sino aquello que haya sem-

brado. Así, el que siembre en su carne no recogerá de ella mas que la corrupcion, y el que siembre en el espíritu recogerá de él la vida eterna

Eccli. xi.—1. Sembrad vuestro grano despues que haya llovido, y le volvereis á hallar al cabo de muchos días.

Ibid.—2. Sembrad una parte de vuestros campos hácia el sétimo mes, y otra hácia el octavo, porque no sabeis los daños que pueden venir.

Prov. v.—15. Saca el agua de tu cisterna, en la corriente de tu fuente;

Ibid.—16. Y tus manantiales saltarán hácia fuera, y tus aguas correrán sobre las plazas públicas;

Ibid.—17. Y serán tuyas, tuyas solamente, y los extranjeros no las participarán contigo.

Prov. xxvii.—24. ¿Durarian siempre las riquezas sin vigilancia?...

Ibid.—25. Por tus cuidados los prados se adornarán de verdura, brillarán las flores con sus colores mas vivos, y las montañas abundarán de deliciosos pastos.

Ibid.—27. La leche de tus cabras bastará para el alimento de tus criados y criadas:

Prov. xiii.—23. La riqueza del pobre es su trabajo: y perece el opulento cuando le falta la prudencia.

Prov. xiv.—23. La opulencia estriba en el trabajo; y la multitud de palabras constituyen la miseria.

II. Tim. ii.—6. Es menester que el labrador trabaje antes de recoger la cosecha.

Ibid.—7. Comprended lo que os digo; porque el Señor os dará la inteligencia en todas las cosas.

Tristeza. Eccli. xxxviii.—20. La tristeza se alimenta en la soledad...

Eccli. xxxviii.—19. La tristeza... conduce á la tumba; enerva el vigor: el abatimiento del alma pesa sobre el cuerpo.

Prov. xxv.—20. Lo mismo que la polilla agujerea los vestidos y que la carcoma consume la madera, así la tristeza devora el corazón del hombre.

Eccli. xxxviii.—22. La corrupcion del corazón sumerge el alma en la tristeza...

Eccli. xxx.—22. No abandoneis vuestra alma á la tristeza, y no os aflijais en vuestros pensamientos.

Eccli. xxx.—24. Repeled la tristeza.

Ibid.—25. Porque ha causado la muerte de muchos, y no reporta ninguna utilidad.



Usura. Ecod. xxii.—25. Si alguno de mi pueblo que habite con vosotros cae en la miseria, y le prestais dinero, no le ahogueis como un extractor implacable, ni le oprimais con usuras.

Lev. xxx.—35. Si uno de vuestros hermanos se vuelve pobre, y no puede trabajar mas...

Ibid.—36. No le exijais nada en vuestro interés, ni le recibais mas de lo que le habeis dado...

Ibid.—37. No presteis dinero con usura...



Vanidad. *Eccli. i.—2.* Vanidad de vanidades, dice el Eclesiastes, vanidad de vanidades y todo vanidad.

Prov. xiii.—7. Aquel se hace el rico, faltándole todo; y el otro aparenta pobreza, y nada en la opulencia.

Ps. iv.—3. ¡Hijos de los hombres! ¿Hasta cuando tendreis el corazón embotado? ¿Por qué correis en pos de la vanidad y la mentira?

Vanagloria. *Gala. v.—26.* No anhelemos la vanagloria provocándonos unos á otros y teniéndonos envidia.

Ibid. vi.—4. Que cada uno examine bien sus propias acciones, y entonces conocerá solamente lo que debe glorificar en sí mismo y no en otro.

Prov. xli.—9. El hombre oscuro y que se basta á sí mismo, vale mas que el glorioso que carece de pan.

Wejez. *Prov. xvi.—31.* La vejez es una corona de honor cuando se halla en las vias de la justicia.

Eccli. xxv.—6. ¡Qué bello adorno es la prudencia en la vejez!

Ibid.—7. ¡Qué bien sienta al anciano la sabiduría!

Job. xxxii.—9. ¿Por qué las luces y la sabiduría no acompañan siempre á la ancianidad?

Eccli. viii.—7. No desprecieis al hombre cargado de años; porque no ha envejecido hasta despues de ser lo que vos sois.

Ibid.—9. No desdeñeis la conversacion de los viejos, y prestad el oído á sus máximas.

Ibid.—11. No desaprovecheis las ocasiones de conversar con los ancianos, porque sus padres fueron sus maestros.

Ibid. xxxii.—13. ... No habléis mucho en donde haya ancianos.

Venganza. *I. Petr. iii.—9.* No devolvais mal por mal, ni ultraje por ultraje: vengaos por medio de bendiciones, persuadidos de que con una conducta semejante se hace uno digno de recoger la herencia de la gracia.

Prov. xxiv.—29. No digais: trataré á ese hombre como él me ha tratado, y obraré segun obren conmigo.

Lev. xix.—18. No ejerzais la venganza y no conserveis el recuerdo de las injurias que os han hecho...

Eccli. xxviii.—5. Aquel que no siendo mas que carne alimenta sus resentimientos, ¿podrá invocar la misericordia del Señor? ¿Por qué méritos alcanzará el perdón de sus extravíos?

Luc. xxiii.—34. ... ¡Oh padre mio! decia Jesucristo; perdona los, porque no saben lo que se hacen.

Eccli. xxviii.—6. Acordaos de vuestro fin postrero, y no conserveis resentimiento contra nadie.

Verdad y mentira. *Prov. xiii.—5.* El justo odia la mentira...

Prov. xv.—12. El corrompido aborrece la verdad...

Prov. xxiii.—23. Compra la verdad, y no vendas la sabiduría, la doctrina y la inteligencia.

I. Joan. ii.—21. No os he escrito á vosotros como á hombres que ignoran la verdad, sino como á hombres que la conocen y que saben que ninguna mentira puede venir de la verdad.

Prov. xii.—19. Los labios verídicos serán cerrados para siempre: la lengua de la mentira desaparecerá en un momento.

Prov. xix.—9. El artesano de mentiras corre á su pérdida...

Eccli. xx.—26. No habléis jamás contra la verdad, porque la costumbre de mentir es pernicioso.

Levit. xix.—11. ... No mintais; no se debe engañar á nadie nunca.

Eccli. vii.—13. No useis jamás de mentira alguna contra vuestro hermano ni contra vuestro amigo.

Eph. iv.—25. ... Deponed la mentira; no habléis jamás á los hombres otro lenguaje que el de la verdad.

Eccli. xx.—28. Los mentirosos tienen siempre costumbres depravadas...

Ibid. xx.—17. El pan de la mentira al principio es muy dulce para el hombre, pero mas tarde su boca se llenará de amargura.

Eccli. xx.—27. Menos peligroso es un ladrón que un hombre que tiene sin cesar la mentira en la boca...

Prov. x.—18. Los labios mentirosos ocultan el odio; y el que se deshace en ultrajes es un insensato.

Prov. xii.—22. Los labios mentirosos son abominables al Señor; pero los que obran con verdad le son agradables.

Vida. *Ps. xxxviii.—6.* La vida del hombre no es mas que vanidad.

Ibid.—7. Es un fantasma que huye en las tinieblas, y sin embargo se agita, y se agita en vano.

Job. vii.—2. Semejante al esclavo que suspira por la sombra, ó al trabajador que espera su jornal.

Ibid.—3. Veo consumirse mi vida en dias vacíos y noches laboriosas.

Ibid.—4. Próximo á dormirme esclamo: ¿Cuándo vendrá el momento de levantarme? Y apenas he despertado, ya deseo la vuelta de la noche, y todo el dia se pasa en tormentos sin tregua.

Sap. iv.—9. La vida sin tacha es una larga vida.

Eccli. xli.—6. ...Que un hombre viva diez años, ciento ó mil,

Sap. iv.—8. No es la multitud de los dias lo que hace venerable la vejez: la sensatez reemplaza las canas.

Ibid.—8. Una vida sin tacha inspira el mismo respeto que una vejez avanzada.

Ibid.—13. La vida del hombre virtuoso, aunque sea corta, llena su mision.

Violencia. *Prov. xiv.—17.* La violencia conduce al delirio, y el desden atrae el odio.

Ibid. xxi.—7. La violencia de los malvados será su perdicion, no habiendo querido practicar la justicia.

Virtud. *Sap. iv.—1.* La virtud es el primero de todos los bienes, aun permaneciendo en la esterilidad; su memoria es la inmortalidad, y es conocida de Dios y de los hombres;

Ibid.—2. Presente, los hombres la imitan, y ausente la desean; y coronada eternamente, triunfa despues de haber obtenido una incorruptible palma.

Viuda. *Timot. i.ª epist. v.—13.* ...Viviendo en la ociosidad ellas (las jóvenes viudas), se acostumbran á ir de casa en casa; y no solamente son ociosas, sino habladoras y curiosas, ocupándose de lo que no debieran hablar.

Ibid.—14. Yo prefiero que las jóvenes se casen, tengan hijos, sean madres de familia, y no den á nuestros enemigos ninguna ocasion de que hablen de nosotros.

Ibid.—4. Y si una viuda tiene hijos ó nietos, que los enseñe ante todas cosas á gobernar á su familia, y á devolver á sus padres y madres lo que de ellos han recibido; y esto es agradable al Señor.

Votos. *xxx.—4.* Si una muger ha hecho un voto obligándose por juramento, y se halla en la casa de su padre, siendo joven todavía; si el padre conoce el voto que ha hecho y el juramento por el cual ha ligado su alma, y guardó el silencio, ella estará obligada por el voto;

Ibid.—5. Y cumplirá todo lo que ha prometido y jurado.

Ibid.—6. Pero si cuando lo ha conocido el padre se ha opuesto, los votos y los juramentos serán nulos, y ella no estará comprometida por su promesa, porque el padre se ha opuesto á ella,

Ibid.—7. Si la muger tiene un marido y ha hecho un voto, y una palabra escapada de su boca ha ligado su alma por un juramento,

Ibid.—8. Y el dia en que el marido lo ha sabido, no se ha opuesto, ella estará ligada por su voto y cumplirá todo lo que hubiere prometido;

Ibid.—9. Mas si sabiéndolo el marido se opone en seguida, haciendo así fútilas sus promesas y los juramentos por los cuales habia ligado su alma, el Señor la perdonará.

INDICE

DE MATERIAS.

	Pág.		Pág.		Pág.
Acusacion.	2	Divorcio.	7	Madres de familia.	15
Adulación.	idem	Doctrina.	idem	Maldad.	16
Adulterio.	idem	Egoismo.	8	Materialismo é Incredulidad.	idem
Alimentos.	idem	Elogio.	idem	Matrimonio.	idem
Alma.	idem	Empresa.	idem	Deberes del matrimonio.	idem
Amistad.	idem	Enemigo.	idem	Consejos á los casados.	idem
Amor.	3	Envidia.	idem	Profetas.	idem
Amos.	idem	Escogidos.	idem	Prosperidad.	idem
Anarquía.	idem	Esperanza.	idem	Proteccion.	idem
Asociacion.	idem	Experiencia.	idem	Prudencia.	idem
Audacia.	idem	Espíritu.	idem	Puertas del cielo.	idem
Avaricia.	idem	Esposa.	idem	Regalos.	idem
Bien.	4	Esposo.	9	Reputacion.	idem
Calumnia.	idem	Falso testimonio.	idem	Muger.	idem
Camino.	idem	Fé.	idem	Muger virtuosa.	idem
Candidez.	idem	Festines y licores.	idem	Mala muger.	idem
Caridad.	idem	Fidelidad.	idem	Muger prostituida.	idem
Carne.	idem	Filosofía.	idem	Consejos á las mugeres.	idem
Casa.	idem	Gobierno.	idem	Obras.	18
Castidad.	idem	Hermanos.	10	Ociosidad.	idem
Cautivo.	5	Hijos.	idem	Odio.	idem
Ciencia.	idem	Hipocresía.	idem	Orgullo.	idem
Cólera.	idem	Hombre.	11	Paciencia.	idem
Comprador.	idem	Homicidio.	idem	Padres de familia.	idem
Conciencia.	idem	Idolatría.	idem	Palabras.	19
Conducta.	idem	Igualdad.	12	Palabra de honor.	idem
Consejos.	idem	Imprudencia.	idem	Pasado y porvenir.	idem
Consejo.	6	Incertidumbre.	idem	Patria.	idem
Conversacion.	idem	Injusticia.	idem	Patriotismo.	idem
Corazon.	idem	Inocencia.	idem	Pañ.	idem
Correccion.	idem	Insensato.	idem	Peligro.	idem
Cortesía.	idem	Inteligencia.	idem	Penitencia.	idem
Creacion.	idem	Jesucristo.	13	Perdon.	idem
Creyente.	idem	Juices.	idem	Pereza.	idem
Criados.	idem	Juicio humano.	idem	Pesares.	20
Deberes.	7	Justicia y justo.	idem	Peso y medida.	idem
Desgracia.	idem	Juventud.	14	Piedad.	idem
Defectos.	idem	Ladrones.	idem	Pobres.	idem
Deuda.	idem	Lengua.	idem	Poderoso.	idem
Dinero.	idem	Ley cristiana.	15	Pontífice.	idem
Dios.	idem	Libertad.	idem	Placer.	idem
Discusion.	idem	Limosna.	idem	Preguntas.	idem
				Préstamo.	20
				Prevision.	idem
				Profesó.	idem
				Profeta.	idem
				Progreso.	idem
				Promesas.	idem
				Prosperidad.	idem
				Proteccion.	idem
				Prudencia.	idem
				Puertas del cielo.	idem
				Regalos.	idem
				Reputacion.	idem
				Muger.	idem
				Muger virtuosa.	idem
				Mala muger.	idem
				Muger prostituida.	idem
				Consejos á las mugeres.	idem
				Obras.	18
				Ociosidad.	idem
				Odio.	idem
				Orgullo.	idem
				Paciencia.	idem
				Padres de familia.	idem
				Palabras.	19
				Palabra de honor.	idem
				Pasado y porvenir.	idem
				Patria.	idem
				Patriotismo.	idem
				Pañ.	idem
				Peligro.	idem
				Penitencia.	idem
				Perdon.	idem
				Pereza.	idem
				Pesares.	20
				Peso y medida.	idem
				Piedad.	idem
				Pobres.	idem
				Poderoso.	idem
				Pontífice.	idem
				Placer.	idem
				Preguntas.	idem
				Préstamo.	20
				Prevision.	idem
				Profesó.	idem
				Profeta.	idem
				Progreso.	idem
				Promesas.	idem
				Prosperidad.	idem
				Proteccion.	idem
				Prudencia.	idem
				Puertas del cielo.	idem
				Regalos.	idem
				Reputacion.	idem
				Muger.	idem
				Muger virtuosa.	idem
				Mala muger.	idem
				Muger prostituida.	idem
				Consejos á las mugeres.	idem
				Obras.	18
				Ociosidad.	idem
				Odio.	idem
				Orgullo.	idem
				Paciencia.	idem
				Padres de familia.	idem
				Palabras.	19
				Palabra de honor.	idem
				Pasado y porvenir.	idem
				Patria.	idem
				Patriotismo.	idem
				Pañ.	idem
				Peligro.	idem
				Penitencia.	idem
				Perdon.	idem
				Pereza.	idem
				Pesares.	20
				Peso y medida.	idem
				Piedad.	idem
				Pobres.	idem
				Poderoso.	idem
				Pontífice.	idem
				Placer.	idem
				Preguntas.	idem
				Préstamo.	20
				Prevision.	idem
				Profesó.	idem
				Profeta.	idem
				Progreso.	idem
				Promesas.	idem
				Prosperidad.	idem
				Proteccion.	idem
				Prudencia.	idem
				Puertas del cielo.	idem
				Regalos.	idem
				Reputacion.	idem
				Muger.	idem
				Muger virtuosa.	idem
				Mala muger.	idem
				Muger prostituida.	idem
				Consejos á las mugeres.	idem
				Obras.	18
				Ociosidad.	idem
				Odio.	idem
				Orgullo.	idem
				Paciencia.	idem
				Padres de familia.	idem
				Palabras.	19
				Palabra de honor.	idem
				Pasado y porvenir.	idem
				Patria.	idem
				Patriotismo.	idem
				Pañ.	idem
				Peligro.	idem
				Penitencia.	idem
				Perdon.	idem
				Pereza.	idem
				Pesares.	20
				Peso y medida.	idem
				Piedad.	idem
				Pobres.	idem
				Poderoso.	idem
				Pontífice.	idem
				Placer.	idem
				Preguntas.	idem
				Préstamo.	20
				Prevision.	idem
				Profesó.	idem
				Profeta.	idem
				Progreso.	idem
				Promesas.	idem
				Prosperidad.	idem
				Proteccion.	idem
				Prudencia.	idem
				Puertas del cielo.	idem
				Regalos.	idem
				Reputacion.	idem